

JENNIFER EVE

EL BEBÉ LOBO
DE
LA LUNA

El bebé lobo de la Luna

Romance paranormal con un hombre lobo y un bebé
secreto rechazado

(Serie de la pareja rechazada y el bebé secreto)

Jennifer Eve

Copyright © 2024 by Jennifer Eve

All rights reserved.

No portion of this book may be reproduced in any form without written permission from the publisher or author, except as permitted by U.S. copyright law.

Contents

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)

Capítulo 1

Alyssa

—Sabía que no debía haber tomado ese camino —murmuré antes de apartarme el pelo de la cara y asomarme a la oscuridad. Usando la linterna de mi teléfono, alcanzaba a ver unos metros por delante de mí, en la frondosa vegetación que cubría ambos lados del bosque. Avancé sigilosamente, escuchando el crujido de mis zapatos contra el suelo irregular.

Un aullido desgarrador a lo lejos me erizó el vello de la nuca.

Aceleré el paso y pasé por encima de la rama de un árbol, con el corazón latiendo desbocado en mis oídos. Optar por dar un paseo de noche había sido, por lejos, la decisión más estúpida que había tomado jamás. Me arrepentía de haber ido sola, a pesar de que varios vecinos me habían advertido de los peligros del bosque.

Habiendo vivido allí toda su vida, la gente del pueblo evitaba el bosque como si su vida dependiera de ello. Yo, en cambio, había sentido curiosidad desde que puse un pie en este pueblo meses atrás, en busca de un nuevo trabajo y un nuevo comienzo para mí. En ese momento, pasó un viento feroz que me puso la piel de gallina. Con un suspiro, di unos pasos más y me quedé helada al escuchar un crujido y el inconfundible sonido de un gruñido.

Giré la cabeza hacia la derecha y miré hacia la oscuridad; la luna oculta bajo las nubes. Dos ojos amarillos me miraron desde los arbustos, y el miedo se apoderó de mí. Trastabillé hacia atrás y casi se me cae el teléfono. Con las manos temblorosas, volví a cogerlo, giré sobre mis talones y eché a correr.

Apenas podía oír nada más allá del martilleo en mis oídos.

De pronto, un brazo salió disparado que se cerró alrededor de mi boca me hizo chillar.

De repente, me sentí apretada contra un cuerpo fuerte y musculoso que apestaba a suciedad y sudor. Me retorcí contra él, pero su agarre no se relajó. En lugar de eso, me hizo girar y pude ver

por un breve instante su piel bronceada y sudorosa, antes de que me aplastara contra él. Me incliné hacia atrás, intentando verle mejor la cara, pero miraba hacia un lado.

Fuera lo que sea que estuviera sucediendo, escuchaba como si su vida dependiera de ello.

Unos ojos ámbar se posaron en los míos y me estudiaron con atención.

—¿Qué haces? ¿ Quién eres?

Sin decir nada, me cogió la cara con las manos y me acarició la mandíbula. Luego, empezó a darme besos ardientes con la boca abierta en el cuello. Su boca era hambrienta, áspera y exigente, y utilicé todas mis fuerzas para apartarlo. Pero, por más que lo intentaba, no cedía, así que me dejé caer en sus brazos y esperé.

Hasta que retiró sus labios y hundió sus dientes en mi cuello.

Grité, pero me tapó la boca con una mano.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y luché contra su agarre; sentía pánico de que volviera a apoderarse de mí. Me agité y sacudí con todas mis fuerzas, pero no conseguí soltarme y mi terror volvió con toda su fuerza. Entonces, poco a poco se fue retirando y, a la luz de la luna, volví a verle la cara: mandíbula angulosa, nariz puntiaguda y ojos almendrados.

Sin previo aviso, me empujó al suelo del bosque y se subió encima de mí.

El terror seguía aumentando en mi interior mientras me agitaba y me sacudía.

Con una mano, me tapó la boca y con la otra me bajó los pantalones cortos. Me zumbaron los oídos al oír otro crujido de la tela, y su piel sonrojada ya estaba sobre la mía. El pánico seguía apoderándose de mí y las lágrimas resbalaban por mis mejillas. Sin embargo, a mi agresor no pareció importarle, mientras me abría las piernas y se acomodaba entre mis muslos.

Apreté los ojos y recé.

Con un movimiento rápido, estaba dentro de mí, llenándome hasta el último centímetro. Todo mi cuerpo se quedó inmóvil mientras él empujaba, con movimientos frenéticos e irregulares, y respiración agitada. Empecé a oír un débil zumbido en los oídos y las lágrimas brotaron con más fuerza. Intenté distanciarme y fingir que estaba en otra parte, pero su aliento caliente en mi cuello lo hacía casi imposible.

Cuando por fin terminó, me soltó los brazos y se levantó.

Un momento después, me puse en pie y retrocedí tambaleándome, para tomar la mayor distancia de él posible. Con dedos temblorosos, me subí los pantalones cortos, con todo el cuerpo dolorido y escocido por los pequeños cortes y magulladuras. Cuando volvió a avanzar hacia mí, mi pulso volvió a acelerarse.

Entonces, levanté las manos a ambos lados de mí, con los puños cerrados.

—No te acerques más.

Sin embargo, hizo caso omiso de mis súplicas y siguió avanzando, con los pies descalzos haciendo crujir el suelo irregular del bosque. Seguí alejándome de él, con el corazón latiéndome cada vez más fuerte a cada segundo que pasaba. Entonces, me agité y caí hacia atrás. Mi cabeza chocó contra el suelo con un desagradable crujido y mi vista se nubló .

Lo último que vi antes de que me invadiera la oscuridad fue un par de ojos ámbar que me miraban fijamente.

Me desperté empapada en un sudor frío, con la boca seca y un débil martilleo en la nuca. Fuera, el mundo estaba bañado en una luz brillante, lo que indicaba que había estado inconsciente toda la noche. Lentamente, me llevé una mano a la cara y me froté los ojos. Una vez que enfoqué la vista en la habitación , pude ver unas paredes rosas, una cómoda y un balcón con una gran terraza. Con el ceño fruncido, balanceé las piernas sobre el lateral de la cama y me acerqué a la terraza.

Tenía barrotes metálicos alrededor de la barandilla y vistas a un cielo azul despejado y montañas nevadas. Me di la vuelta y observé la cama matrimonial, un montón de ropa doblada sobre la mesilla y un espejo sobre la cómoda. Luego empecé a palparme los bolsillos, buscando frenéticamente mi teléfono. Como no lo encontré, me lancé hacia la puerta y giré el pomo.

No se movía.

Me lancé contra la puerta y el dolor me recorrió los hombros, pero esta no cedía ni un milímetro. Al otro lado de la puerta, oí voces que pasaban. Tragué saliva, pegué la oreja a la madera y escuché. Mientras esperaba, seguí estudiando la habitación, intentando averiguar dónde me encontraba.

Lo último que recordaba era a mi agresor sobre mí.

No tenía ni idea de quién era ni por qué me había traído aquí, pero no tenía intención de quedarme. Con una mueca de dolor, me apoyé sobre el otro pie y me toqué la herida del cuello. Pequeños pinchazos de dolor me recorrieron los brazos. Miré por encima de mis hombros y vi mi reflejo en el espejo. Llevaba el pelo revuelto, un pantalón corto y una camiseta nuevos.

¿Qué estaba pasando?

¿Por qué estaba aquí?

—Hola —susurré, con la voz pastosa y llena de miedo. Hice una pausa, me aclaré la garganta y volví a intentarlo—. ¿Hay alguien ahí? ¿Pueden oírme?

Obtuve silencio por respuesta.

—No sé por qué haces esto —continué, alzando la voz hacia el final—. Déjame salir de aquí. Has cometido un error.

Porque se suponía que yo no debía estar aquí.

Aunque no tenía ni idea de por qué me había atacado aquel hombre ni de por qué me había traído aquí, sí sabía que había algo diferente en él, empezando por la extraña sensación en el centro de mi estómago.

Era como un picor insoportable.

¿Por qué estaba aquí?

¿Y por qué sentía una agitación inquieta en mi interior?

Era como si algo pidiera salir.

Vamos, Aly. Piensa. ¿Por qué alguien te obligaría a venir aquí?

A menos que quisiera algo más conmigo.

Me toqué el cuello con dos dedos y sentí un gruñido bajo en el fondo de la garganta.

—¿Ya la has visto?

Giré la cabeza y contuve la respiración, para escuchar atentamente sus voces. Pasaron unos minutos y no ocurrió nada. La decepción se apoderó de mi estómago. Estaba a punto de alejarme de la puerta cuando volví a oírlas, dos voces casi indistinguibles entre sí.

—No, ¿y tú?

—Estaba inconsciente cuando la trajeron. Me pareció un poco flaca.

—He oído que ni siquiera fue capaz de oponer resistencia.

Fruncí el ceño y me aplasté contra la puerta.

—Eso es lo que pasa cuando vives entre humanos demasiado tiempo. Probablemente ni siquiera recuerda cómo transformarse. ¿Crees que es una híbrida?

—Probablemente.

Sentí otro gruñido grave en el fondo de mi garganta.

Estaba demasiado aturdida por el ruido que salía de mi boca como para reaccionar.

—¿Viste la marca? Ella debe ser su compañera predestinada.

Inspiré con fuerza y el martilleo en mi cráneo se hizo más fuerte. —Tienes que estar bromeando.

—Debió traerla aquí para presentarla al pueblo de Seth.

Aturdida, me alejé de la puerta y empecé a caminar por la habitación.

¿Era yo una mujer loba?

¿Para eso me habían traído aquí?

Una y otra vez, repasé los acontecimientos de la noche anterior, desde mi decisión de dar un largo paseo antes de volver a casa hasta acabar aquí, secuestrada por un compañero al que ni siquiera reconocería a plena luz del día, y mucho menos quería.

¿Qué quería de mí?

Yo no era de ninguna utilidad para él o para su gente.

Cuando eché un vistazo al espejo y vi un atisbo de mis garras y un mechón de pelo en mis brazos, grité. En cuanto me acerqué y respiré hondo, mis garras se escondieron. Entonces, examiné mis dientes en el cristal y me di cuenta de lo afilados que estaban.

No me estaba volviendo loca.

Algo había sucedido realmente, y ya no era humana.

La agitación en el centro de mi pecho al pensar en el lobo que me trajo aquí empezó a cobrar sentido.

Como humana que había pasado la mayor parte de su vida con un pie en el mundo de los humanos, no era el tipo de persona con la que los demás querían relacionarse. Al contrario, cualquiera que se acercaba demasiado percibía lo diferente que era, y el resultado era siempre el mismo. ¿Era posible que los hombres lobo fueran reales y que existieran en nuestro mundo?

¿Y yo había sido elegida por uno de ellos para convertirme en su compañera?

¿O el alfa me había confundido con otra persona, alguien que no era humana?

Me detuve en medio de la habitación y volví a pasarme los dedos por la herida, ignorando la inquietud que se había apoderado de mí. Elegir vivir en las afueras era una cosa, pero verme obligada a entrar en este nuevo mundo sin previo aviso y sin ningún tipo de idea de lo que realmente estaba ocurriendo, era otra.

La aplastante sensación de soledad y aislamiento era abrumadora.

Y una parte de mí se había arrepentido de no haber podido luchar contra el alfa.

La otra parte de mí sabía que ya era demasiado tarde.

Entonces, me hundí en la cama y enterré la cara entre las manos.

Una parte de mí quería acurrucarse en ella y fingir que nada de esto estaba sucediendo, pero la otra parte de mí había aceptado la verdad. En el momento en que vi al alfa, mi vida entera había cambiado, y negarlo no iba a cambiar eso. Cuando volví a mirar hacia la terraza, con el miedo palpitando en mi interior, empecé a preguntarme a qué clase de mundo me habían arrastrado. Teniendo en cuenta que había sido elegida por el propio líder, ¿se vería obligada la manada a aceptarme como a una de ellos a pesar de no saber nada de lobos?

No sabría decir si eso me llenaba de miedo o de expectación.

Lo único que sabía era que, por primera vez desde que me había despertado, quería volver a ver al lobo de ojos ámbar.

Capítulo 2

Alyssa

—Supongo que ya no tienen valores.

Me puse rígida y cerré los puños. Cuando me di la vuelta, había un grupo de mujeres al otro lado del pasillo, mirándome fijamente. Entonces, una de ellas se adelantó, menuda, con el pelo castaño y los ojos del color del sol. Me observó de arriba abajo.

—No deberías estar aquí.

Crucé los brazos sobre el pecho y le respondí: —No he elegido estar aquí.

Recorrió la distancia que nos separaba, con los ojos brillantes. —Deberías considerarte afortunada por haber sido elegida. ¿Acaso sabes algo de nuestra manada?

Me encogí de hombros.

Entonces, dio otro paso y me enseñó los dientes. —No perteneces a este lugar, estúpida e ignorante híbrida.

Crucé los brazos sobre el pecho y apreté los labios.

— No vas a durar —continuó, alzando la voz. Ni siquiera sé por qué te elegiría a ti.

Antes de que pudiera responder, mi agresor se materializó de la nada, una figura alta e imponente que se movía con elegancia mientras caminaba hacia nosotros. A plena luz del día, con unos vaqueros y una camisa abotonada, no se parecía en nada al hombre medio loco con el que me había cruzado en el bosque. En lugar de reconocermelo, puso una mano en el brazo de la mujer y se la llevó, sin que su rostro revelara nada.

—Déjala en paz, Helah.

Helah resopló y se echó el pelo por encima de los hombros. —Ella no pertenece a este lugar.

—Esa no es tu decisión —respondió, sin apartar los ojos de su cara—. Te mantendrás alejada de ella.

El dolor apareció en su rostro. —Scott...

Scott se irguió más y la miró con dureza. —Mi decisión es definitiva.

—Sientes algo por ella, ¿verdad? Es la marca. Está haciendo que el vínculo entre los dos se haga más fuerte. Puedes sentir sus emociones, ¿verdad?

Fruncí el ceño y metí la mano dentro, pero no sentía nada.

Aunque estábamos marcados, lo que nos permitía sentir las emociones y leer los pensamientos del otro, estaba claro que Scott había levantado un muro entre nosotros. En la semana transcurrida desde mi llegada, me había esforzado por sentirlo a través de nuestro vínculo, según retazos de conversaciones que escuché entre mis guardias, y eso me había dejado totalmente frustrada.

¿Cómo iba a adaptarme a este mundo si nadie me enseñaba cómo?

Ni siquiera me había hablado directamente desde que me trajo aquí.

—No siento nada por ella —le dijo Scott a Helah, con una extraña dureza en su tono.

Luego, se giró sobre sus talones y nos dejó solas. Caminó hasta el otro extremo del pasillo antes de doblar una esquina y desaparecer por completo. Cuando Helah se giró para mirarme, supe que no tenía intención de hacer caso de su advertencia. En lugar de eso, avanzó hacia mí, y sus tres compañeras formaron un círculo, de modo que mi espalda quedó apoyada contra la pared.

La adrenalina se apoderó de mí mientras luchaba contra ellas enseñándoles los dientes y las uñas. Por desgracia, vivir en el mundo humano durante los últimos años significaba que no tenía práctica, y las cuatro pudieron conmigo, dejándome jadeando en el suelo mientras la sangre me corría por los costados de la cara y las sienes. Me dolía todo el cuerpo cuando me puse de pie y volví cojeando a mi habitación. Allí me tiré en la cama y me quedé mirando al techo.

Al día siguiente, estaba hojeando los libros de la biblioteca y disfrutando del silencio y la quietud cuando entraron, con la luz de la mañana a sus espaldas. Inmediatamente, me puse de pie y abrí

las piernas. Esta vez, cuando me atacaron, estaba mejor preparada y logré asestarles unos cuantos golpes. Helah me enseñó los dientes e intentó hacerme una llave en la cabeza. Empecé a sudar mientras nos movíamos por la biblioteca, entre estanterías y libros.

Enseguida me enseñó los dientes y me gruñó.

Me zumbaban los oídos cuandoladeé la cabeza y escupí una bocanada de sangre.

—¿Eso es todo lo que tienes?.

Helah me enseñó sus dientes manchados y un escalofrío me recorrió la espalda.

—Sólo estoy empezando.

Cuando terminaron, yo estaba de espaldas, mirando el alto techo de cristal arqueado, que ofrecía una vista despejada del cielo. Las cuatro salieron de la biblioteca riéndose entre dientes. Esperé a no oírlas para ponerme de pie. Cuando me balanceé, saqué la mano y me apoyé en la estantería más cercana, con los pulmones ardiendo por el esfuerzo.

Aún no entendía por qué estaba aquí.

Cuando desaparecieron las manchas de mi campo de visión, vi a Scott en la puerta, con el pelo corto y negro brillando bajo la luz. Entró en la biblioteca, con pasos ligeros y silenciosos, y se dirigió hacia mí. Cuando estuvo a unos metros, se detuvo y me observó con sus ojos color ámbar que no me decían nada.

—Creo que es bastante obvio que tu novia no tiene intención de escuchar tu advertencia.

—Ella no es mi novia —respondió Scott con voz monótona—. Y tienes que aprender a luchar contra ella.

Me limpié la boca con el dorso de la mano. —Cuatro contra una no es exactamente una lucha justa. Necesito que alguien me enseñe a luchar. Es lo menos que puedes hacer, considerando que me trajiste aquí.

Los ojos de Scott se tensaron en los bordes. —Si buscas justicia, estás en el lugar equivocado.

Me puse más erguida. —Entonces, ¿no vas a ayudarme en nada? ¿Ni siquiera vas a decirme por qué?.

Scott negó con la cabeza y dio un paso atrás. —No te debo ninguna respuesta, Alyssa. Ahora eres una loba, así que tienes que aprender a sobrevivir por tu cuenta. De lo contrario, nunca saldrás viva de aquí. Aquí, los fuertes dominan a los débiles, así que puedes luchar o morir.

Sin esperar respuesta, giró sobre sus talones y salió de la biblioteca. Pero se detuvo en el umbral y me miró por encima del hombro. —Saldremos de caza al amanecer. Hay un bosque no muy lejos de aquí.

—¿Es una petición o una orden?

Scott no dijo nada y se marchó, dejándome sola con mis heridas. Volví cojeando a mi habitación y pasé las horas siguientes limpiándomelas. Cuando terminé, me volví a tumbar en el colchón e intenté no llorar. Exhausta y agotada, me dormí con la ropa sucia, escuchando el viento que soplaba por la ventana.

Poco antes del amanecer, me senté en la cama y eché un vistazo a mi habitación vacía.

Junto a la puerta había unos vaqueros y una camisa nuevos, además de un vaso de agua. Con cautela, me levanté de la cama y entré en el cuarto de baño. Me eché agua fría en la cara y me agarré al lavabo. Respiré hondo varias veces y esperé a que se me aliviaran los nudos del estómago, antes de volver a salir. Después de cambiarme de ropa y trenzarme el pelo, probé girar el pomo de la puerta.

La puerta crujió al abrirse y reveló un pasillo medio iluminado en gris.

Avancé sigilosamente e intenté ignorar la sensación de inquietud que se había instalado en el centro de mi pecho. De puntillas, deambulé por el pasillo, dando una serie de vueltas y revueltas hasta acabar frente a unas puertas dobles con unas escaleras, que conducían directamente al exterior y serpenteaban entre las montañas nevadas.

Al pie de la escalera, Scott estaba de pie, con un grupo de hombres y mujeres a ambos lados y vestidos de forma similar. Todos ellos se giraron para mirarme mientras subía las escaleras, con escalofríos recorriéndome la espalda. En cuanto llegué al último escalón, arrancaron a paso ligero, ansiosos por cazar y dejándome intentando alcanzarlos. Cuando lo hice, todos habían adoptado su forma lobuna, con crines lisas y cuerpos largos y musculosos que se movían con facilidad y precisión.

Me apresuré a seguirlos y me clavé las uñas en las palmas de las manos.

Pero no pasó nada.

Aun así, les seguí mientras atravesábamos las montañas, hasta que llegamos a un claro y a un frondoso bosque. Sin previo aviso, arrancaron, levantando gravilla y tierra al hacerlo. Tras una breve pausa, arranqué a toda velocidad, empleando cada gramo de energía en forzar mi propio cambio. Cuando mis músculos empezaron a gritar en señal de protesta por no estar acostumbrados a tanto esfuerzo, me detuve y miré a mi alrededor, a los altos árboles y a los arbustos silvestres que había a ambos lados.

Entonces, a lo lejos, oí un aullido, seguido de un claro chasquido.

Los ojos familiares de Helah aparecieron, llevándose una presa a sus dientes. La dejó en el suelo del bosque y todo su cuerpo brilló antes de volver a su forma humana. Se puso una túnica y me miró.

—Incluso los cachorros saben cazar mejor que tú.

—Todo el mundo tiene que empezar en algún sitio.

Helah resopló e hizo un gesto vago con la mano. Sus tres compañeras emergieron en sus formas humanas y avanzaron hacia mí. Di un paso atrás involuntario y me tensé. La forma lobuna de Scott pasó corriendo, sin dejar de mirarnos por encima del hombro, pero sin detenerse. Helah lo siguió con la mirada, con un claro anhelo en su rostro. Cuando me devolvió la mirada, gruñó y yo me quedé inmóvil.

Entonces, Helah y sus compañeras retrocedieron y se adentraron en el bosque, dejándome a solas con sus presas. Me froté los brazos de arriba abajo con las manos y sentí escalofríos. Con un suspiro, elegí el camino que había tomado Scott, pasando entre árboles y arbustos hasta que llegué a un río cristalino que serpenteaba por el bosque. Todos los lobos estaban allí, agazapados junto al agua. Una ramita se quebró debajo de mí y varios pares de ojos se alzaron hacia los míos.

Miré a Scott, que apenas reconoció mi existencia.

Para él, yo ni siquiera existía.

Aún no tenía respuestas de por qué me había marcado, y mucho menos de por qué me había traído aquí.

Aun así, me acerqué a él, rezando para que tuviera compasión y no me rechazara.

En cuanto terminaron de beber, todos volvieron a su forma humana y se acurrucaron juntos, excepto Scott, que echó la cabeza hacia atrás y estudió el cielo gris. De vez en cuando aparecían pequeñas manchas de luz, pero el cielo seguía siendo lúgubre y frío.

—Necesito aprender a cazar.

Scott bajó la cabeza y me miró directamente. —Cada lobo aprende a cazar observando a los demás.

Fruncí el ceño y me acerqué más a él. —Todos vais demasiado rápido. ¿Cómo se supone que voy a seguirles el ritmo?

—Deja de poner excusas —me dijo Scott, levantando la barbilla—. ¿Cómo vas a aprender si sigues encontrando razones para no hacerlo?.

—Si sólo me dijeras...

Scott levantó una mano y dio un paso hacia mí. —No es difícil de entender.

—¿Por qué me has traído aquí?

—¿Perdón?

Acorté la distancia que nos separaba, de modo que quedamos a escasos centímetros el uno del otro. —¿Por qué me marcaste y me trajiste aquí si vas a tratarme como basura? Se supone que soy tu compañera. Actúas como si no existiera.

Y aunque no tenía toda la información que necesitaba, estaba segura de que no era así como se debía tratar a los compañeros. En lugar de mostrarme amabilidad y respeto, Scott se mostraba indiferente y actuaba como si yo fuera una espina clavada en su costado.

Nada de eso tenía sentido.

—¡Di algo, por el amor de Dios!

Scott me miró fijamente, ~~con un tic muscular en la mandíbula~~. —Nunca te elegiría como mi pareja.

Sus palabras fueron como un puñal en mi corazón, y no pude dejar de repetirlas en mi cabeza durante el resto de la cacería. Cada vez que lo miraba, era como si la daga se retorciera aún más, y cuando se aventuraba a acercarse demasiado, sentía que iba a llorar.

Todo era abrumador y nada tenía sentido.

Y no tenía ni idea de qué se suponía que debía hacer si el propio alfa no me quería.

Capítulo 3

Scott

—Sabes que no puede quedarse aquí.

Me giré para mirar a Bobby, cuyos pasos no vacilaron al ver la mirada dura en mis ojos. —Me elegiste como tu beta porque no tengo miedo de decirte la verdad.

Le enseñé los dientes. —Ella ha sido marcada.

Bobby miró alrededor de la habitación antes de volver su mirada a la mía. —Sí, pero no la has reclamado como compañera. Y, después de la cacería, todo el mundo hablaba de que la habías rechazado.

Me pasé una mano por la cara y me desplomé contra la silla. Con dos dedos, me froté la cara con movimientos lentos y circulares, tratando de alejar el dolor de cabeza de la parte posterior del cráneo. Luego empujé la silla hacia atrás con un chirrido y salí de detrás del escritorio. Bobby permaneció de pie, mirando por la ventana. Con el ceño fruncido, me detuve frente a la chimenea y observé las llamas.

Mi beta tenía razón, pero aún no quería admitirlo.

Traer a Alyssa aquí había sido un error, pero no tenía otra opción.

Sabía que investigar la verdad sobre la muerte de mi padre sería difícil, pero nunca imaginé que acabaría maldito y desangrándome al borde de la carretera en medio de una pequeña ciudad, fuera del radar. Herido y a la caza, había estado corriendo por el bosque cuando sentí su olor.

No se parecía a nada que hubiera experimentado antes.

Y la sed de sangre y la ira habían corrido por mis venas cuando la vi, y mi hombre lobo me dominó.

Cada vez que cerraba los ojos, la veía tumbada debajo de mí, con sus ojos grises abiertos de par en par y sin inmutarse. Con un leve movimiento de cabeza, aparté todos mis pensamientos sobre ella y me acerqué a la bandeja que había al otro lado de la habitación. No había lugar para el arrepentimiento en nuestro mundo, no por algo así.

Alyssa aprendería a adaptarse a la vida como hombre lobo.

Porque, hasta donde yo sabía, no la había alejado de una vida que le gustara, y mucho menos de una que echara de menos. Durante nuestro vínculo de apareamiento, pude asomarme a su mente y vislumbrar la triste vida que llevaba, hasta el hecho de que vivía sola y sólo tenía un puñado de personas a las que les importaba si vivía o moría.

Me serví una generosa cantidad de whisky y me lo bebí de un trago.

El líquido ardió antes de asentarse en el centro de mi estómago.

—Tu posición como líder de la manada aún no se ha reforzado —me recordó Bobby—. Tenerla aquí está debilitando tu posición.

Lo miré por encima del borde del vaso. —Entonces, ¿crees que debería echarla?

—Ya la has rechazado —señaló Bobby, cruzándose conmigo en un par de zancadas. Bajé el vaso y me serví más whisky. En silencio, añadí un poco a un vaso que entregué a Bobby. Él enroscó los dedos alrededor del vaso, con la cara medio iluminada por las sombras del fuego.

Bobby y yo habíamos crecido juntos y aprendido a cazar y a valernos por nosotros mismos. Aunque no siempre había sido fácil para él, por ser el más pequeño de la manada, hacía tiempo que había demostrado ser un lobo inteligente e ingenioso, ascendiendo rápidamente de rango a medida que lo hacía. Otros eran más fuertes, pero Bobby era más rápido.

Y más inteligente.

Era exactamente por lo que le había elegido para ser mi beta.

Incluso a través de la espesa niebla de dolor por la muerte de mi padre no había dudado de su lealtad hacia mí o de mi reclamo como el próximo alfa legítimo. Toda la manada se había alborotado cuando volví con Alyssa, una humana, y habían visto la marca en su cuello.

Bobby era el único que no había flaqueado.

Desde entonces, los rumores habían girado sobre mi relación con Alyssa y sobre si alguna vez había tenido la intención de elegir a una compañera de mi manada. Teniendo en cuenta las circunstancias en las que regresamos, no podía culparlos por pensar lo peor de mí. Pero no iba a dar explicaciones a mi manada, no cuando eso se percibiría como una debilidad.

Había hecho lo necesario para sobrevivir.

Todo el mundo tenía que hacer las paces con eso.

—Hay una diferencia entre una pareja rechazada y echarla —le recordé a Bobby frunciendo el ceño—. También podría matarla yo mismo.

Bobby dio un pequeño sorbo a su bebida. —Eso sería misericordioso de tu parte.

Apoyé la bebida con más fuerza de la necesaria. —No voy a matarla.

No cuando yo era la razón por la que ella estaba en este lío, para empezar.

Alyssa había tenido una vida antes de mí, aunque no le gustara, y yo se la había arrebatado sin pensarlo. Lo menos que podía hacer era asegurarme de que tuviera un techo y una comunidad donde vivir, aunque fuera rechazada y aislada.

Era mejor que estar sola.

Los lobos no eran criaturas solitarias.

Bobby dejó su bebida y levantó su mirada con tranquilidad hacia la mía. —Es humana, pero ése no es el único problema, y tú lo sabes. Su parte de hombre lobo es débil y no está entrenada. Incluso si lo estuviera, tardaría demasiado en ponerse a la altura del resto de nosotros. Permitirle permanecer en la manada es un peligro para ella y para los demás.

—Sé lo que eso significa.

Sin ninguna habilidad de hombre lobo, Alyssa tenía muy pocas posibilidades de sobrevivir. Mientras estaba allí, dándole vueltas a las palabras de Bobby en mi cabeza, intenté ignorar la verdad que contenían. Pero por desgracia, volvía a la misma conclusión, por mucho que deseara lo contrario.

Alyssa era un lastre que debilitaba a la manada en un momento que ya era de por sí crítico.

—La única forma de que sea útil es que sea tu compañera predestinada —continuó Bobby, estudiándome atentamente—. Ya sabes cómo funcionan las cosas, Scott. Hacer una excepción con ella te hace parecer débil.

Lancé a Bobby contra la pared antes de que las palabras terminaran de salir de su boca. Con un gruñido, le enseñé los dientes y me salió saliva por la boca. Bobby se calmó y no dijo nada. Ladeó la cabeza y me ofreció el cuello, en señal de sumisión. Emitiendo un sonido de repulsión en el fondo de mi garganta, me aparté de él y retrocedí unos pasos.

Desquitarme con él no era la mejor forma de actuar.

No cuando sabía que tenía problemas mayores con los que lidiar.

Empezando por quien intentó matarme y terminando por el lobo que difundía rumores sobre Alyssa. Aunque sabía que traerla aquí no iba a ser fácil, no había previsto lo duro que iba a ser para los dos. Ascender al papel de alfa ya era bastante difícil sin tener que añadir otras complicaciones a la cuestión.

Había que ocuparse de ello rápidamente y sin llamar más la atención.

Pero no sabía muy bien por dónde empezar.

Cuando volví a sentarme detrás de mi escritorio, cuadré los hombros y carraspeé. —¿Has tenido suerte averiguando quién organizó el ataque contra mí?.

Bobby se acercó a mí y se llevó las manos a la espalda. —No.

—Encontradme a quien haya hecho esto. Quiero sus cabezas en una pica —dije antes de reclinarme en la silla—. Han estado debilitándome desde que murió mi padre, y hay que darles un escarmiento.

De lo contrario, surgirían más para ocupar su lugar.

Según mi experiencia, la forma más rápida y eficaz de darles un escarmiento era cortarles la cabeza por la base. Al hacerlo, aseguraría mi posición como alfa sin tener que enfrentarme a más enemigos desde dentro. Independientemente de cómo se sintiera Bobby, tenía mis sospechas sobre quién estaba detrás del ataque.

Y todas las señales apuntaban a que era alguien de adentro.

Un miembro de mi propia manada había orquestado el ataque contra mi vida, dejándome débil y vulnerable y esperando que fuera suficiente para eliminarme del todo. Afortunadamente, su intento había fracasado y yo había aprendido la lección.

Mi círculo de confianza se hacía cada vez más pequeño.

—¿Y Helah? No ha dejado de causarle problemas a tu compañera —me recordó Bobby en voz baja—. Ya sabes el poder que tiene. Su padre es un anciano.

—Yo nunca le prometí nada.

—Estaba implícito. —Bobby se pasó una mano por la cara—. No podemos permitirnos el lujo de hacernos un enemigo de los ancianos

—No lo haremos.

Bobby se aclaró la garganta. —¿Qué quieres hacer con Helah?

—Nada. Helah tendrá que hacer las paces con todo. —Entrelacé los dedos y fruncí los labios—. En cuanto a Alyssa, quiero asegurarme de que tenga otro lobo con ella en todo momento. Alguien que pueda defenderla.

Porque dejarla a su suerte no era una opción.

Había visto de primera mano lo débil y poco preparada que estaba.

Un pequeño sentimiento de culpa se instaló en la boca de mi estómago, pero lo ignoré.

Bobby estudió mi rostro. —¿Es verdad, entonces?

—¿Qué es verdad?

—Sientes algo por ella debido al marcado.

Sacudí la cabeza y me senté más derecho. —Querer mantenerla a salvo no significa que sienta algo por ella. Lo siento por ella.

Bobby abrió la boca para decir algo, pero fue interrumpido por un alboroto en la puerta. Momentos después, la puerta del estudio se abrió de golpe y Helah entró, acompañada de sus tres compañeras, todas ellas con idénticas expresiones ~~inexpresivas~~. Entraron en silencio, una de ellas

arrastrando a Alyssa tras de sí. Me levanté, miré a los guardias apostados en la puerta y les hice un sutil gesto con la cabeza.

Sin mediar palabra, retrocedieron y cerraron la puerta tras de sí.

Una de las compañeras de Helah, una mujer alta y de pelo rubio, tiró a Alyssa de bruces. Con un gemido, Alyssa se puso en pie, pero Helah volvió a derribarla y se alzó sobre ella con el rostro torcido por la ira.

—Quédate abajo, basura humana. —Helah tiró de Alyssa por el pelo, de modo que quedó sentada sobre sus piernas, con los ojos llenos de lágrimas. Cuando le soltó el pelo, la cabeza de Alyssa cayó hacia delante, y yo salí de detrás del escritorio, con un extraño revuelo en la boca del estómago.

Bobby se puso delante de mí. —No puedes aparecer aquí así.

Helah se encrespó y señaló con el dedo a Alyssa. —Robó el colgante de mi madre. Lo encontré en su habitación y pensé que el asunto debía tratarse con rapidez y discreción.

Miré a Alyssa, que había levantado la cabeza. —¿Es verdad?

Alyssa sacó la lengua para lamerse los labios agrietados. —Ni siquiera he visto nunca el colgante de su madre. No sé cómo acabó en mi habitación.

—Mentirosa —gritó Helah, dando otro paso amenazador hacia ella—. Sé que estás celosa de mí. Nunca vas a encajar, así que te desquitas conmigo.

Bobby se apartó y yo di un paso adelante.

El silencio se apoderó de la habitación, denso y cargado de emoción.

Intenté no mirar a Alyssa mientras Helah me tendía el colgante. A la luz del fuego, estudié la joya, observando la cadena de oro y la única piedra azul del centro. Cuando terminé de examinar el colgante, Helah apartó la mano con ojos brillantes y triunfantes.

Bobby vino a ponerse a mi lado y murmuró en voz baja. —No puedes enemistarte con los ancianos, y no puedes dictar una sentencia indulgente. Debilitaría aún más tu posición.

Me giré hacia él y gruñí.

—Tienes que echarla —repitió Bobby, con expresión seria—. Y tienes que hacerlo rápidamente antes de que esto se intensifique aún más.

Miré a Alyssa, que tenía un pequeño corte en la cara y goteaba sangre sobre la alfombra. Miraba fijamente a las llamas, con la barbilla levantada y la cara desencajada. En cuanto volví a mirar a Bobby, le negué con la cabeza y él se apartó.

En algún lugar, a lo lejos, un lobo aulló, aumentando mi determinación.

Capítulo 4

Alyssa

Apenas podía oír más allá de los latidos de mi corazón.

Lo único que sabía era que sentía seis pares de ojos en mi nuca, analizándome y juzgándome. En lugar de devolverles la mirada, me quedé mirando las llamas del crepitante fuego, que saltaban y bailaban mientras proyectaban largas sombras sobre las paredes. Aunque no estaba segura de qué esperar cuando me retiré a mi habitación después de un largo día en la biblioteca, escaneando tanta información como pude sobre los lobos, sin duda no era esto.

Cuando Helah y sus compañeras irrumpieron en la habitación, yo estaba sentada junto al balcón, contemplando la llovizna de nieve que caía con un libro abierto en el regazo. Incapaz de absorber más información, estaba pensando qué hacer con mi tiempo, cuando formaron un círculo y empezaron a lanzarme acusaciones.

Me bastó una mirada a sus caras para saber que no estaban allí para una visita social.

Aun así, grité de sorpresa cuando me levantaron de la silla y me sacaron al pasillo. Helah se había detenido para darme una bofetada en la cara con su anillo, mientras otra de sus compañeras me daba un puñetazo en la cabeza lo bastante fuerte como para hacerme zumbir los oídos. Los hombres lobo apostados fuera de mi habitación apenas habían reaccionado cuando me arrastraron por el pasillo y por otra serie de giros y vueltas. Cuando llegamos a una pequeña casa fuera del edificio principal, ya había formulado un plan que consistía en eliminar a cuatro de mis secuestradoras y refugiarme en el bosque.

La idea de enfrentarme al frío y a un terreno desconocido no era tan aterradora como lo que planeaban hacerme. Hasta que se abrieron paso entre los guardias armados y entraron en una habitación espaciosa y bien iluminada con sillones de felpa, un sofá y un escritorio de caoba de forma rectangular. Antes de que me empujaran al suelo, vi un breve atisbo de sorpresa en la cara de Scott.

Claramente, no me esperaba.

Tampoco debería.

No habíamos hablado desde que me denunció públicamente durante la cacería.

Desde entonces, había hecho todo lo posible por mantenerme alejada de él, y, si no hubiera sido por la turba furiosa que irrumpió en mi habitación, podría haberlo hecho unos días más. En lugar de eso, estaba de rodillas en el suelo enmoquetado, luchando por recordarme a mí misma que debía respirar. Aunque una parte más profunda y primitiva de mí quería arremeter contra todos los presentes y hacerles daño por lo que me estaban haciendo, la otra parte de mí sabía que no serviría de nada.

Me superaban en número y las posibilidades de salir con vida eran escasas.

Incluso si me las arreglaba para transformarme a mi forma de loba.

Una cosa era que yo acabara con Helah y sus compinches.

Otra cosa completamente distinta era lanzar un ataque contra el alfa y su beta.

Estaba desesperada, pero no era estúpida.

Sobre todo después de haber pasado horas en la biblioteca para entender todo lo que pudiera sobre los hombres lobo y su forma de vida.

Scott se aclaró la garganta y se detuvo frente a mí, con todo el cuerpo bañado por la luz del fuego que mostraba un físico tonificado y musculoso oculto bajo un jersey oscuro y unos vaqueros. Su rostro era una máscara cuidadosamente compuesta mientras me estudiaba, y Bobby intercambiaba unas palabras con Helah y los demás.

A pesar de las palpitaciones de mi pecho, levanté la mirada y sostuve la suya.

Si iba a vengarse, quería que primero me mirara a los ojos.

Para ver en qué me había convertido gracias a él.

—¿Qué tienes que decir en tu favor?

—Ya te he dicho que yo no robé el colgante —respondí con voz uniforme—. Helah y sus amigas

han estado buscándome desde que llegué.

—Cállate, mentirosa, pedazo de basura. ¿Tienes idea de quién soy?

Me giré hacia Helah y la miré directamente a los ojos. —Sé quién eres. Simplemente no me importa.

Helah jadeó y se abalanzó hacia delante, pero Bobby la frenó en el último segundo.

—Suéltame. Ya has oído lo que me ha dicho. Soy la hija de un anciano. Debe aprender a tratarme con respeto.

Bobby le dijo algo al oído y ella dejó de forcejear.

Helah levantó la barbilla y miró a Scott, con un brillo decidido en los ojos. —La quiero fuera de la manada. Es un pequeño precio a pagar teniendo en cuenta el daño que ha hecho.

—Es sólo un colgante. —Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera pensarlas—. Y lo tienes de vuelta, así que no hay daño.

—Tiene que irse —repitió Helah, sin mirarme.

—No necesito que me recuerdes las leyes —respondió Scott con rigidez—. Sé cuál es el castigo por robo.

—No puedes hablar en serio. No tiene ningún tipo de prueba de que yo lo cogí.

Scott volvió a mirarme, con sus ojos ámbar parpadeando. —Sin embargo, el colgante fue encontrado en tu habitación. ¿Tienes alguna prueba de que está mintiendo?

—No, pero...

—Entonces está hecho.

El corazón se me subió a la garganta y junté las palmas de mis manos. —Por favor. No puedes mandarme ahí fuera. No tengo adónde ir y hace mucho frío.

—Alyssa...

—No me avergüenza suplicar por mi vida —continué como si no le hubiera oído—. Tú me

trajiste aquí. Me alejaste de la única vida que he conocido sin tener en cuenta las consecuencias. Lo menos que podías hacer es dejar que me quedara.

Y forjarme un camino aquí.

Incluso como marginada y rechazada, era mejor que esa alternativa.

—Alyssa Forster, quedas condenada al exilio. Debes abandonar Seth de inmediato.

—No. —Mi corazón palpitó con fuerza contra mi pecho, y algo en mí se arrugó y murió—. No puedes hacerme esto.

Otra vez no.

Ser rechazada por él una vez ya había sido bastante malo.

No creía que pudiera sobrevivir a que me enviaran al exilio.

Mi loba gimió de dolor.

Cuando levanté la cabeza para verle, Scott estaba mirando hacia otro lado, con el rostro desprovisto de emoción. De repente, me pusieron de pie y me sacaron fuera. Bobby me miró con simpatía antes de hacer un gesto a los guardias. Antes de que se cerrara la puerta de su estudio, eché un último vistazo al rostro frío y duro de Scott.

Luego me persiguieron Helah y sus compañeras, que me empujaron y patearon hasta el exterior. En el último escalón, me caí y me encontré contemplando un cielo lleno de nubes oscuras. A lo lejos, retumbaban los truenos y los relámpagos surcaban el cielo. Helah echó la cabeza hacia atrás y aulló, acompañada de sus otras compañeras.

Con toda mi energía, me puse en pie y eché a correr.

Helah y las demás no tardaron en perseguirme en sus formas lobunas y me alcanzaron con facilidad. Chasquearon unos dientes afilados y las cuatro formaron un semicírculo a mi alrededor. Apreté los brazos y me quedé mirando el bosque a lo lejos. Una de ellas me dio un mordisco en los pies, perdí el equilibrio y caí de bruces en la nieve. Con el jersey, me limpié la sangre de la cara.

La cabeza me daba vueltas cuando me puse de pie y alcé los brazos por encima de la cabeza.

Tenía el aliento caliente de Helah en la cara y sus dientes brillaban al chasquear y gruñir. Se me cayó un brazo a un lado y con el otro me sostuve, mientras una fina capa de sudor me cubría la cabeza. Entonces mi otra mano se cerró alrededor de una roca y la hice caer sobre la cabeza de Helah. Ella aulló y retrocedió unos pasos. Sin pensarlo, le lancé la piedra directamente al pecho y respiré hondo, temblorosa.

Las demás la rodearon, sin apartar sus ojos amarillos de mi cara.

Lancé unas cuantas piedras más, con los músculos gritando en señal de protesta.

¿Por qué me molestaba en luchar si sabía que iba a perder?

En algún lugar a lo lejos, otro lobo aulló, y se detuvieron. Las cuatro inclinaron la cabeza en dirección al ruido. No esperé a ver qué ocurría antes de reemprender la marcha, deseando que mis piernas me llevaran más rápido. En cuanto atravesé el bosque, levanté los brazos.

Las oí a lo lejos y emití un sonido bajo y frustrado.

Frenéticamente, busqué a mi alrededor y mis ojos se posaron en una rama baja. Antes de que pudiera disuadirme, me lancé hacia ella y la utilicé para elevarme. Me dolía todo el cuerpo, pero la adrenalina me impulsaba hacia arriba, escalando la rama como si mi vida dependiera de ello.

Porque así lo era.

Sin la protección de Scott, sabía que estaba muerta, y Helah y las demás no habían ocultado su odio. Al anochecer, volverían a Seth, con mi sangre en los dientes, y a nadie le importaría.

Ese pensamiento hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas.

Cuando llegué a la copa del árbol, me tapé la boca con una mano y bajé la cabeza. A través de las ramas, vislumbré a Helah frenando en seco, con las otras pisándole los talones. Las cuatro se abrieron en abanico y olfatearon el suelo. Luego se detuvieron en la base del tronco y me miraron. Helah entrecerró los ojos y se levantó sobre sus patas traseras.

Dio un zarpazo al árbol y gruñó.

Sentí miedo en el fondo de la garganta cuando las demás hicieron lo mismo. Una a una, abandonaron sus formas lobunas, de modo que todas me miraban. Helah estudió el árbol antes de volver a mirarme. Luego se echó el pelo por encima de los hombros y se giró para mirar a las

demás.

—De todos modos, está muerta. Nunca va a sobrevivir aquí. No perdamos más tiempo con ella.

—Helah escupió al suelo antes de marcharse, y las demás la siguieron. Cuando se hubieron ido, me dejé caer contra el tronco y exhalé un suspiro.

Para cuando se largó a llover, ya me había bajado del árbol y miraba al suelo, más lejos de donde estaba. Me aparté el pelo de los ojos, solté la rama y me impulsé en el aire. Me preparé, esperando el impacto que iba a matarme, pero no llegó nada. A pocos centímetros del suelo, abrí los ojos y vi que había aterrizado en una rama dura.

Sin aliento, me levanté tambaleándome y extendí los brazos a ambos lados.

—Vamos, cobardes. ¿No queréis terminar el trabajo vosotros mismos?

La lluvia caía sin cesar a mi alrededor y el olor a tierra llenaba el aire.

El bosque circundante estaba tranquilo y quieto, pero podía sentir que los animales del bosque me observaban y se preguntaban. Cuando Helah y las demás no regresaron, seguí caminando, con una creciente sensación de histeria en mi interior. El cielo se llenó de relámpagos y truenos, pero no me importó.

Lo único que quería era acabar con mi sufrimiento, pero nada funcionaba.

Seguí provocando a los animales del bosque y gritando con todas mis fuerzas, sin resultado alguno. Al final, exhausta, empapada y agotada, me apoyé en el tronco de un árbol y cerré los ojos. Pronto tenía la ropa pegada al cuerpo y la bilis me subía por la garganta. De repente, eché la cabeza a un lado y vacié el contenido de mi estómago.

No paré hasta que mis ojos ardieron y mi garganta se puso en carne viva.

En cuanto terminé, se me resbalaron los pies y caí al suelo mojado. Eché la cabeza hacia atrás para mirar al cielo y me cubrí el estómago con un brazo. Mientras esperaba a que cesaran las náuseas, analicé mis opciones, y la alarma creció en mi interior cuando me di cuenta de lo que probablemente significaban estas náuseas.

¿Cómo iba a sobrevivir en la naturaleza si estaba embarazada?

Capítulo 5

Alyssa

Me pesaban los párpados y los músculos me dolían y gritaban en señal de protesta.

Aun así, me senté a la sombra de un árbol, esperando a que dejara de llover. De vez en cuando, veía a algún animal del bosque lanzarse por el irregular suelo, correteando rápidamente en busca de refugio. Luego, me quedé a merced de mis propios pensamientos.

Y la creciente sensación de histeria y desesperación crecía dentro de mí.

¿Qué debía hacer ahora?

Durante mi estancia en Seth, había adquirido cierta información sobre los lobos, la principal de las cuales era que no eran criaturas solitarias. Los lobos estaban destinados a ser animales de manada, y, sin una manada que me cubriera las espaldas y asegurara mi supervivencia, bien podría rendirme.

No tenía ninguna posibilidad de sobrevivir, no como una humilde humana que había sido mordida por error. Una parte de mí reconocía que mi loba estaba en algún lugar dentro de mí, latente y esperando para saltar. Pero por desgracia, aparte de algunas sacudidas de dolor de vez en cuando, mi loba se negaba a mostrarse.

El dolor de ser traicionada era demasiado para ella.

No podía culparla.

No tenía nada ni a nadie, excepto al bebé que crecía dentro de mí.

Con una ligera sacudida de cabeza, me asomé al bosque vacío y me puse de pie, tambaleándome. Me dolía todo y los pulmones me ardían por el esfuerzo, pero me vi obligada a poner un pie delante del otro. Aturdida, salí del bosque dando tumbos, sin ser consciente de lo que me rodeaba.

y con el vello de la nuca erizándose.

La densa vegetación del bosque no tardó en desaparecer y me encontré en medio de un desierto. Me llevé una mano a la cara y entrecerré los ojos en la distancia, bañada por el sol, horrorizada al darme cuenta de que no había nada más que una larga extensión de tierra durante kilómetros y kilómetros. Me ardía la garganta y el cansancio se apoderó de mí mientras caminaba, decidida a llegar a otro pueblo.

Tenía que haber algún lugar donde pudiera buscar refugio.

Porque no estaba dispuesta a renunciar al bebé que crecía dentro de mí.

Era la única razón por la que seguía adelante, la única razón por la que no me había rendido y había dejado que el bosque me tragara entera, sin dejar nada que demostrara que había estado allí. Remolinos de sudor se formaron en mi nuca y se deslizaron por los costados de mi cara. Hice una pausa para remangarme la camisa y me sequé el sudor con el dorso de la mano.

Luego seguí caminando, observando cómo manchas de luz gris se asentaban a mi alrededor, iluminando el suelo uniforme bajo mis pies. A lo lejos, a kilómetros y kilómetros de distancia, vi el vago contorno de una ciudad y me pregunté si sería un espejismo, un truco de mi mente cansada.

¿Era posible que sobreviviera?

La parte de mí que lloraba la pérdida de un compañero al que apenas conocía no quería creerlo. Cada paso que me alejaba de Scott y de mi lobo era agonizante, como intentar vadear un charco espeso. Y cada movimiento enviaba otra oleada de dolor y conmoción a través de mí, haciendo que mi loba interior se hiciera un ovillo.

¿Cómo iba a consolarla si no entendía nada de todo esto?

No tenía una buena razón para explicar por qué me rechazaba, aparte del hecho de que le daba asco. Tras darse cuenta de las consecuencias de transformar a una humana en loba, Scott no había sabido qué más hacer. En lugar de responsabilizarse de mí, poniéndose a sí mismo y a su manada en una posición vulnerable, había optado por echarme.

Y no podía culparle.

En su mundo, era la supervivencia del más fuerte, y permitirme quedarme habría sido como

poner una diana en su espalda. Lo último que quería era tener muertes en mi conciencia, incluso la muerte de una manada que no me quería y un compañero que mi corazón anhelaba.

A mitad del desierto, tropecé con una rama de árbol crecida. Me sequé el sudor de la cara, tiré de ella y arranqué un trozo. Luego lo partí en dos y sostuve cada uno en cada mano. Entonces, a lo lejos, vi una vaga silueta que se acercaba cada vez más. Cuando estuvo lo bastante cerca, pude distinguir unos dientes afilados y un pelaje oscuro que brillaba bajo el sol de la tarde.

En ese momento, el terror se apoderó de mí.

Pronto, a la figura solitaria se le unió otra y otra, hasta ser un total de cuatro. Cuando estuvieron lo bastante cerca, alcé los palos por encima de mi cabeza y entrecerré los ojos. Al examinarlos más de cerca, me di cuenta de que eran lobos adultos que se dirigían directamente hacia mí.

Con dedos temblorosos, froté los palos y recé.

Recé por una chispa, por la salvación, por cualquier cosa que me permitiera proteger la vida que crecía en mi interior. Mientras luchaba por encender una chispa, me invadió un feroz impulso de protección, seguido de un deseo abrumador de atacar. A pocos centímetros, la chispa prendió y sostuve la antorcha frente a mí.

Los lobos se detuvieron bruscamente a unos metros de mí, gruñendo y chasqueando los dientes. Uno de ellos, el que estaba más cerca de mí, dio un paso adelante y sus brillantes ojos amarillos me observaron atentamente. Le apunté con la antorcha y enseñé los dientes, presa de una extraña especie de instinto primario.

Quería sobrevivir.

Necesitaba sobrevivir.

Después de todo lo que había pasado, no quería morir sola en medio del desierto, destrozada por los lobos. Por primera vez en horas, sentí surgir en mí una chispa de esperanza que avivó mi deseo de moverme. Seguí agitando la antorcha delante de mí y emitiendo sonidos bajos en el fondo de mi garganta. Uno a uno, los lobos retrocedieron sin dejar de gruñirme. Cuando se alejaron lo suficiente, me lancé a correr.

Corrí tan rápido como mis pies podían llevarme.

Tan rápido como mi cuerpo fue capaz, la adrenalina bombeaba sin cesar a través de mí.

Escuché el sonido de los lobos que me seguían, pero apenas podía oír más allá de los latidos de mi propio corazón. Cuando los pulmones me ardieron y sentí que iba a desmayarme, me detuve y giré sobre mí misma para mirarlos. A lo lejos, distinguí la vaga silueta de los lobos, formando un semicírculo y observándome. Me puse más erguida y me aparté el pelo de los ojos.

Sentía que el corazón se me iba a salir del pecho.

Con la linterna en una mano y la otra cerrada en un puño, los estudié. La luz gris aún me rodeaba. Una bandada de pájaros se elevó hacia el cielo, llamándose unos a otros. Me desplacé de un pie a otro y miré a lo lejos, intentando determinar qué iban a hacer los lobos a continuación.

¿De verdad iban a dejarme en paz?

Teniendo en cuenta la mala suerte que me había acompañado desde mi llegada, no creía que fuera el caso. Dado que habían visto la antorcha, era probable que estuvieran esperando a que me desplomara en el suelo y me rindiera. La antorcha no iba a durar para siempre, ni tampoco la luz de la misma, y lo único que tenían que hacer era esperar. Con un poco de paciencia y algo de estrategia, esperaba que los lobos se estuvieran preparando para atacar de nuevo.

Un escalofrío de miedo me recorrió la espalda.

Combatirlos una vez había sido un golpe de buena suerte.

Tener suerte por segunda vez era extremadamente improbable.

Pero sabía que tenía que luchar. Tenía que luchar para darle a mi bebé la oportunidad de vivir.

Separé las piernas a la altura de las caderas y aullé cuando la antorcha se acercó demasiado a mi brazo y me chamuscó la piel. Saltando de un pie a otro, me abaniqué el brazo y sentí alivio cuando la chispa se apagó y dejó al descubierto una pequeña quemadura cerca del codo. Tragando para olvidar el nudo en la garganta, volví a mirar hacia delante y vi avanzar a los lobos.

Los cuatro se movían juntos, pisando el suelo ~~con las patas~~ y avanzando hacia mí. Cuanto más se acercaban, más decidida estaba a luchar. Cuando estuvieron lo bastante cerca como para que pudiera distinguir sus colores individuales, que iban del negro oscuro al marrón castaño, me puse de pie y esperé.

Cada parte de mí se tensó, porque sabía que tenía que luchar por mi vida y por el bebé.

Otra vez.

De repente, un lobo aulló a lo lejos y los cuatro se quedaron inmóviles. El lobo de ojos amarillos y pelaje negro inclinó la cabeza hacia un lado y escuchó. Más aullidos llenaron el silencio que nos rodeaba y me puse tensa. Miré hacia el horizonte y apenas pude distinguir nada a la luz de la madrugada. Entonces, vi una gran figura que se precipitaba hacia nosotros. Se le unió otra y otra hasta que pude distinguir cinco lobos en total, de peso y complexión similares, que se dirigían hacia nosotros.

Entonces, los lobos que tenía delante giraron para enfrentarse a los demás.

Apenas tuve tiempo de darme cuenta de lo que estaba ocurriendo antes de que los demás lobos empezaran a atacar, gruñendo y chasqueándose entre sí mientras me rodeaban. Por suerte, nadie pareció darse cuenta de mi presencia ni del temblor que me recorría mientras permanecía clavada al suelo, deseando que mis pies se movieran.

Finalmente, me invadió una oleada de adrenalina y salí corriendo.

Agarré la linterna con todo lo que tenía dentro y corrí hasta que me ardieron las plantas de los pies y hasta que las manchas bailaron en mi campo de visión. El sol comenzó a ascender por el cielo, bañando el mundo en tonos rojos y naranjas. Utilicé toda mi energía para correr y sentí un gran alivio cuando vi un oasis unos metros más adelante, rodeado de varias palmeras gruesas y un grupo de animales salvajes que merodeaban cerca de la orilla. Más allá se extendían grandes montañas. Se me llenaron los ojos de lágrimas mientras tropezaba, me despellejaba las rodillas y levantaba tierra y polvo.

Cuando llegué al oasis, me detuve y giré sobre mis talones, con el corazón latiéndome tan fuerte que no podía oír nada más. Escuché el sonido de los lobos luchando, pero no podía distinguir nada. Con un suspiro, avancé en dirección al oasis. Al borde del agua, caí de rodillas y toqué el suelo con la frente.

Me invadieron una oleada tras otra de alivio.

La antorcha cayó al suelo junto a mí, y apenas tuve energía para pisotearla antes de rodar sobre mi espalda y mirar al cielo. Estaba iluminado con un caleidoscopio de colores, cada uno más hermoso que el anterior. Dejé que mis ojos lo recorrieran y estiré los brazos a ambos lados,

consolándome con la firmeza de la tierra bajo mis pies.

Seguí tumbada, con el agua corriendo a mis espaldas, y el silencio a mi alrededor se hizo denso y cargado hasta que ya no pude más. Lentamente, me puse de pie, me acerqué al agua y junté las manos. El agua fría se deslizó por mi garganta y se asentó en el centro de mi estómago. Una y otra vez, me eché agua en la cara como si pudiera limpiarme de todo lo que había pasado en los últimos días.

Ojalá fuera así de sencillo.

Por desgracia, mi alivio duró poco, porque, cuando me arrastré hasta la palmera más cercana y torcí la cabeza para mirar hacia el horizonte, oí un gruñido grave. Por el rabillo del ojo, vi un destello de movimiento y apareció un lobo de pelo castaño que me miraba fijamente.

Se me formó un nudo en el centro del estómago.

Capítulo 6

Alyssa

—Por favor. —Tenía los labios agrietados y la garganta seca—. No quiero hacer daño.

Otro lobo, de lustroso pelaje gris con manchas blancas, se unió al primero. Me puse de pie tambaleándome y extendí los brazos delante de mí. —No estoy aquí para hacer daño a nadie.

Poco a poco, los lobos que tenía delante se fueron transformando y sus cuerpos se enfocaron y desenfocaron. De repente, sus formas de lobo se transformaron en cuerpos humanos. Miré a los dos: un hombre bajo y moreno, de ojos grandes y penetrantes, y una mujer alta, de pelo castaño y piel bronceada.

Fue entonces cuando me fijé en el pueblo que había detrás de ellos, situado al pie de las montañas. Me erguí más y saqué la lengua para lamerme los labios. —No sé dónde estoy.

—Estás en territorio de la Manada Dunda.

Miré a la hembra y enderecé la espalda. —No sé dónde estoy. Soy humana, o era humana, hasta que un lobo me mordió. Me llevó con su gente porque decían que era su pareja, pero me rechazó.

Los dos lobos intercambiaron una rápida mirada y la expresión de la hembra se suavizó. —Es difícil rechazar a un compañero predestinado. Algunos lobos no sobreviven al dolor.

Tragué saliva y junté los dedos. —Quiero sobrevivir. Quiero sobrevivir por mi bebé.

La mujer se inclinó hacia delante y olfateó el aire entre nosotras. —Puedo olerlo en ti.

Me puse de pie y escondí las manos temblorosas detrás de la espalda. —Sé que no tienes motivos para confiar en mí ni para ofrecermé ningún tipo de ayuda, pero no tengo otro sitio adónde ir. No puedo volver al mundo humano.

El hombre enarcó una ceja y dio un paso hacia mí, sus pasos eran ligeros y silenciosos. —

¿Quieres que la Manada Dunda te proteja?

—Sólo necesito un lugar donde quedarme —repetí, con los ojos alternados entre los dos—. Sé que es mucho pedir, pero mi vida está en vuestras manos.

Sin su ayuda, no estaba segura de cómo iba a sobrevivir.

Teniendo en cuenta todo lo que sabía, sabía que el mundo humano estaba muy lejos y que no tenía ninguna posibilidad de volver por mis propios medios. Como tampoco tenía habilidades de supervivencia, al menos ninguna que me fuera útil en este mundo, igualmente sabía que no podría hacerlo sola.

Tenía que confiar en que mi súplica los conmoviera.

De otro modo, ¿por qué no me habrían matado todavía?

Invadir el territorio de otra manada era un delito punible.

Sin embargo, ninguno de ellos parecía particularmente dispuesto a hacerme daño.

Me cubrí el estómago con un brazo y me puse más erguida. —Puedo trabajar a cambio de un lugar donde vivir y comida.

Los dos se miraron en silencio. Finalmente, el hombre corrió y cambió a su forma de lobo. Volvió poco después con dos lobos más, que se transformaron en un hombre y una mujer mayores, con mechones plateados en el pelo y vestidos con prendas que les llegaban hasta los tobillos.

—Como no eres miembro de la Dunda, no puedes quedarte en la ciudad. —Fue la mujer mayor quien habló, dando unos pasos hacia mí—. Sin embargo, puedes quedarte en las afueras, donde es seguro y neutral.

Se me doblaron las rodillas y caí sobre ellas. —Gracias. No tienes idea de lo mucho que esto significa para mí.

Los hombres mayores dieron un paso adelante y me estudiaron atentamente.

—Tendrás que trabajar a cambio de casa y comida.

Asentí con la cabeza. —Cualquier cosa. Lo que quieras que haga.

—Nyla y Cohen te mostrarán dónde puedes trabajar. Como estás embarazada, no se puede esperar que caces.

Entonces, el anciano y la mujer se retiraron por un camino que conducía más allá del oasis hacia el centro de la ciudad. Me giré para observarlos hasta que se convirtieron en una mancha en el horizonte. Luego, Nyla me puso una mano en la espalda y me hizo avanzar por el mismo camino. Pequeñas casas se alineaban a ambos lados del camino, junto con algunos edificios dispersos.

Cohen caminaba a mi lado, con la mandíbula tensa y la mirada fija al frente. No tardamos en llegar al centro de la ciudad, con las montañas a sus espaldas, que ofrecían un paisaje pintoresco. No podía dejar de mirar de reojo mientras pasábamos a toda prisa, ganándome algunas miradas curiosas de los habitantes del pueblo. Algunos me ignoraron. Actuar como una loba rechazada era algo cotidiano.

Otros olfateaban el aire al pasar.

Levanté la cabeza y cerré los puños a los lados.

Un grupo de niños pasó corriendo y me giré para verlos alejarse, gruñendo y sacándose la lengua unos a otros. Nyla se detuvo al final del camino, delante de un edificio metálico con un gran ventanal. Empujó la puerta y una ráfaga de aire frío me golpeó. Parpadeé y la habitación se enfocó, mostrando un rocódromo a un lado y aparatos de gimnasia al otro. El olor a sudor me revolvió el estómago.

—Esto te gustará. —Nyla se detuvo frente a un mostrador y tocó el timbre—. Rick te preparará como camarera y te dirá todo lo que necesitas saber.

Rick, un hombre alto, de hombros anchos y pelo rubio, salió de detrás del escritorio. —¿Otra extraviada?

Nyla asintió y me señaló. —¿Te asegurarás de que se instale?

Rick la miró y sonrió. —Sí, no te preocupes. Yo me encargo.

Nyla me dedicó una sonrisa antes de que ella y Cohen salieran del gimnasio, doblaran la esquina y desaparecieran. En cuanto lo hicieron, Rick salió de detrás del escritorio, mostrando unos hombros anchos, unos brazos musculosos y una sonrisa relajada. Extendió los brazos a ambos

lados y sonrió ampliamente.

—Te va a gustar trabajar aquí. Es fácil tratar con los clientes y es bastante flexible.

Miré a mi alrededor y de nuevo a su cara. —¿Estás... ya sabes.

—¿Hombres lobo? Claro que sí. —Rick se puso en marcha a paso brusco, haciendo una pausa para señalar algunas cosas del gimnasio, incluido el equipamiento de última generación—. Hay una zona de boxeo en la manada. Tiene una sala separada porque a muchos de los hombres lobo más nuevos les gusta entrenar allí.

—¿Te gusta vivir aquí?

—¿En las montañas? Sí, hay mucho terreno escarpado para escalar, y nos gusta boxear y correr, así que es el escenario perfecto para nosotros.

Dejo que mis ojos recorran de nuevo el gimnasio, observando los grandes ventanales con vistas a la ciudad y la luz del sol bailando sobre los suelos de madera. —¿No te importa estar lejos de los humanos?.

—En realidad es mejor para nosotros, así no tenemos que estar cubriéndonos la cola todo el tiempo. Y tenemos que entrenar mucho, así que somos mucho más fuertes que las manadas de alrededor.

Me aclaré la garganta. —Eres mucho más tolerante... también.

Rick me miró y su expresión se suavizó. —No eres la primera vagabunda que se ha metido en nuestro territorio, y no serás la última.

—¿Cómo es que no nos rechazan?

Rick se encogió de hombros y me condujo a través de una puerta en la parte trasera. Cuando la abrió de un empujón, dejando ver un pequeño grupo de casitas de ladrillo a las afueras del pueblo, una sonrisa se dibujó en el borde de mis labios.

—Sinceramente, creo que todo el mundo merece una oportunidad. La jerarquía no siempre es justa, sobre todo si no eres un lobo de pura cepa, y no creo que se deba juzgar a la gente por eso.

—Gracias.

Rick señaló una casa a la derecha, con un pequeño porche y una puerta azul.

—Puedes quedarte aquí. Técnicamente no es territorio de Dunda, ya que está en la frontera, pero estaremos aquí si necesitas nuestra ayuda.

Instintivamente me llevé la mano al estómago. —No sé de cuánta ayuda seré en el gimnasio debido a mi... condición.

Rick me dedicó otra sonrisa. —No te preocupes. Te enseñaré y creo que serás una buena camarera. Esa es tu vecina, Dora.

Una mujer pelirroja con un vestido de colores que le llegaba justo por encima de las rodillas salió de la casa contigua a la mía y saludó con la mano. —¿Es mi nueva vecina?

—Dora, ella es Alyssa. Alyssa, ella es Dora. Se va a quedar aquí por un tiempo.

Dora me dedicó una sonrisa tranquilizadora. —Si alguna vez necesitas algo, dímelo.

Durante las semanas siguientes me fui adaptando a la comunidad de Dunda. Por las mañanas, cuando me despertaba, daba un pequeño paseo por la casa, disfrutando de la brisa fresca en la cara y de la tierra caliente bajo mis pies. Cuando terminaba, solía ir al gimnasio y ayudaba a Rick a abrir. Rick, que se había convertido en una especie de mentor, me había tomado bajo su protección y me había enseñado todo sobre el trabajo en un gimnasio.

La mayor parte del tiempo era tranquilo, con gente que entraba en el entrenamiento y subía a las rocas.

Cuando no estaba limpiando mesas y tomando pedidos, me ponía detrás del mostrador principal y observaba a los lobos que entraban, todos ellos fuertes y en forma. Muchos me saludaban con la mano. Otros sonreían y seguían a lo suyo. Aunque sabía que mi presencia aquí debía de resultar desconcertante para algunos de ellos, ni uno solo me hizo sentir mal recibida.

La manada de Dunda era extremadamente tolerante y acogedora.

Por mi vida, no podía entenderlo.

Tampoco entendía por qué estaban dispuestos a arriesgarse con una extraña que no tenía ni idea de lo que era ser loba. No obstante, agradecía su amabilidad y su decisión de acogerme, en lugar de dejarme a merced de los elementos. Por la noche, tras un largo día de trabajo, solía taparme

hasta la barbilla y rezar.

Estaba agradecida por lo que fuera que me había enviado a Dunda.

Porque sin ellos, ya estaría muerta.

Poco a poco, el recuerdo de Scott y del poco tiempo que pasamos juntos fue desapareciendo de mi mente. Cada vez que se me pasaba por la cabeza, lo único que recordaba era su indiferencia y crueldad hacia mí. Por desgracia, por la noche era peor. Muchas noches, cuando cerraba los ojos y escuchaba la ciudad que me rodeaba, pensaba en él.

Y en nuestra noche juntos.

En mis sueños, revivía lo que sentía al ser tocada por él, al sentir su boca en mi cuello y su aliento caliente en mi piel. No quería pensar en Scott ni en lo que se sentía al ser reclamada por él, al sentirme tan completa que no había sabido qué hacer conmigo misma.

En mi forma de loba, era más difícil olvidarme de él, sobre todo cuando me asaltaban las punzadas de la soledad y el calor.

Quería olvidarme del compañero que había puesto mi vida patas arriba antes de darme la espalda, pero no me atrevía. Meses más tarde, cuando di a luz a mi hijo, con la ayuda de Dora, Scott estaba en el primer plano de mi mente. Eché un vistazo a la apacible cara rosada de Andy y lo supe.

Semanas después, cuando volví al trabajo, pedí a Rick, el hijo menor del líder de la Dunda, que empezara mi formación.

Capítulo 7

Scott

Me agarré a los bordes del escritorio y expulsé un fuerte suspiro. —¿Cómo que sigues sin encontrarla? Han pasado meses.

Bobby dio un paso adelante y juntó las manos en la espalda. —Cuando esos lobos Rogue la atacaron, nos concentramos en detenerlos.

—¿Demasiado concentrados para ver a dónde fue?

Bobby no se inmutó ante la mordacidad de mi voz. —Hacíamos lo que nos pediste, y eran más de los que esperábamos. Hicimos lo que pudimos.

—No es suficiente —gruñí, deteniéndome para golpear la mesa con las manos. La mesa tembló por la fuerza—. Quiero saber dónde está.

Porque una parte de mí no soportaba no saber dónde estaba.

Y si necesitaba o no mi ayuda.

Desterrarla fue una de las cosas más difíciles que he tenido que hacer, pero sabía que tenía que hacerlo. Teniendo en cuenta lo mal preparada que estaba para enfrentarse al mundo de los hombres lobo, y mucho menos para convertirse en la pareja del alfa, sabía que Alyssa estaría mejor sin nosotros.

Sin mí.

Especialmente cuando no podía llevarla como un compañero debía hacerlo.

Había tomado esa decisión y ahora tenía que vivir con ella. Ella estaría bien. Se las arregló para sobrevivir a Helah y a los otros. Y escapó de los lobos. Estaba seguro de que estaría en algún lugar a salvo.

O al menos eso esperaba.

Aunque nuestro vínculo de apareamiento era débil debido a mi negativa a reconocerlo, volví la mirada hacia mi interior y me concentré. Me alivió comprobar que Alyssa no sólo seguía viva, sino que también estaba en paz. Podía sentir su satisfacción y armonía a través del vínculo, y eso hizo que se me deshicieran algunos nudos del estómago.

Incluso aunque todavía no había sido capaz de localizarla.

Probablemente era lo mejor.

Alyssa necesitaba estar lejos, muy lejos de la gente de Seth.

Solté el escritorio, me puse más erguido y miré directamente a Bobby. —¿Estás seguro de que este no es el mismo grupo de lobos que me atacaron?

—Tienen diferente olor —respondió Bobby con un movimiento de la cabeza—. Me aseguré de comprobarlo, e hice que algunos de los otros lobos lo comprobaran también.

—¿Te aseguraste de que no sepan para qué es?

Bobby asintió. —No es el mismo grupo que te atacó y te dio por muerto en las afueras de ese pueblo. Estoy seguro.

Exhalé un suspiro. —Bien.

Significaba que Alyssa no era el objetivo principal.

Por lo que pude ver, estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado, desesperada y ansiosa por alejarse de Helah y sus compinches. Aunque no había previsto que la persiguieran hasta llegar a las tierras salvajes, debería haberlo sabido.

Helah no era un tipo de mujer amable e indulgente.

Y yo sabía que ella todavía tenía su corazón enfocado en ser mi pareja.

Sabía desde el principio que no se detendría ante nada, pero no podía imaginar la profundidad de su crueldad. Ser hija de un anciano influyente, cuyo poder e influencia se extendían cada día más, sólo la envalentonaba aún más. Se sentía intocable y me resultaba difícil controlarla.

Ella y sus compinches estaban demostrando ser más difíciles de lo que me había imaginado.

Pero tenía cosas más importantes de las que preocuparme, como averiguar quién era el responsable del asesinato de mis padres. Después de pasarme los últimos meses siguiendo todas las pistas y haciendo averiguaciones discretas siempre que podía, no estaba más cerca de descubrir la verdad. Quienquiera que hubiera atacado a mis padres y me hubiera dado por muerto había cubierto bien sus huellas.

Incluso Bobby se estaba quedando sin sospechosos.

Bobby se aclaró la garganta. —Ella no es el objetivo principal. Mi conjetura es que ella sólo se interpuso en su camino.

Salí de detrás del escritorio y me dirigí a la nevera. Tras servirme una generosa cantidad de whisky, me lo bebí de un trago. —Estoy de acuerdo.

Los ojos de Bobby se clavaron en mi espalda. —Sugiero que volvamos a centrar nuestra atención en el asunto que nos ocupa. Tenemos que seguir investigando a los miembros de la manada con la esperanza de averiguar quién es el espía.

Dejé el vaso y me giré para mirarle. —¿Crees que es posible que alguien se haya infiltrado en nuestras filas?.

Bobby frunció el ceño. —No soporto la idea de que sea uno de los nuestros, pero no podemos descartar a nadie. No podemos dejar piedra sin remover.

No si tenían alguna esperanza de descubrir quién era el traidor y dar un escarmiento. Una parte de mí estaba seguro de que se trataba de una red de espías enviada para dismantelar la Manada Seth desde dentro, dejándola vulnerable a las amenazas externas. Sin embargo, otra parte de mí no podía soportar la idea de más traición.

Esa noche, cuando me retiré a mi habitación, fue en Alyssa en quien pensé.

Ella llenaba todos mis pensamientos de vigilia, y aquella noche, cuando visitó mis sueños, me alegré de verla. La vi en un campo verde, con un largo vestido amarillo que la envolvía y dejaba ver sus piernas bronceadas. Con el sol a sus espaldas y la tierra bajo sus pies, era lo más hermoso que había visto jamás.

No había podido resistirme a atraerla hacia mí y besarla.

A pesar de mi buen juicio, soñaba con tocarla, con pasar los dedos por su piel suave y bronceada y ver cómo se le ponía la carne de gallina. Reviví lo que sentí al saborearla, al sentir su cuerpo bajo el mío, y me desperté sudando frío, con el corazón martilleándome sin cesar contra el pecho. Una sensación de inquietud se instaló en la boca de mi estómago y me acompañó durante semanas.

Por mucho que intentaba olvidarme de Alyssa, no podía.

Capítulo 8

Alyssa

Cinco años después.

—Cariño, ten cuidado. —Fruncí el ceño desde mi lugar detrás del escritorio, y Andy se giró para mirarme, con los ojos color ámbar llenos de remordimiento—. ¿Qué dije acerca de molestar a la gente mientras están tratando de escalar rocas?

Andy resopló y se alejó de los lobos para acercarse a mí. —Pero tú eres la entrenadora aquí, mami. Yo también quiero ser entrenador.

Dejé el bolígrafo y salí de detrás del escritorio. —Algún día, cuando seas mayor, tú también podrás ser entrenador.

Andy ladeó la cabeza y me miró fijamente. —¿Cuándo voy a ser mayor?

Me reí entre dientes y le revolví el pelo. —Espero que no por un buen rato.

Andy cruzó los brazos sobre el pecho y me lanzó una mirada frustrada. —Pero tengo cuatro años.

Le di un beso en la cabeza. —Ya lo sé.

Y había crecido tan rápido, ante mis propios ojos.

Los últimos cinco años habían pasado como un borrón entre entrenar para hacerme más fuerte y poder mantenerme e intentar dar una buena vida a mi hijo. Había pasado de ser camarera en el rocódromo a convertirme en entrenadora aquí, en gran parte gracias a que la Manada de Dunda me bajo su protección y accedió había accedido a formarme.

No había sido fácil.

Al principio, había días en los que me arrastraba hasta la cama al final de un largo día y me acurrucaba junto a mi hijo, el olor y el tacto de él era lo único que me mantenía en pie. Hacía cinco años que no veía a Scott ni a ningún otro miembro de su manada, pero la loba que había en mí seguía anhelándolo.

Lo echaba de menos con una fiereza que no me gustaba.

Porque yo quería estar libre de Scott para siempre, para sacarlo de mi sistema de una manera u otra, sobre todo porque yo estaba construyendo una vida para nosotros aquí. La vida en las montañas, entre la Manada Dunda, era la única vida que Andy había conocido, y, teniendo en cuenta la sinceridad con que nos habían aceptado, era la única vida que quería que conociera.

Andy no necesitaba saber nada de la manada Seth ni del padre al que se parecía tanto. Al contrario, cuanta más distancia pusiera entre mi pasado y yo, mejor. Me sentía bien al tener un propósito, despertarme por la mañana y saber que otros lobos dependían de mí para ayudarles a entrenar.

Con un leve movimiento de cabeza, conduje a Andy fuera, a las concurridas calles de la ciudad. Salió corriendo y su pequeño cuerpo desapareció rápidamente. Cuando escudriñé la multitud en su busca, lo vi jugando con un grupo de niños, todos ellos chasqueando y gruñendo juguetonamente entre sí. Andy saltó y empujó a través del círculo.

Una sonrisa se dibujó en el borde de mis labios mientras volvía al gimnasio. Poco después, Rick entró en el gimnasio en pantalones cortos y una camiseta, luciendo una sonrisa relajada, y con mi hijo escondido a su lado. Una vez que se acercaron, eché un vistazo a la cara manchada de lágrimas de Andy, y fruncí el ceño. Miré a Rick, que asintió y se acercó para ayudarlo. Con el corazón martilleándome contra el pecho, llevé a Andy a una habitación del fondo y le limpié la cara con un pañuelo.

—¿Qué ha pasado?

Andy olfateó y fijó sus ojos color ámbar en mí. —Los otros lobos se estaban burlando de mí.

Lo abracé contra mí y le pasé los dedos por el pelo. —Lo siento, cariño. No deberías hacerles caso.

Andy se revolvió y me miró. —Dicen que no tengo padre.

Se me hizo un nudo en el estómago. —Tienes un padre, cariño. Sólo está... ocupado.

Andy olfateó y se apartó de mí. —Él no me quiere, ¿verdad?

Antes de que pudiera responder, Andy salió a trompicones de la sala de almacenamiento y entró en la parte principal del gimnasio. Pasó corriendo junto a Rick y salió por la puerta principal, cada llanto era como una daga en mi corazón. Aunque quería decirle la verdad cuando fuera mayor, no tenía ni idea de cómo consolarlo ahora.

Andy merecía sentirse querido y deseado.

Y la idea de hacerle saber que su padre ni sabía ni se preocupaba por su existencia era como un cuchillo que me atravesaba el corazón. Una parte de mí se había planteado llegar hasta él, aunque solo fuera para tranquilizarme de una vez por todas, pero la otra parte de mí se resistía a la idea de someter a Andy a ese tipo de rechazo.

Lo último que quería era que mi hijo se enfrentara a la crueldad que yo había sufrido.

Con un suspiro, salí de nuevo al gimnasio y me dirigí a la recepción. Rick se acercó a mí, se apoyó en el mostrador y se aclaró la garganta. —¿Está bien?

—No, pero creo que lo estará.

—¿Puedo ayudar en algo?

Levanté la vista hacia el rostro bronceado y familiar de Rick y sentí nudos del estómago. —Ya haces mucho por nosotros, Rick. Me ofreciste un trabajo y un lugar donde quedarme, y sé que cuidas de Andy. Te agradezco mucho todo lo que has hecho por nosotros.

Rick cogió mi mano y la apretó. —Podrías tener una vida aquí, Lys. Una vida de verdad. No sólo una temporal.

—¿Qué quieres decir?

Los ojos de Rick recorrieron mi cara. —Quiero decir que no tienes que esperar para ser feliz. No necesitas el permiso de tu antigua manada para seguir adelante. Está claro que se han olvidado de ti.

Sus palabras fueron como otro cuchillo en el corazón, pero tenía razón.

Ni siquiera me habían buscado, ni una sola vez.

No sabía por qué seguía aferrada a la creencia de que algo cambiaría ahora. Lo único que sabía era que estaba cansada de tener un pie fuera de la puerta y mirar por encima del hombro todo el tiempo. Los últimos cinco años en la Dunda habían sido exactamente lo que necesitaba para deshacerme de los grilletes y los demonios de mi pasado.

Había llegado el momento de cerrar esa puerta para siempre.

Miré a Rick a los ojos y sentí un extraño revoloteo en el estómago. —¿Recuerdas lo que me preguntaste el otro día?.

Rick soltó mi mano y asintió. —¿Sí?

—¿Me recoges para cenar a las ocho?

Rick esbozó una sonrisa. —Me encantaría.

Mientras Rick se alejaba, estudié su espalda y empecé a preguntarme si estaba haciendo esto por las razones correctas. Andy había admirado a Rick toda su vida como una especie de tío, pero yo sabía que quería más. Teniendo en cuenta que conocía los sentimientos de Rick por mí y los había sospechado durante un tiempo, estaba cansada de huir de ellos, de decirme a mí misma que no estaba bien.

¿Por qué no deberíamos ser felices Andy y yo?

¿Por qué mi hijo no podía tener una figura paterna en su vida?

Aunque sabía que una parte de mí seguía añorando a Scott, la marca grabada en mi piel seguía siendo una prueba de su dominio sobre mí, no veía ninguna razón por la que no pudiera olvidarle. Estar con Rick me parecía natural, lo correcto, y quería abrirme a esa posibilidad.

Quería una familia de verdad para Andy.

Con esa idea en la cabeza, volví al trabajo. Esa noche, cuando Rick me llevó a cenar y a bailar, me sentí mejor de lo que me había sentido en mucho tiempo. Al final de la noche, cuando me acompañó a casa y se detuvo a besarme en el umbral de la puerta, me invadió la familiar punzada de la soledad.

Pero la ignoré y le devolví el beso.

Durante las siguientes semanas, Rick pasó por el gimnasio todos los días, buscando excusas para hablar conmigo y pasar tiempo con Andy. Le enseñó algunos de los aparatos del gimnasio e incluso le dejó usar algunos de los más fáciles, y yo lo observaba todo con una extraña mezcla de tristeza y alivio. Apreciaba el esfuerzo que Rick estaba haciendo, especialmente en lo que se refería a Andy, pero una parte de mí no podía dejar de imaginar a Scott en su lugar.

No podía quitarme la sensación de que era él quien debía estar a mi lado, criando a Andy. Cuando Rick me miró y sonrió, aparté todos los pensamientos sobre Scott al fondo de mi mente. Entonces saludé a Andy, que me sonrió y nos miró a los dos. Más tarde,, Andy estaba durmiendo en la habitación de al lado cuando Rick pasó, con un ramo de flores en la mano.

Miré las flores antes de atraerlo hacia mí.

La boca de Rick estaba caliente e impaciente contra la mía.

En silencio, tiré de él hacia el interior de la casa y cerré la puerta de una patada con el dorso de la pierna. Me levantó, me rodeó por la cintura y me llevó al dormitorio. En el centro de mi vientre empezó a retumbar el deseo. Rick me dejó en la cama y se detuvo para cerrar la puerta tras de sí. Se subió la camisa por la cabeza antes de atraerme hacia él.

Quería que todo se sintiera bien.

Quería que Rick fuera el que ahuyentara la soledad.

Pero, en cuanto me levantó la camisa por encima de la cabeza, sus dedos dejaron de moverse sobre mi cuerpo. Dio un paso atrás y me estudió a la luz de la luna. —Estás marcada.

Tragué más allá del nudo en la garganta. —Creía que lo sabías.

Rick exhaló un suspiro y negó con la cabeza. —No lo sabía. Lys, tú y yo... no podemos estar juntos con esa marca en tu cuerpo.

Me volví a poner la camiseta por encima de la cabeza y fruncí el ceño. —¿Por qué no?

La expresión de Rick era de dolor cuando contestó. —No puedes acostarte con la pareja de otro lobo. Es una de nuestras leyes más antiguas y vinculantes.

Me incorporé y me pasé una mano por la cara. —¿Cómo arreglo esto?

Los ojos de Rick se posaron en mi cara. —Podrías intentar quitarte la marca. He oído historias sobre cómo hacerlo, pero no sé si realmente funciona....

Cogí la mano de Rick y le miré a los ojos. —Si me la quitan, seré libre de Scott para siempre, ¿verdad?

Rick me atrajo contra él, el olor a hierba y pino me inundó. —Sí, pero sólo deberías hacerlo si es algo que realmente quieres.

Me eché hacia atrás para mirarle. —Sí, quiero.

—Puedo ir contigo.

Me zafé de sus brazos y me pasé los dedos por el pelo. —No creo que sea buena idea. Podría dificultar las cosas.

Rick frunció el ceño. —¿Y con Dora?

—Creo que tengo que hacer esto por mi cuenta —respondí, haciendo una pausa para posarme en el borde de la cama—. Andy y yo nos iremos mañana.

No quería darme la oportunidad de echarme atrás, de convencerme a mí misma de que tenía que volver a encarrilar mi vida. Aunque en parte se trataba de poder estar con Rick, una gran parte de mí sabía que no se trataba sólo de eso.

Quería librarme de Scott, de una vez por todas.

Y quería mirarle a los ojos mientras lo hacía.

Después de todo lo que me había hecho, me debía esto.

Capítulo 9

Alyssa

—Mami, ¿por qué tenemos que irnos?

Me agaché frente a Andy y ajusté el cuello de su camisa. —Porque mamá tiene que ver a un viejo amigo.

Andy inclinó la cabeza hacia un lado y me miró fijamente. —¿Qué viejo amigo? Todos tus amigos están aquí, mami.

Le aparté el pelo de la cara y me levanté. —Tienes razón. No es un viejo amigo, pero es alguien importante que mamá conocía.

Andy frunció el ceño. —¿Por qué tenemos que verlo?

—Porque necesita hacer algo por mí.

Algo que debería haber hecho hace mucho tiempo.

Aunque una parte de mí temía volver a encontrarme cara a cara con Scott, después de todo este tiempo, otra parte de mí se daba cuenta de que nunca me libraría de él a menos que lo hiciera. Después de construirme una vida en las montañas, entre la manada Dunda, lo último que quería era ponerlo todo en peligro por culpa de una marca.

Una marca que no me había querido recibir.

Pareja o no, no quería a Scott, y no dejaría que una marca me dijera lo contrario. Con un suspiro, empujé el pelo de Andy fuera de su cara y alcancé su mano. Me dio un apretón y se balanceó sobre los talones de sus pies. Dora salió para abrazarnos a los dos y susurrarme cosas tranquilizadoras al oído. Rick, por su parte, caminaba en silencio a mi lado, con una expresión extraña en el rostro.

Recorrimos el pueblo en silencio, con la mayoría de los lobos dormidos en sus casas. Cuando llegamos al límite de la frontera, donde sólo se veía tierra desértica hasta donde alcanzaba la vista, Rick se detuvo. Me atrajo hacia él y yo me aferré a él, dejando que su aroma a tierra y sándalo me envolviera.

Era un olor que me resultaba familiar y que conocía como la palma de mi mano.

Rick y yo no nos habíamos separado ni una sola vez en los cinco años que hacía que le conocía. Desde el momento en que Nyla me condujo a través de las puertas dobles del gimnasio y puse mis ojos en él, me había hecho sentir bienvenida. Sin embargo, no podía imaginar lo mucho que llegaría a significar para mí ni el tipo de viaje que estaba dispuesta a emprender, en parte gracias a él.

Porque quería tener un futuro con él.

Porque quería ser más que la rechazada de la manada de Seth.

Quería ser miembro de la Manada de Dunda en todos los aspectos, y quería que mi hijo tuviera un verdadero hogar donde lo aceptaran sin pegas. Rick siguió abrazándome y acariciándome el pelo. Luego se apartó, me dedicó una pequeña sonrisa y se inclinó para mirar a Andy. Andy lo rodeó con los brazos y lo apretó. Se me hizo un nudo en la garganta cuando Rick se levantó y enderezó la espalda.

—Ten cuidado ahí fuera. —Rick tomó mi mano libre y la apretó—. ¿Seguro que no quieres que vaya contigo?

—No quiero arriesgarme a una guerra territorial o algo así —respondí, levantando la barbilla—. Además, estaré bien. No creo que intenten nada esta vez.

No una vez que se dieran cuenta de que Andy era el hijo del alfa.

Y con su agudo sentido del olfato, sólo sería cuestión de tiempo.

Rick frunció el ceño. —No me importa la guerra territorial. Me importa lo que vas a tener que afrontar. Recuerdo cómo te trataron la última vez.

Me llevé la mano de Rick a la cara y le besé los nudillos. —Gracias por querer venir conmigo y por querer protegernos. No tienes ni idea de lo mucho que ha significado para mí.

La expresión de Rick se tensó. —No lo digas así.

—¿Así cómo?

—Como si me dijeras adiós.

Me aclaré la garganta. —No, pero por si acaso pasa algo...

Rick me puso un dedo en los labios. —No, no hables así. No va a pasar nada. Vas a estar bien y volverás antes de que te des cuenta.

Asentí y apreté los labios.

Rick me dio un beso en la frente y dio un paso atrás. Le solté la mano y me ajusté las correas de la mochila al hombro. Con una última mirada en dirección a Rick, agarré con más fuerza la mano de Andy y crucé la frontera del pueblo. En cuanto lo hice, se me erizó el vello de la nuca.

Andy se quedó en silencio mientras nuestros zapatos crujían contra la grava.

El sol de primera hora de la mañana me calentaba la nuca, haciendo que se me formaran riachuelos de sudor. Agarré la mano de Andy entre las mías y me quedé mirando al frente. El calor surgía del suelo y brillaba, dándole a todo un extraño resplandor. Cada paso que me alejaba de la manada Dunda y de la vida que me había forjado era más y más duro.

Sentía los pies de plomo, pero seguí avanzando, recordando lo que estaba en juego. A mitad del desierto, oí un gruñido grave y se me erizó el vello de la nuca. Arropé a Andy a mi lado y me di la vuelta, con el corazón latiéndome desbocado mientras escudriñaba la zona. A lo lejos, bajo el sol, vi una figura que avanzaba hacia nosotros, con el pelaje gris brillando a la luz.

El miedo se apoderó de mí mientras empujaba a Andy detrás de mí y me apoyaba en los hombros.

Cuando el lobo estuvo lo bastante cerca, dejé caer la mochila al suelo y cerré las manos en puños. Utilizando toda la energía de que disponía, me abalancé sobre el lobo y lo hice retroceder unos metros. Aturdido por el impacto, gruñó con la boca llena de saliva.

Le enseñé los dientes y le di otro puñetazo en el costado.

Cuando parpadeé, dos lobos más se le habían unido, formando un círculo a nuestro alrededor.

Andy apretó su espalda contra la mía, y pude oler su miedo. Llegué detrás de mí para acariciar su cabeza, y mi mano se introdujo en la mochila. En cuanto saqué un mechero, los lobos retrocedieron de un salto, cerrando filas a su alrededor.

Con un gruñido, levanté el mechero sin dejar de mirarlos.

La adrenalina se apoderó de mí cuando asesté unos cuantos puñetazos más. Mis músculos gritaron en señal de protesta cuando mi puño tocó hueso y piel. Uno de ellos aulló y se apartó de mí, con los ojos amarillos y brillantes muy abiertos y cansados. Los otros dos lobos intercambiaron una mirada rápida y se zambulleron de nuevo, acercándose un poco a Andy para su comodidad.

Di una patada con la pierna y mandé a uno hacia atrás.

El tercer lobo me echó una última mirada antes de escabullirse con el rabo entre las piernas. Con el corazón latiéndome contra las orejas, cogí mi mochila y me la colgué de los hombros. Mis manos estaban sudorosas cuando tomé la mano de Andy, y rompimos a correr. El sonido de su respiración pesada reverberaba dentro de mi cabeza, acentuado por el sonido ocasional de nuestros pies golpeando contra el suelo del desierto.

A lo lejos, las montañas se extendían sobre un fondo de cielo azul despejado. A medida que disminuimos la velocidad, apretaba más la mano de Andy y tenía cada pulgada de piel cubierta de sudor. Andy metió la cabeza en mi costado, con un temblor recorriéndole. Usé la yema del pulgar para frotar círculos a lo largo del interior de mi muñeca.

Y empecé a preguntarme si debería haber dejado atrás a Andy.

Sabía que la manada Dunda lo aceptaba, pero no estaba segura de que fuera suficiente como para protegerlo. Teniendo en cuenta nuestra condición de forasteros, habría sido demasiado esperar que la manada Dunda luchara contra los suyos para protegerlo. Aunque nuestra presencia era mayormente tolerada, especialmente por los ancianos, no había querido tentar a la suerte.

No cuando tenía que cruzar el desierto para encontrar a Scott.

La idea de dejar atrás a Andy ni siquiera había sido una opción.

No nos habíamos separado desde el día en que nació, y no iba a ocurrir ahora.

Con un leve movimiento de cabeza, miré a Andy y le di un beso en la coronilla. Seguimos

caminando como si fuéramos las dos únicas personas del mundo. Las montañas seguían asomándose, cada vez más cerca. Finalmente, llegué a la linde del bosque y me quedé helada.

Los recuerdos de aquella noche llegaron rápidamente, duros e implacables.

Di un paso adelante y tiré de Andy detrás de mí. —Ya casi llegamos.

—¿Por qué tenemos que atravesar un bosque?

—Porque el... conocido de mamá está al otro lado del bosque —respondí, poniendo un pie delante del otro contra el suelo irregular del bosque—. Es una ciudad muy bonita.

Los pasos de Andy eran pequeños y no dejaba de mirarme. —Quiero ir a casa.

—Yo también quiero irme a casa. Volveremos antes de que te des cuenta.

Los árboles se asomaban a ambos lados y la densa vegetación se extendía. Guíé a Andy por encima de troncos cubiertos de maleza y por debajo de las ramas de los árboles. Nada más rezumaba vida mientras caminábamos, los nudos en mi estómago crecían y se retorcían sobre sí mismos. Cuando llegamos al otro lado del bosque, respiré aliviada y miré a mi alrededor. La carretera estaba vacía, con algunas casas alineadas a ambos lados.

No se parecía en nada a lo que recordaba.

Pasó una brisa fría y olfateé.

¿Por qué parecía una ciudad fantasma?

Por el rabillo del ojo, vi un destello de movimiento y dos lobos pasaron corriendo, gruñendo y chasqueándose el uno al otro. Me quedé inmóvil, esperando a que cambiaran de marcha y vinieran a por mí, pero no se fijaron en mí en absoluto. En lugar de eso, desaparecieron por una esquina, llenando el aire de rabia. Di un paso adelante y aparecieron otros dos lobos con forma humana, empujándose con violencia y con los ojos llenos de ira.

Me quedé quieta y esperé.

Ni un solo lobo reconoció mi existencia, y mucho menos la cuestionó.

De repente, me invadió una fuerte oleada de impotencia, seguida de una sensación de

consternación. Volví mi atención hacia mi interior y sentí una leve agitación a través del vínculo, seguida de la comprensión de que Scott estaba en peligro. Al darme cuenta de que nuestro vínculo de apareamiento seguía siendo poderoso, me recorrió un escalofrío. Fruncí el ceño y me concentré en la sensación, tratando de determinar lo que estaba sucediendo.

Pero yo no era lo bastante hábil o fuerte para entenderlo.

Todo lo que sabía era que Scott estaba en peligro y que necesitaba mi ayuda.

—¿Qué pasa, mamá?

Levanté a Andy y crucé la calle a toda prisa hasta una casa abandonada. Una vez me lancé a la puerta, ésta crujió al abrirse, revelando un salón oscuro y una fina capa de polvo por todas partes. Después de echar un rápido vistazo alrededor, puse a Andy de pie y dejé que la mochila cayera al suelo con un ruido sordo.

—Mamá tiene que ir a ayudar a su amigo, pero vuelvo enseguida.

Andy me rodeó el estómago con los brazos y se estremeció. —No me dejes, mami.

Me agaché frente a él y se echó hacia atrás para mirarme, la expresión de su cara hizo que mi corazón se rompiera en mil pedazos. —Es sólo por un rato, y voy a estar de vuelta, ¿de acuerdo?

A Andy le tembló el labio inferior. —¿Tienes que hacerlo?

—¿Recuerdas lo que Rick y yo te enseñamos?

Andy tragó saliva y asintió. —Sí.

—Quédate callado y permanece escondido —susurré, con una sensación de pesadez instalándose en el centro de mi estómago—. Vendré a buscarte tan pronto como pueda.

Andy se puso más erguido y juntó las manos detrás de la espalda. —Vale, mamá.

Lo atraje hacia mí con fuerza y exhalé. —No luches a menos que tengas que hacerlo.

Poco después, me alejé sigilosamente de la casa abandonada en dirección a la casa principal, donde residían Scott y los miembros de alto rango de la manada. Odiaba cada paso que me alejaba de Andy, pero no podía negar la atracción y la sensación de urgencia que sentía.

No me gustaba estar a merced del vínculo de apareamiento, que me atraía hacia donde estaba Scott. Pero tampoco podía ignorarlo.

Capítulo 10

Scott

Giré la cabeza hacia un lado y escupí una bocanada de sangre. —Así que esto es lo que tenías en mente todo el tiempo, ¿no?

Martin rodeó los fragmentos de cristal que cubrían la puerta de mi casa. Su mano colgaba sin fuerza a su lado, pero cada paso estaba lleno de propósito, de precisión. Había un lobo a cada lado, sus pasos eran silenciosos pero letales.

¿Así iba a morir?

¿Traicionado por mi propia manada?

—No eres digno de ser alfa —me dijo Martin, sin vacilar en sus pasos—. Te dije desde el principio que debías renunciar, pero no me escuchaste.

Le enseñé los dientes y gruñí. —Esta es mi manada.

—Era la manada de tus padres —continuó Martin, como si no me hubiera oído.

—Pero ellos sabían cómo liderar una manada. Tú no te pareces en nada a ellos.

A nuestro alrededor, la lucha continuaba, con mis leales seguidores apartados de mi lado y enzarzados en una feroz batalla. Desde el intento de invasión de la manada Rhea, una semana atrás, mis seguidores y yo no habíamos tenido ni un momento de respiro. Al contrario, nos pasábamos el día luchando con uñas y dientes. Por la noche, todos nos acurrucábamos en mi casa y nos turnábamos para vigilar la puerta, nuestro número disminuía más de lo que me permitía admitir.

La manada Rhea nos tenía justo donde querían.

Pero no eran el mayor problema que teníamos entre manos.

La traición de Martin, aunque era algo que sospechaba desde hacía tiempo, había sido peor. Aprovechando el caos, había reclutado gente para su causa y había decidido hacerse con el trono. Una parte de mí no se había sorprendido, teniendo en cuenta lo descontento que estaba con el cargo de anciano. A la otra parte todavía le costaba hacerse a la idea de lo que estaba ocurriendo.

Mi manada se desgarró desde los cimientos y se volvió contra los demás.

Todo por la codicia y el ansia de poder de Martin.

Con más de la mitad de mis fuerzas concentradas en mantener a raya a la manada Rhea y las otras intentando evitar una invasión, era sólo cuestión de tiempo que perdiéramos. En el fondo, sabía que estaba librando una batalla perdida, pero no podía rendirme, todavía no.

No cuando aún había esperanza.

Martin se detuvo a unos metros e hizo una señal a los lobos que tenía a cada lado.

—No tiene por qué ser así, Scott. No me produce ninguna alegría masacrar a miembros de la manada, pero lo haré si tengo que hacerlo. Por un bien mayor.

—¿Qué bien mayor? Lo único que te importa es tú mismo.

Los ojos de Martin brillaron. —Ten cuidado, chico. Puede que seas el alfa, pero un buen alfa sabe cuándo ha sido derrotado. Retírate, y perdonaré al resto de tus seguidores.

Sabía que Martin mentía.

Para mantener su frágil control sobre la manada, iba a dar un escarmiento a todos mis seguidores. Martin y yo sabíamos que mentía para que nos alineáramos y salváramos las apariencias.

Yo, en cambio, iba a tener un final más elaborado.

Martin no iba a perdonarme la vida porque, mientras yo viviera, su ascenso a líder de la manada quedaría en entredicho. Una rápida mirada recorrió el rostro de Martin antes de que cambiara de forma, transformando todo su cuerpo en su elegante forma de lobo. Recorrí la habitación a mi alrededor y clavé mi mirada en Martin. Con un gruñido, me transformé a mi forma de lobo y atravesé la casa.

Los seguidores de Martin no tardaron en perseguirle.

Los conduje fuera de la casa y al centro de la ciudad, al fragor de la batalla. El sonido de gruñidos y chasquidos llenaba el aire circundante, al igual que el olor metálico de la sangre, espeso y tangente. Me detuve en el centro del campo de batalla, con los lobos luchando a ambos lados, y me giré para mirar a Martin.

Emergió su lustroso pelaje negro, con dos lobos marrones a cada lado.

Pataleé en el suelo y resoplé.

Entonces la sentí a través del vínculo de apareamiento, tan poderosa como si estuviera a mi lado. El alivio y la felicidad me invadieron, superando mis miedos y dudas. Le chasqueé los dientes a Martin y solté un fuerte aullido. Martin y sus lobos se detuvieron a unos metros, y la confusión se grabó en sus rostros. Sin previo aviso, arremetí contra ellos, con una renovada sensación de determinación y esperanza apoderándose de mí.

Entonces, Bobby se materializó de la nada a mi lado, liderando a algunos de los lobos que aún me eran leales. Juntos, avanzamos hacia Martin y sus lobos, empujándolos hasta alejarlos del campo de batalla. Más y más lobos se unieron a mí mientras inmovilizaba a Martin contra la pared, y él me descubrió el cuello. Le clavé los dientes en la piel y aulló de dolor. Con la misma rapidez, dejé que se desplomara en el suelo y que la sangre manchara el pavimento bajo nuestros pies.

Martin emitió un gemido bajo mientras yo lo miraba fijamente.

La marea estaba cambiando a nuestro favor y, por mi vida, no podía entender por qué. La mitad de mí sabía que tenía algo que ver con sentir a Alyssa a través del vínculo de apareamiento por primera vez en cinco años, pero la otra mitad no podía creerlo.

Después de tanto tiempo, ¿por qué la sentía ahora?

No tenía sentido.

Me di la vuelta y olfateé el aire.

Momentos después, vi a Alyssa de pie en el borde del campo de batalla, con rizos oscuros enmarcándole la cara y cayéndole por encima de los hombros. Tenía los brazos levantados a ambos lados y una expresión de feroz concentración grabada en el rostro. Cuando me miró y nuestros ojos se cruzaron desde el otro lado del campo, algo en mí se sumergió y se desplegó.

¿Qué hacía ella aquí?

Se suponía que Alyssa había desaparecido hacía tiempo, que existía en algún lugar del mundo, lejos de Seth y de la manada. Seguí mirándola, preguntándome si alguien más podría verla. Dado que estábamos en medio de una batalla por nuestras vidas, una batalla que iba a determinar el futuro del pueblo de Seth, no se me escapaba que podría haberla conjurado en mi mente.

¿Era posible que la hubiera invocado para seguir luchando?

Porque Alyssa no podía estar en Seth, y mucho menos de pie al borde del campo de batalla, con cara de alivio por verme. Sacudí la cabeza, di un paso hacia ella y me detuve. Luego dirigí mi atención a un lobo, seguidor de Martin, que avanzaba hacia mí. En cuanto chocamos, rodamos por el suelo, un amasijo de miembros y dientes chasqueando, luchando por ganar la ventaja. Cuando lo inmovilicé en el suelo, le enseñé los dientes y gruñí.

Bajó la cabeza y emitió un gemido bajo.

Me aparté de él y lo fulminé con la mirada. El lobo metió la cola entre las patas y retrocedió unos pasos. Con el corazón latiéndome desbocado en el pecho, levanté la nariz y olfateé. El inconfundible aroma de ella llenaba el aire, un olor que reconocería en cualquier parte.

Alyssa olía a flores silvestres y a sol.

Como la esperanza y el anhelo, todo junto.

Me di la vuelta y la busqué entre la multitud. Caminaba de puntillas por el borde del campo de batalla, en línea recta hacia mí. Una extraña sensación me recorrió mientras la observaba, temeroso de que, si hacía algún movimiento brusco, desaparecería. Atraído por ella a pesar de mi buen juicio, volví a mi forma humana. Un escalofrío recorrió mi espina dorsal mientras caminaba hacia ella y el resto del mundo se desvanecía.

A medida que avanzaba la batalla, me di cuenta de que la sangre manchaba el suelo bajo mis pies y de que en el aire flotaba un pesado silencio. Sin embargo, no podía apartar los ojos de Alyssa ni dejar de preguntarme si realmente estaba allí. Volvió a mirarme y una sensación desconocida se instaló en el centro de mi estómago.

¿Era ella la razón por la que había logrado dominar a Martin?

¿Acaso mi aumento de energía se debía a que ella estaba cerca?

Hice una pausa y fruncí el ceño.

Pero eso no explicaba por qué estaba aquí.

No podía dejar de revivir la última vez que la vi, de rodillas sobre la moqueta, suplicando que no la echara al frío. Aún recordaba la noche, desde el temblor de su voz hasta la crueldad grabada en el rostro de Helah. Incluso después de tanto tiempo, no podía dejar de verlo y preguntarme si había hecho lo correcto.

¿Había hecho lo correcto al desterrarla de Seth?

¿Permitiendo que Helah y sus seguidoras la expulsaran?

Cinco años después, seguía sin estar seguro.

Lo único que sabía era que volver a verla me llenaba de la misma sensación de desesperación y añoranza que había intentado superar. Había pasado los últimos años tratando de olvidarla, de ignorar el vínculo entre nosotros que gritaba su nombre y los sueños plagados de su imagen.

Estar cerca de ella otra vez no parecía real.

Y me nubló tanto el juicio que no vi a los lobos de Rhea avanzando hacia mí. Cuando me di cuenta de que habían formado un círculo a mi alrededor, ya era demasiado tarde para escaparme. Aparté la mirada de Alyssa y gruñí. Luego cambié a mi forma de lobo y di zarpazos en el suelo. Sin dudarlo, vinieron a por mí, uno tras otro, dejándome jadeando y con los músculos gritando en señal de protesta.

Las brujas de su manada me hechizaron, volviéndome lento y aletargado.

A diferencia de mis propios lobos, la manada Rhea era más fuerte y mucho más coordinada en sus ataques. Cada vez que luchaba contra un lobo, surgía otro que me mordisqueaba la espalda. Pronto, Bobby se unió a mí; su espalda se apretó contra la mía mientras los manteníamos a raya. De vez en cuando echaba miradas furtivas a Alyssa, que observaba todo lo que ocurría con una expresión de dolor en el rostro.

¿Ella también había sentido la atracción?

¿O había conseguido librarse de su efecto, deseando olvidar al lobo que le arrancó la vida, sin remordimientos, sin disculpas y sin pensárselo dos veces?

Antes de que pudiera seguir dándole vueltas al asunto, los lobos formaron una línea y avanzaron hacia nosotros. Bobby y yo retrocedimos y no pude apartar la vista de ellos. La adrenalina seguía bombeando por mis venas, la necesidad de hacer frente a la amenaza inminente y el peligro superando mi deseo de ir a Alyssa.

Para garantizar su propia seguridad.

Martin dio un paso adelante, con el pelaje cubierto de sangre, y gruñó.

Le di un manotazo e hice un ruido sordo.

A lo lejos, unos cuantos lobos más aullaron, a los que se unió el resto de la manada. Eché la cabeza hacia atrás y me uní a ellos, luchando contra la creciente sensación de fatalidad y consternación. Después de haber resistido tanto tiempo, lo último que quería era someterme a la derrota, sabiendo que el futuro de mi manada dependía de mí, pero me preguntaba si era inútil.

Ni siquiera la visión de Alyssa era suficiente para alejarlos para siempre.

De repente, me sentí destrozado por haberla echado, dejándome consumir y manipular por la política de los lobos. Entonces, con un gruñido, mordí al lobo más cercano, prometiéndome a mí mismo que iba a aclarar las cosas entre Alyssa y yo.

Si salía con vida.

Capítulo 11

Alyssa

Un gruñido grave creció en mi garganta cuando vi que los lobos lo superaban en número.

Scott fue engullido y no pude ver su familiar pelaje marrón, ni siquiera cuando me acerqué. A ambos lados de mí, había una masacre, con lobos de todas las formas y tamaños desgarrándose unos a otros en medio de las calles de la ciudad. La sangre empapaba el pavimento bajo mis pies, y el sonido de gruñidos y aullidos llenaba el aire.

Me sentí como si hubiera aterrizado en medio de una pesadilla.

Una parte de mí quería dar media vuelta, coger a Andy y volver a Dunda. Aunque sabía que no quitarme la marca iba a dificultar un futuro real entre Rick y yo, me preguntaba si merecía la pena correr el riesgo.

La otra parte de mí sabía que no podía irme mientras Scott estuviera en problemas.

Cada célula de mi cuerpo tiraba de mí hacia él y me suplicaba que le ayudara. Fruncí el ceño y avancé sigilosamente, sin querer llamar la atención. Entonces di unos pasos más, y un lobo que estaba al pie de las montañas me miró, con los ojos apretados por la concentración.

Olfateó el aire y gruñó.

Se me erizó el vello de la nuca.

Salté con todo mi peso. Con la mayor rapidez posible, me desplacé entre las rocas, esquivando por los pelos a los lobos que me mordían los talones. Sus dientes me llegaban demasiado cerca de los tobillos, lo que hacía que me resbalaran chorros de sudor por los costados y la nuca.

Utilizando hasta la última herramienta a mi disposición, me desplacé de un extremo a otro de la montaña, con ayuda de las rocas para afianzarme.

Cuando estuve lo bastante lejos, salté y me agaché. En cuanto caí de pie, levantando polvo y gravilla, los lobos avanzaron, eran cuatro en total de pelaje gris oscuro. El más grande se situó al frente de la manada, con la boca llena de saliva. Separé las piernas a la altura de las caderas y cerré las manos en puños.

Si querían pelea, la iban a tener.

En ese momento, el gran lobo gris se abalanzó sobre mí y yo di una patada en el aire. El lobo gruñó por lo bajo y cayó de pie a unos metros de mí. Pataleó en el suelo y resopló y yo lo miré directamente a los ojos con una sonrisa llena de determinación. Cuando volvió a lanzarse a por mí, le di un puñetazo en la mandíbula, y el impacto me recorrió el brazo.

Apreté los dientes y me esforcé por oír más allá de los latidos de mi corazón.

—¿Alguien más quiere probarme?

Uno de los lobos se abalanzó sobre mí y me tiró de espaldas.

Me quedé de golpe sin respiración. Levanté los brazos por encima de la cabeza, evitando el mordisco de sus dientes. Gruñó y gruñó, y el miedo en el centro de mi estómago creció y se extendió. Utilizando toda la energía de la que disponía, me agité y me sacudí mientras rodábamos por el duro suelo, levantando una tormenta de polvo. Una vez dominado, sujeté al lobo por la cabeza y gruñí.

Una fina capa de sudor me recorrió la frente.

El lobo jadeó y se retorció contra mí, pero lo mantuve agarrado como una mordaza. Cuando lo solté, retrocedí unos pasos y le sostuve la mirada. Se escabulló, gimoteando en voz baja. Los otros dos lobos me rodearon, gruñendo y enseñando los dientes. De repente, me imaginé a Rick delante de mí, enseñándome todo lo que necesitaba saber sobre boxeo y escalada.

Gracias a él, luché contra cuatro lobos con mis propias manos.

Gracias a él, conseguí mantenerlos a raya y hacer que se lo pensaran dos veces.

Cuando terminé, estaba cubierta de sudor y el corazón me latía tan fuerte que creí que se me iba a salir del pecho. Fruncí el ceño, giré la cabeza hacia un lado y escupí una bocanada de sangre. Luego pasé rozando a los lobos, sintiendo sus ojos en mi nuca. En cuanto llegué a Scott, me detuve y alcancé al lobo más cercano.

Desviando su atención, salté y los rodeé hasta distraer a un número suficiente de ellos. Scott se abrió paso entre el resto y se transformó a su forma humana. Su espalda se pegó a la mía. Luchamos contra ellos, y su sola presencia me infundió una extraña sensación de euforia.

Como si fuera invencible.

Nada en el mundo podría afectarme con Scott a mi lado.

—No deberías estar aquí —me gritó Scott al oído—. Fuiste desterrada.

—Es una forma extraña de decir gracias.

Scott se giró para mirarme y se agachó, evitando un puñetazo que iba dirigido a su cara. —¿Qué se supone que debo agradecerte?

—Que he venido a rescatarte.

Scott enarcó una ceja. —No sabía que necesitaba que me rescataran.

Le di una patada a un lobo en el estómago y lo hice retroceder. —Desde luego que sí.

—Sería mucho más fácil si hiciéramos esto transformados en lobo —gruñó Scott entre puñetazo y puñetazo—. Y mucho más rápido también.

—Tú haz las cosas a tu manera y yo las haré a la mía —le contesté sin mirarle. Giró sobre sí mismo, pegó su espalda a la mía y seguimos luchando. Luego nos separamos y vi su pelo oscuro, luchando contra un grupo de lobos enemigos en forma humana.

No podía evitar mirarle mientras luchaba, cada movimiento calculado y preciso, cada puñetazo lleno de fuerza y poder. Después de cinco años alejada de él, de decirme a mí misma que no me importaba y que no le necesitaba, empecé a preguntarme hasta qué punto era mentira.

A pesar de mis mejores intentos, me sentía tan atraída por él como siempre.

Tanto es así que cuando echó la cabeza hacia atrás para aullar, convocando a los demás lobos, respondí del mismo modo. Juntos, hicimos retroceder a la manada enemiga hasta llegar a las fronteras. Una vez que terminamos, Scott condujo a los lobos restantes de vuelta a la ciudad para ocuparse personalmente de los seguidores de Martin. Pasó una hora merodeando por la ciudad, tratando de obtener toda la información posible, lo que no me sorprendió.

Sin embargo, no podía creer que un anciano se las arreglara para engañar a Scott. Teniendo en cuenta que era un alfa y descendiente de dos de los lobos más poderosos que jamás hayan liderado la manada Seth, me sorprendió un poco.

No es que me importara.

Sólo necesitaba que Scott viviera lo suficiente como para eliminar la marca.

Involucrarme en la jerarquía y la política de los lobos era una mala idea que no iba a considerar, independientemente de la fuerza del vínculo de pareja. Con un leve movimiento de cabeza, me apresuré a seguir a Scott, ayudándole a luchar contra el resto de los traidores. Aunque aún no había dominado mis habilidades de loba, que me permitían acceder a las habilidades curativas y la fuerza de una loba, sabía que podía defenderme.

El hecho de verme obligada a valerme por mí misma no me había dado otra opción.

Afortunadamente, la manada de Dunda había tenido en cuenta la importancia de permitirme entrenar.

Me sentía inmensamente agradecida mientras ayudaba a luchar contra un lobo tras otro hasta que todos cayeron en fila. Scott estaba unos metros por delante de mí y tenía a un lobo inmovilizado contra la pared de enfrente. Gruñó antes de tirarlo al suelo. Una vez que se ocupó de todos los lobos, atacó a Martin, y los dos se rodearon mutuamente. En cuanto Martin atacó, Scott lo apartó como si no pesara nada.

Martin no se levantó enseguida.

Y cuando lo hizo, Scott corrió hacia él y lo inmovilizó contra el suelo.

Los dos lobos se miraron fijamente mientras todos los demás se reunían a ambos lados y observaban.

Cuando Scott dio un paso atrás, tenso y alerta, contuve la respiración. Martin mantuvo la cabeza gacha mientras se alejaba cojeando para unirse a los otros lobos cuyas cabezas pendían derrotadas. Aturdida, vi cómo Scott volvía a su forma humana. Se detuvo en medio de las calles de la ciudad, cubierto de magulladuras y sangre, y extendió los brazos a ambos lados.

—Que el día de hoy sirva de lección. La Manada Seth debe permanecer unida contra sus enemigos. No podemos tener discrepancias en nuestras filas.

Se levantó un murmullo de aprobación.

—Soy el legítimo heredero y líder de la manada Seth —añadió Scott, con sus ojos ámbar recorriendo a la multitud de lobos, que volvían a su forma humana—. Nadie volverá a desafiar mi derecho al trono.

Otro murmullo se elevó entre la multitud.

—Martin, serás retenido como prisionero hasta el juicio. Si eres declarado culpable de traición, serás exiliado y despojado de tu título y posición de anciano.

Hubo un destello de movimiento y dos lobos se colocaron a ambos lados de Martin, sujetándolo entre ellos. Scott echó un vistazo a la multitud, sus ojos se detuvieron en mí. —En cuanto a los que os unisteis a la causa de Martin, tenéis dos opciones. Jurarme lealtad y hacer el sagrado juramento del lobo o someteros a juicio con Martin.

Algunos lobos intercambiaron miradas rápidas y preocupadas.

Di un paso atrás y crucé los brazos sobre el pecho.

¿Por qué me había abalanzado sobre Scott como un cachorro enamorado?

¿Por qué no le había abandonado a su suerte?

Al fin y al cabo, él era el alfa y era perfectamente capaz de defenderse. Por mi vida, no podía determinar por qué había sido poseída por mi necesidad de llegar a él. Al ver que ya no necesitaba mi ayuda, me apresuré a buscar a Andy. Corrí tan rápido como mis piernas me permitían, sorteando lobos que pasaban cojeando, con el triunfo grabado en sus rostros. El alivio se apoderó de mí cuando llegué a la casa y me detuve. En cuanto atravesé la puerta principal, me desplomé en el suelo y cogí a Andy en brazos.

Mi alivio duró sólo unos segundos porque Andy dio un paso atrás y reveló un cuerpo en el suelo de madera. De repente, me levanté de un salto y empujé a mi hijo detrás de mí.

—Vuelve, Andy.

Andy se retorció y salió de detrás de mí. —Está muerto, mamá. Me dijiste que me defendiera si tenía que hacerlo.

Empujé el cuerpo con el talón del pie, pero no se movió. —¿Te lo has cargado tú solo?

Andy se aclaró la garganta. —Usé las habilidades que tú y Rick me enseñaron. Era tan grande y fuerte. Lo siento, mami.

Me agaché frente a Andy y le aparté el pelo de la cara. —Te estabas protegiendo, cariño. No hay necesidad de disculparse.

Andy tragó saliva. —¿En serio?

Asentí y le dediqué una pequeña sonrisa. —Sé que no debe haber sido fácil quitar una vida, pero sólo intentabas protegerte.

—¿No estás enfadada conmigo?

Sacudí la cabeza. —Andy, cariño, estoy orgullosa de ti por escuchar y por hacer todo lo que Rick y yo te enseñamos a hacer.

Andy parpadeó y echó la cabeza hacia atrás. —¿Por qué estás cubierta de sangre?

—Porque tu madre ayudó a salvar a mucha gente.

Me di la vuelta, vi a Scott en la puerta y me quedé helada. —¿Qué estás haciendo aquí?

Scott dio un paso adelante, sus ojos color ámbar no se apartaban de mi cara.

—Saliste corriendo rápidamente y quería asegurarme de que estás bien.

Arrojé a Andy a mi lado y me puse rígida. —Estamos bien. No necesitamos tu ayuda.

Tampoco quería que mirara demasiado de cerca a Andy.

Capítulo 12

Scott

No había pasado por alto el tic en su mandíbula ni la forma en que arropaba a su hijo.

Sin embargo, a pesar de las oleadas y oleadas de hostilidad dirigidas hacia mí, me alegré de verla. Ahora que la batalla había terminado y yo había asegurado mi posición como alfa y líder de la manada Seth, era capaz de asimilar el hecho de que Alyssa estaba de vuelta.

De pie a unos metros de mí, era aún más hermosa de lo que recordaba, con su espeso y largo pelo rizado y sus ojos plateados observándome con cansancio. Di otro paso hacia delante y ella apretó con más fuerza a su hijo, con una advertencia inconfundible en los ojos. Con una pequeña sonrisa, levanté las manos a ambos lados y esperé.

¿Por qué estaba en una casa abandonada en las afueras de la ciudad?

¿Qué estaba haciendo en Seth?

Casi me había resignado a su recuerdo, sabiendo que nunca volvería, después de cómo la habíamos tratado. Afortunadamente, Alyssa había regresado a nosotros más rápida y fuerte que nunca y había ayudado a cambiar las tornas de la guerra a mi favor. Y aún no podía creer lo bien que se movía o lo fuerte que pegaba.

Los últimos cinco años le habían sentado muy bien.

En lugar de una mujer enjuta con ojos demasiado grandes que se replegaba sobre sí misma, vi a la mujer que estaba ante mí, toda músculos duros y delgados, con hombros cuadrados y postura de guerrera. Cuando la miré, no tuvo miedo de devolverme la mirada ni de entrecerrar los ojos.

Dondequiera que hubiera estado durante los últimos cinco años, le había hecho mucho bien.

Tenía mejor aspecto del que recordaba, y el anhelo familiar que sentí en el campo de batalla se

multiplicó por diez, haciéndome difícil quedarme quieto. Quería estrecharla entre mis brazos y disculparme. Pero en lugar de eso, esperé a que su postura se relajara y el agarre de su hijo se calmara.

—Me alegro de verte, Alyssa.

Alyssa resopló. —Sí, no me lo creo. Ambos sabemos que nunca me quisiste aquí.

—Pero aun así volviste.

—No he vuelto para ayudarte —dijo Alyssa, levantando la barbilla—. Volví porque...

—¿Sí?

Alyssa miró a su hijo y volvió a mirarme a mí. —Tenemos que hablar en privado.

—Volvamos a mi casa.

Entonces giré sobre mis talones y escuché el sonido de sus pasos. Me siguió por las sinuosas calles y subió unas escaleras que conducían al pequeño grupo de casas donde vivíamos los ancianos y yo. Me detuve ante la puerta de la derecha e hice un gesto con la cabeza a los lobos que estaban apostados fuera. Empujaron las puertas dobles y señalé a Alyssa y a su hijo.

Le hizo pasar sin mirarme.

Dentro, la conduje por un pasillo poco iluminado, pasando por encima de los fragmentos de cristal hasta mi despacho. Allí encendí un fuego e hice una pausa para servirme un poco de whisky. —¿Puedo ofrecerte algo?

Alyssa ayudó a su hijo a acomodarse en el sillón junto al fuego. —No, gracias.

—¿Y a ti, hombrecito?

La mano de Alyssa salió disparada, y puso un brazo sobre los hombros de Andy.

—Te agradecería que no hablaras con mi hijo.

La miré por encima del borde del vaso, era hermosa incluso a la luz del fuego.

—¿Dónde has estado? ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Andy y yo viajamos mucho para verte —respondió Alyssa tras una larga pausa—. Y no importa dónde estuve.

Tomé un sorbo de whisky y fruncí el ceño cuando se abrió camino por mi garganta. —¿Por qué no?

—Porque dejaste claro que no me querías aquí.

Tomé otro sorbo y la estudié. —Sin embargo, aquí estás.

—¿Cuántos años tiene Andy?

Alyssa se irguió más y me sostuvo la mirada. —No tengo que responder a eso.

—Bueno, en realidad no me vas a decir por qué estás aquí, así que aceptaré cualquier respuesta que pueda conseguir. —Dejé mi vaso sobre mi escritorio y me acerqué a ellos. Luego me agaché frente a Andy y me quedé mirando cuando levantó sus ojos color ámbar hacia los míos.

¿Era él la razón por la que Alyssa estaba aquí?

No podía ser.

—¿Cuántos años tienes, colega?

Alyssa le tapó la boca con una mano y se puso delante de él. —Estoy aquí porque quiero que me quites la marca.

—¿Qué marca? —Me puse en pie y crucé los brazos sobre el pecho—. Vas a tener que ser un poco más específica.

Alyssa puso los ojos en blanco. —No te hagas el tonto conmigo, Scott. Tú y yo sabemos que me refiero a la marca que me dejaste la noche que me atacaste.

Puse una mano entre nosotros y ella se quedó quieta. —¿Te refieres a la marca que permite a la gente saber que eres mi compañera?

Alyssa aspiró con fuerza y asintió. —Sí.

—Esa marca es la razón por la que fuiste capaz de encontrarme.

Alyssa apretó los labios y no dijo nada.

—También podría ser la razón por la que estoy vivo ahora mismo —añadí con voz más suave. Ella reaccionó ante mis dedos, a escasos centímetros de su piel, pero pude percibir su vacilación, su reticencia. Alyssa no quería la marca más de lo que quería estar aquí.

Aun así, la admiraba por haber venido, incluso cuando no tenía ni idea de lo que le esperaba.

De repente me sentí más atraído por ella que nunca.

—Me lo debes —susurró Alyssa, con el rostro iluminado por el fuego—. Después de todo lo que me has hecho, me lo debes.

Mis dedos se detuvieron a centímetros de su cara. —¿Por eso estás aquí? ¿Para exigir justicia después de cómo te trataron?

Alyssa no rompió nuestra mirada. —Es lo menos que puedes hacer.

Ladeé la cabeza y retiré la mano. —En ese caso, no.

Alyssa balbuceó, y su cara se puso de un rojo intenso. —¿No?

—Creo que he sido lo bastante claro. —Crucé el suelo enmoquetado y recogí mi bebida—. No voy a quitarte la marca.

—¿Por qué no?

Me giré para mirarla e incliné mi copa en su dirección. —Porque te trajo de vuelta a mí cuando más te necesitaba.

Alyssa se erizó. —No soy una posesión. Soy una persona.

—Eres mi compañera —corregí, haciendo una pausa para dar un largo sorbo a mi bebida—. Y ahora que has vuelto, no voy a dejarte marchar nunca más.

Alyssa se quedó con la boca abierta. —Entonces, ¿ahora se supone que debo creer que has cambiado de opinión? ¿Todo por una estúpida marca?

Me encogí de hombros. —Cree lo que quieras creer. No va a cambiar mi decisión.

Alyssa dio un paso adelante y bloqueó mi vista de Andy. Ella me señaló con el dedo, y sus ojos brillaron con un tono antinatural. —Sólo estás haciendo esto para atormentarme. Como si no hubieras arruinado mi vida lo suficiente.

—No intento torturarte, Alyssa. La forma en que actué antes fue desafortunada, pero...

—¿Desafortunada? Me desterraste. Dejaste que tu novia me echara y no hiciste nada. Podría haber muerto.

Dejé la bebida y la miré. —Pero estás viva y bien, y tienes un hijo.

—Esa no es la cuestión —espetó Alyssa sacudiendo la cabeza—. La cuestión es que dejaste claro que no querías tener nada que ver conmigo delante de toda la manada, nada menos. Y yo seguí adelante con mi vida.

—¿Por eso quieres que te quiten la marca? ¿Porque has seguido adelante con otra persona?

La idea me dolió más de lo que quería admitir, pero no me sorprendió.

Fue su fuego y su espíritu de lucha lo que me atrajo de ella en primer lugar.

¿Por qué no iba a ser la misma razón por la que lo fuera para otra persona?

Eso no me impidió querer ponerle las manos encima y arrancarle la garganta.

—Tengo razón, ¿no?

—Eres un imbécil, eso es lo que eres. —Alyssa se puso en pie y me miró fijamente—. No puedes tener las dos cosas, Scott. Y hace cinco años, dejaste muy claro lo que sentías por mí.

—Un hombre puede cambiar de opinión.

—Claro que puede —espetó Alyssa, salivando—. No quiero esto, y no te quiero a ti.

Sin responder, giré sobre mis talones y salí de la habitación, con una oleada tras otra de frustración subiendo conmigo. Cerré la puerta de golpe, respiré hondo y levanté la cabeza. Bobby llegó corriendo por el pasillo, aún cubierto de sudor, suciedad y sangre, e hizo una mueca al verme.

—Estaba a punto de ir a buscarte. —Bobby se pasó una mano por la cara antes de dejarla caer a

su lado—. Se trata de la manada Rhea.

Cerré los puños a los lados. —¿Ya han vuelto?

Bobby sacudió la cabeza y puso mala cara. —Es peor. Acabamos de recibir la noticia de que se aliaron con la Manada Dunda. Por eso tenían tantos lobos.

Me alejé del despacho y maldije. —¿Estás seguro? Los Dundas son conocidos por ser tolerantes y aceptar a otras manadas. Tampoco son territoriales.

No tenía sentido que se aliaran con un grupo de lobos y brujas sedientos de sangre y de poder. Los Rhea eran lo suficientemente poderosos por sí solos, teniendo en cuenta que tenían una rara combinación de fuerza de hombre lobo y magia de bruja para respaldarlos, pero no tenía sentido que se aliaran con los Dunda.

Por lo que yo sabía, no necesitaban hacer una alianza así.

No cuando ya eran lo bastante fuertes como para dominarnos, sobre todo si había problemas en nuestras filas. Fue exactamente por eso que Martin, sintiendo que su oportunidad estaba a la vuelta de la esquina, había reunido a sus partidarios detrás de él y había tratado de retirarme de mi posición como alfa.

Y también lo habría conseguido si no hubiera sido por Alyssa.

El destino tenía un extraño sentido del humor al enviármela de vuelta después de tanto tiempo.

Aunque fuera porque ya no quería tener nada que ver conmigo.

—Enviad exploradores. Que traigan toda la información que puedan.

—Todo el mundo sigue recuperándose de la batalla —respondió Bobby con el ceño fruncido—. Contener a la manada Rhea y luchar contra Martin nos costó todo lo que teníamos.

Lo último que necesitábamos era tener que enfrentarnos a otro ataque.

No con nuestras fuerzas y recursos agotados.

—Por la mañana, entonces. Tenemos que encontrar la verdadera razón por la que se convirtieron en aliados y encontrar una manera de poner fin a su alianza.

Bobby ladeó la cabeza en mi dirección. —Por supuesto.

El silencio se extendió entre nosotros.

—Tienes algo en mente.

Bobby se aclaró la garganta y levantó su mirada hasta la mía. —Apesta a Dunda.

—¿Quién?

—Tu compañera. Es posible que haya sido ella quien los trajo aquí...

Levanté la mano y gruñí. —Elegiría mis próximas palabras con cuidado si fuera tú. Ella sigue siendo la compañera de tu alfa.

—Una compañera rechazada —me recordó Bobby, con expresión preocupada.

—Tomaste la decisión correcta al echarla. Tenerla debilita tu reclamo y hace que la gente cuestione tu liderazgo.

—He demostrado ser el legítimo alfa —interrumpí fríamente—. No vamos a seguir discutiendo esto.

Incluso si todavía no tenía ni idea de cómo debía manejar el regreso de Alyssa.

Seguía siendo demasiado peligroso para que se quedara, pero no quería que volviera a marcharse.

Capítulo 13

Alyssa

Vi la cara de impaciencia de mi hijo y me asusté.

Sólo hacía falta una mirada de cerca para darse cuenta de las similitudes físicas entre Andy y Scott. El miedo en el centro de mi estómago se intensificó. Una parte de mí lamentaba no haber contenido mi ira y no haber intentado que mi petición fuera más suave y mucho menos contundente, pero a la otra parte de mí no le importaba. Dado que me había abalanzado para salvar a Scott y ayudar a su manada a recuperar la ventaja, me había parecido una pequeña petición a cambio.

Por desgracia, Scott nunca hacía lo que yo quería.

O se comportaba como debía.

Había olvidado lo que se sentía estar cerca de él, como si estuviera sorteando una mina terrestre que podía estallar en cualquier momento. Por un breve momento, tuve la tentación de coger a Andy y salir por la ventana más cercana, desafiando a Scott o a cualquiera de los otros miembros de su manada a venir a por mí. Considerando que no creía su deseo de que me quedara, sabía que no sería difícil.

Todo lo que tenía que hacer era empujar a Scott a recordar que no me quería.

Que nunca lo había hecho.

Pero no me atrevía.

Por primera vez en años, mi loba interior no estaba hecha un ovillo, añorando al compañero que la había abandonado. Había cobrado vida dentro de mí y se había aferrado a sus palabras, dejando que la llenaran de esperanza y optimismo, del tipo que ablandaba mi determinación y me hacía mirar alrededor de la habitación con curiosidad. Nada tenía el aspecto que yo recordaba, y

me pregunté si tendría menos que ver con mi entorno y más conmigo.

Porque yo no era la misma persona que había sido arrastrada hasta aquí hacía tantos años. No era la misma humana, ignorante del mundo de los hombres lobo y de las brujas. En los años transcurridos desde que Scott me marcó, cambiando mi vida para siempre, me había familiarizado con todo lo sobrenatural posible, pasando horas enzarzada en acaloradas conversaciones o en la biblioteca, absorbiendo toda la información que podía.

Sabía lo que se siente estar a merced de otros, ser considerada débil y un lastre, y no tenía intención de volver a ponerme en esa situación, independientemente de lo que Scott o su manada pensarán de mí. Sin embargo, no podía negar que una parte de mí se sentía aliviada de haber vuelto, de estar entre mi propia manada.

Pero no quería acomodarme ni empezar a fijarme demasiado en esas cosas.

Aunque una parte de mí se había alegrado de ver lo diferente que estaba Scott y la calidez con la que me miraba.

Esta vez iba a ser razonable.

No podía no serlo.

Andy agitó una mano delante de mi cara. —Mira lo que me dio, mami.

—¿Hmm?

—Scott —respondió Andy con una sonrisa. Se puso junto al fuego y desenvolvió el caramelo—. Me gusta.

Suspiré. —Ya lo veo.

Y me pregunté cuánto de eso era la atracción de la genética y cuánto era real. Teniendo en cuenta la facilidad y la familiaridad con la que Scott y Andy habían entablado conversación, la oleada de pánico que me recorría tenía sentido. Lo último que quería era ser expulsada de la manada y verme obligada a dejar atrás a Andy. Dado los protectores que eran los hombres lobo con sus crías, sabía que era una posibilidad real que Scott descubriera quién era Andy.

No quererme era una cosa.

Pero rechazar a su hijo era otra, y dudaba que pudiera permitírselo.

No cuando estaba intentando reconstruir la ciudad y sofocar todos los disturbios y rumores de una guerra civil. Anunciar a la manada que tenía un hijo consolidaría su posición como alfa capaz de planificar el futuro. Demostraría a toda la manada que la línea no moriría con Scott.

Y la idea me aterrorizaba más de lo que quería admitir.

Mi hijo no era un medio para un fin, y no dejaría que lo fuera.

Me acerqué a Andy y me agaché frente a él. —Tienes que tener cuidado, cariño.

Andy frunció las cejas. —¿Por qué?

—Porque la gente aquí... puede parecer simpática, pero no siempre es honesta.

Los ojos de Andy se abrieron de par en par. —¿Es Scott una de esas personas?

—No lo sé.

Los ojos de Andy me recorrieron el rostro. —¿Es Scott mi padre?

El corazón me dio un vuelco y exhalé un suspiro. —Podemos hablar de esto más tarde, ¿vale, colega? Sólo necesito que confíes en mamá y te quedes cerca.

Porque por mucho que odiara admitirlo, necesitaba poder sacarnos de allí si era necesario.

Quedarme en Seth no formaba parte del plan, y no tenía intención de desviarme.

No si podía evitarlo.

Cuando Scott volvió a la habitación poco después, su expresión había cambiado por completo, al igual que su comportamiento. En lugar de la expresión cálida y aliviada de su rostro, llevaba una inexpresiva, y tenía las uñas clavadas en las palmas de las manos.

La cara de Andy se iluminó mientras se giraba hacia su padre. —Scott.

—Tienes que irte —interrumpió Scott, haciendo una pausa para cubrir la distancia que nos separaba. Cruzó los brazos sobre el pecho y me miró con los ojos entrecerrados—. Ahora.

Ladeé la cabeza y fruncí el ceño. —No lo entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes? Tienes que dejar Seth.

Mi ceño se frunció otra vez. —¿Qué pasa con lo que dijiste antes? ¿Sobre qué no querías que me fuera otra vez?

Scott se encogió de hombros. —Eso fue sólo el vínculo de apareamiento hablando y el calor de la batalla. Te agradezco que nos ayudaras y que aparecieras cuando lo hiciste, pero ya no te necesitamos. Tenemos las cosas bajo control.

Sus palabras fueron como un cuchillo en mi corazón.

Otra vez.

¿Por qué me había permitido tener esperanzas?

¿Por qué me había permitido creer que esta vez iba a ser diferente?

—¿Ni siquiera vas a decirme por qué estás haciendo esto?

Scott me miró fijamente y no dijo nada.

—Entonces, ¿ni siquiera merezco una respuesta? Arriesgué mi vida para salvar la tuya.

—Porque querías que te quitara la marca.

—Incluso si no lo hice por razones desinteresadas, todavía me lo debes.

—No te debo nada, Alyssa. Cuanto antes te lo metas en la cabeza, mejor será para todos.

Levanté las manos y fruncí el ceño. —Así que te salvo la vida y te ayudo a recuperar tu posición de alfa, ¿y así es como me lo agradeces?.

—Te estás dando demasiado crédito.

Me ericé. —Y tú eres un imbécil. ¿Lo sabías? Ni siquiera sé por qué pensé que venir aquí era una buena idea. Todo el mundo me advirtió de que no ibas a estar de acuerdo.

Porque Scott podría haber sido mi compañero, pero era egoísta y reservado.

Para él, arrancarme de la única vida que había conocido y enviarme al exilio formaba parte de su rutina diaria. Ni siquiera parecía desgarrado, sólo ligeramente molesto, y yo no entendía por qué. Una y otra vez, le daba vueltas a la idea en mi cabeza, buscando la lógica en su defecto, pero sin encontrarla.

¿Era yo la que estaba leyendo demasiado en esto?

¿Realmente se trataba de que Scott estaba agradecido por el vínculo de apareamiento?

Con una ligera sacudida de la cabeza, crucé los brazos sobre mi cabeza y me puse de pie de modo que estaba bloqueando Andy y frente a Scott directamente. —¿Y si me niego a irme?

Scott resopló, sin que vacilara su expresión. —No te vas a negar porque tú misma dijiste que estabas aquí por una cosa y sólo una cosa.

—Ya que no me das lo que quiero, creo que debería quedarme.

La expresión de Scott se ensombreció. —No tienes ni idea de lo que quieres.

—Tú tampoco.

Scott dejó caer las manos a los costados y las cerró en puños. —¿De verdad crees que esto va a ayudarme o hacerme cambiar de opinión?

—Entonces, ¿eso es todo? Sólo quieres que me vaya, y ni siquiera me vas a dar una buena razón.

Scott levantó la barbilla y miró fijamente a un punto por encima de mis hombros.

—Soy el alfa. No necesito darte una buena razón.

—Eres el hombre más egoísta y egocéntrico que he conocido —le dije con una mueca—. Nunca debí volver.

Sin esperar su respuesta, tomé a Andy de la mano y lo saqué del estudio. A pesar de sus protestas, atravesamos el pasillo, pasamos por delante de los guardias apostados y nos dirigimos hacia la puerta principal. Agarré la mano de Andy mientras bajábamos los escalones y no la solté hasta que llegamos abajo y gritó de dolor. Tomé sus dos manos entre las mías y murmuré una disculpa.

Pero se merecía algo más que una disculpa.

Andy se merecía la verdad, pero yo no podía decírsela si su padre no lo admitía. Con un suspiro, entrelacé mis dedos con los de Andy, y nos abrimos paso por las calles semivacías de la ciudad de Seth, ganándonos algunas miradas de la gente del pueblo. Los miré a todos con frialdad al pasar, sin detenerme ni una sola vez hasta llegar al linde del bosque.

Ninguno de ellos merecía mi tiempo.

Ni siquiera querría pertenecer a una manada que trataba a la gente con tanta crueldad.

Sin embargo, con una mirada y una frase, Scott había llegado a mi corazón y había tirado de mi fibra sensible. Aún podía sentirlo vibrar en mi caja torácica, pero sabía que tenía que protegerlo.

Para evitar que Scott volviera a acercarse.

Todo lo que tenía que hacer era asegurarme de que Andy y yo saliéramos vivos del bosque.

Rick iba a estar decepcionado por la marca de compañera, pero iba a superarlo.

Tendría que hacerlo.

Andy me apretó la mano y me miró. —¿Estás bien, mami?

Le ofrecí una pequeña sonrisa y nos adentramos en el bosque, donde la densa vegetación nos envolvía por ambos lados. —Vamos a estar bien. Vámonos.

Cada paso que daba lejos de Scott y de la gente de Seth era doloroso.

Pero me obligué a poner un pie delante del otro hasta que llegué a la mitad del bosque. Con los árboles a ambos lados y el suelo irregular bajo mis pies, tenía exactamente el mismo aspecto que recordaba.

Por suerte, no era la misma mujer que se había tropezado por aquí, ansiosa por alejarse de Helah y los demás.

Muchas cosas habían cambiado desde entonces.

Excepto Scott.

Era exactamente el mismo que recordaba.

Incluso peor.

Si no me quería, ¿por qué se negaba a quitarme la marca?

Le daba vueltas y vueltas en mi cabeza, pero no tenía sentido. Scott había pasado de sentirse aliviado al verme y decidir que nunca me iba a dejar marchar a darme codazos para que saliera por la puerta. Su comportamiento, aunque hiriente y confuso, también era impredecible.

Y no tenía ningún sentido para mí.

Querer empezar una vida sin mí estaba bien.

Sin embargo, evitar que yo hiciera lo mismo no lo era.

Apreté con más fuerza la mano de Andy a medida que nos adentrábamos en el bosque hasta que llegamos al borde, donde terminaba la frontera. Miré hacia atrás por encima de mis hombros, un surco apareció entre mis cejas, y exhalé. Alejarse de nuevo significaba hacer las paces con no tener nunca respuestas y encontrar un cierre donde no lo había.

Con un suspiro, me di cuenta de que no estaba preparada para nada de eso.

Fruncí el ceño, di media vuelta y conduje a Andy de nuevo a través del bosque y de vuelta a la manada Seth.

Si tenía alguna esperanza de seguir adelante con mi vida, necesitaba dejar atrás a Scott, y a la marca, de una vez por todas.

Y no iba a dejar a Seth hasta que Scott se explicara.

Capítulo 14

Scott

—Necesitas concentrarte.

—Estoy concentrado.

—Has estado mirando por la ventana durante los últimos minutos. No va a volver.

Me giré para mirar a Bobby y me bebí el resto de la copa. —No vamos a discutir esto más.

Bobby se llevó las manos a los costados. —Tenemos que hacerlo. Te estás poniendo nervioso y emocional al respecto. Está nublando tu juicio.

Apoyé el vaso con más fuerza de la necesaria y se rompió en mil pedazos. Uno de los trozos me arañó la piel, pero apenas lo sentí. En lugar de eso, me aferré a mi rabia y al dolor de tener que volver a rechazar a Alyssa y lo concentré todo en Bobby. Mi beta, consciente de la oleada tras oleada de ira que se desprendían de mí, se acercó al escritorio para barrer los fragmentos de cristal sin volver a mirarme. Cuando terminó, tiró los fragmentos y volvió a su posición anterior.

No tenía miedo de verme así.

Una parte de mí se sintió aliviada de que fuera Bobby el que me viera manejar el dolor de verme obligado a separarme de mi pareja. Otra parte de mí quería echarlo del estudio y ahogar mis penas en alcohol. Quería pasarme el resto de la noche mirando las llamas del fuego, recordándome por qué Alyssa no podía estar conmigo.

Y por qué tenía que creer que era porque yo no la quería.

Si Alyssa iba a mantenerse alejada, necesitaba creer que yo no quería tener nada que ver con ella. De lo contrario, iba a volver de nuevo. Y no estaba seguro de ser lo suficientemente fuerte como para echarla si lo hacía. Como alfa, tenía que hacer lo correcto por mi manada y los hombres

lobo que la componían, y eso incluía ocultarle la verdad a Alyssa.

Especialmente cuando lo único que haría sería destruirla.

—Odio verte así —añadió Bobby con voz más suave—. Sé que piensas que tienes que preservar sus sentimientos porque vino a rescatarte, pero....

Golpeé el escritorio con las manos lo bastante fuerte como para que sonara. —No tiene nada que ver con la simpatía o la gratitud. No sé cómo explicarlo.

Bobby me miró fijamente y no dijo nada.

Me aparté del escritorio y exhalé un suspiro. —Es mi compañera, Bobby. No la rechacé porque quisiera. La rechacé porque tenía que hacerlo. Porque no tenía elección.

—¿Por qué no?

—Es complicado.

Bobby enderezó la espalda y echó un vistazo a la habitación. Cuando volvió a mirarme, parecía decidido y resuelto. —Independientemente de la razón, aun así, la rechazaste. Todo el mundo en Seth sabe que lo hiciste. Recuperarla sólo debilitaría tu posición, y no es algo que podamos permitirnos con Rhea a nuestras puertas.

—No necesito que me digas lo que está en peligro —dije apretando los dientes—. Sé por qué es importante que me concentre. Sé que mi gente me necesita.

Pero no podía dejar de ver la cara de Alyssa en mi mente.

O la expresión de conmoción y dolor cuando se puso frente a mí y dejó que mis palabras la invadieran. Había elegido cada palabra con cuidado, con la intención de hacerla sentir lo menos posible por mí. Conociendo el poder y la fuerza del vínculo de apareamiento, no quería dejar nada al azar.

Pero seguía lamentando haberlo hecho.

Me estaba comiendo por dentro, y Alyssa sólo hacía una hora que se había ido. Probablemente ya habría cruzado las fronteras de Seth y se habría adentrado en el desierto. Intenté imaginármela de vuelta, abatida y con el corazón roto una vez más, pero no pude.

No quería.

Con el ceño fruncido, pasé por encima de los fragmentos de cristal y me acerqué a la ventana. Cuando volví a girar para mirar a Bobby, tenía las uñas clavadas en el interior de las palmas de las manos. —Tenemos que empezar...

—No me voy. —La voz de Alyssa se alzó y llenó la habitación tan clara como una campana. Sin saber lo que hacía, había cruzado hasta las puertas dobles y las había abierto de un tirón. Alyssa estaba mirando fijamente a uno de mis guardias, con Andy protegido tras ella y una expresión de irritación grabada en el rostro. Ella me miró, y yo asentí a la guardia. En silencio, se hizo a un lado y le permitió pasar. Sin mirar atrás, Alyssa entró en la habitación y se detuvo frente a la chimenea.

Se inclinó para susurrar algo al oído de Andy antes de subirlo al mismo sillón. Luego se giró para mirarme y cruzó los brazos sobre el pecho. —He pensado en ello, y no.

Intercambié una rápida mirada con Bobby antes de volver a mirarla. —No, ¿qué?

—No, esta vez no me iré tan fácilmente. No voy a dejar que tomes el camino del cobarde porque no quieres darme respuestas.

—¿Perdón?

Alyssa levantó la barbilla y me miró fijamente, provocándome un escalofrío. —No lo haré. Me he pasado los últimos cinco años intentando encontrarle sentido a todo, ¿y sabes qué? Había hecho las paces con el hecho de que no iba a hacerlo. Pero no puedes decirme que no vas a volver a dejarme y luego darte la vuelta y echarme sin ninguna explicación.

—No te debo una explicación.

—Por supuesto que no. Pero no me iré sin una.

El silencio se extendió entre nosotros.

Al fondo, las llamas del fuego crepitaban y bailaban, proyectando largas sombras sobre las paredes. —¿Por qué lo pones tan difícil?

—Porque sé que me debes más. Se me debe algo mejor —respondió Alyssa sin apartar la mirada de mí—. Hace cinco años, no lo sabía. Ya no puedes mangonearme, Scott.

—No intento mangonearte.

Alyssa resopló. —Sí que lo haces. No me quieres en tu vida, pero tampoco quieres quitarme la marca. Sólo quieres mantenerme en la sombra hasta que aparezca algo mejor.

Me puse rígido. —No sabes de lo que estás hablando.

—Quizá no, pero sé lo suficiente como para saber cuándo me mienten.

—Tienes que irte.

Alyssa dejó caer los brazos a los lados y se irguió más. —Dejaré Seth, y nunca volveré.

—Bien.

—Pero tienes que quitarme la marca —continuó Alyssa como si no me hubiera oído—. Creo que es un trato justo. Tú me quieres fuera de tu vida, y yo te quiero fuera de mi cabeza.

—No.

—Entonces no me voy.

Me pasé una mano por la cara. —Alyssa, ¿por qué esto es tan difícil para ti?

—¿Por qué es tan difícil para ti hacer lo correcto por mí? No puedo creer que seas tan egoísta...

—¿Egoísta? No sabes por qué estoy haciendo esto...

—Tienes la oportunidad de hacer las cosas bien. ¿Sabes cuánta gente mataría por esta oportunidad? En cambio, todo lo que quieres hacer es hacerme miserable...

—Y tú no sabes la verdadera razón por la que tienes que irte; si no, me estarías dando las gracias.

Alyssa echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada sin gracia. —¿Gracias? ¿Darte las gracias por qué, exactamente? ¿Por echarme al desierto o por destrozarme la vida?

Bobby se adelantó y se interpuso entre nosotros. —Creo que ustedes dos necesitan calmarse.

—Cállate —coreamos Alyssa y yo al mismo tiempo. Bobby dio un paso atrás y cruzó los brazos sobre el pecho. Fijé la mirada en Alyssa, cuyos ojos ardían de furia. Incluso cuando estaba

furiosa conmigo y quería destrozarme, seguía sintiéndome atraído por ella.

Seguía siendo la mujer más hermosa que había visto nunca.

Estúpido vínculo de apareamiento.

Alyssa levantó las manos e hizo un sonido de impaciencia. —Te estoy ofreciendo lo que quieres. Te estoy diciendo que podemos dejar esto atrás. ¿Por qué no me dejas marchar? ¿Por qué quieres que sea infeliz?.

Expulsé un fuerte suspiro. —No quiero que seas infeliz, Alyssa. Es lo último que quiero.

Alyssa cubrió la distancia que nos separaba, sin romper ni una sola vez nuestra mirada. — Entonces dime la verdad. ¿Por qué me marcaste si no me querías como compañera?

Estudié su rostro y sopesé mis opciones.

De repente, me invadió una oleada de agotamiento, tras haber pasado los últimos años intentando liderar una manada fracturada, descubrir quién había asesinado a mis padres y mantener a raya todos los pensamientos sobre Alyssa. Intentar mantenerlo todo unido era duro, pero nada comparado con ver la mirada de guardia y herida de Alyssa.

Y sabiendo que yo se la había provocado.

¿Realmente quería que me odiara para siempre?

—No te va a gustar lo que tengo que decirte —empecé, sacudiendo la cabeza. Retrocedí unos pasos, necesitaba distanciarme de ella—. La razón por la que pasó aquella noche en el bosque... la razón por la que te elegí es... ni siquiera sé cómo decírtelo.

—Escúpelo. —Alyssa se puso en pie, sus ojos plateados me miraban atentamente—. ¿Qué pasa?

—Me obligaron.

—¿Te obligaron a hacer qué? ¿A marcarme?

Hice una pausa y asentí lentamente. —No lo sabía en ese momento, y he tenido mis sospechas durante un tiempo, pero no fue hasta hace unos días que me di cuenta de la verdad. Cuando lo vi.

Alyssa frunció las cejas. —¿Ver a quién?

—El mago de la noche en que me atacaron y me dieron por muerto en las afueras de tu ciudad.

—¿Mago? —La mirada de Alyssa se desvió hacia Bobby, que la miró sin comprender. Volvió a mirarme, y parte de la tensión desapareció de su rostro—. ¿Qué mago?

—La manada Rhea es nuestro enemigo más poderoso porque no son sólo hombres lobo. También tienen brujas entre sus filas. La noche en que debía ocupar el lugar que me corresponde como alfa, me atacaron y me dejaron morir. Cuando desperté, podía sentir que algo andaba mal, pero no sabía qué era.

Un músculo se tensó en la mandíbula de Alyssa. —No tenía ni idea de que la magia de las brujas pudiera ser tan fuerte.

Me aclaré la garganta. —Fue fuerte para hacerme ir tras de ti en contra de mi mejor juicio. No quería marcarte, Alyssa.

Mucho menos arrastrarla de vuelta aquí, donde una guerra civil estaba a punto de estallar. Sabiendo que ser convertida en contra de su voluntad la dejaba vulnerable y débil, la había traído de vuelta aquí, sólo para darme cuenta de mi error un poco tarde. Desde el momento en que Martin la vio, supe que tenía problemas.

—¿Por qué no me dijiste la verdad?

—Porque no quería que Martin supiera que sospechaba que estaba confabulado con la Manada Rhea.

Bobby aspiró con fuerza y su rostro se puso blanco. —¿Martin? ¿Estás seguro?

Volví la mirada hacia Bobby y mi expresión se tornó solemne. —Sí, estoy seguro. También es la razón por la que la manada de hombres lobo Rogue intentó atacar a Alyssa en el desierto. Los envié tras ella porque quería asegurarse de que no volviera.

—Tú... tú enviaste a esos hombres lobo que me salvaron —susurró Alyssa, con la incredulidad dibujada en el rostro—. Pero tú... tú me rechazaste. Dijiste que no me querías.

—Porque no te quería en el punto de mira. Si Martin hubiera sabido que yo había elegido a una humana como compañera en lugar de a alguien de su elección, nunca lo habría dejado ir. Tenía que hacerte creer que no te quería.

Alyssa me miró a la cara. —¿Por qué no me dijiste nada de esto?

—No quería agobiarte con nada de esto. Nunca he dejado de preocuparme, Alyssa. Incluso después de que te fueras, tenía a alguien vigilándote y asegurándose de que estabas bien.

Teniendo en cuenta todo lo que le había hecho pasar, desde marcarla contra su voluntad hasta echarla al frío, era lo menos que podía hacer.

Podría haber vivido con ella odiándome.

Pero la idea de que alguien le hiciera daño por mi culpa era con la que no podría vivir.

No importaba lo que ella misma pensara de mí.

Capítulo 15

Alyssa

—Yo... tú... ¿qué? Pero me odias.

Scott negó con la cabeza, con una expresión solemne en el rostro. —Nunca te he odiado, Alyssa. Sólo intentaba protegerte.

Desvié la mirada hacia Bobby, que seguía blanco como el papel y quieto como una estatua. Luego volví a fijarme en Scott, que se llevó las manos a la espalda y se puso más erguido. El corazón me latía con fuerza en los oídos y apenas podía oír nada más.

¿Cómo no había visto la verdad?

—Deberías habérmelo dicho.

Porque lo habría entendido, y no habría perdido tanto tiempo odiando a la persona equivocada.

Scott inclinó la cabeza hacia un lado y me estudió. —Pensé que sería mejor que no lo hiciera porque no quería que corrieras aún más peligro. Martin no es el tipo de lobo que deberías subestimar.

Sacudí la cabeza, con una creciente sensación de pánico. —Deberías habérmelo dicho a pesar de todo. Merecía saberlo.

Scott apretó los labios y no dijo nada.

En algún lugar del fondo, sonó el tictac de un reloj y parte de la rabia que había estado conteniendo se desvaneció. Poco a poco, empecé a reconstruir los acontecimientos de la noche, trayéndolos al primer plano de mi mente. De repente, recordé la cara de Scott mientras avanzaba hacia mí y la guerra que se libraba dentro de sus ojos ámbar.

Pude ver el ligero temblor mientras luchaba conmigo y la evidente guerra que estaba librando.

Entonces recordé lo suave que era su boca contra mi piel y cómo cada beso y cada caricia eran suaves y estaban destinados a reconfortarme. Incluso en la agonía del control de una bruja, había luchado contra ella, sabiendo que estaba librando una guerra perdida todo el tiempo.

Por mí, una humana que ni siquiera había conocido.

No le debía nada.

No podía decidir si me sentía aliviada o frustrada al darme cuenta.

Todos los años de ira equivocada bullían en mi interior, pero no iban dirigidos a Scott. En lugar de eso, lo veía con claridad por primera vez en seis años, y una oleada de compasión me recorrió.

Scott no era el monstruo que pensé que era, ni siquiera estaba cerca de serlo.

Aunque todavía desconocía algunas cosas sobre el mundo de los hombres lobo y sus reglas, no podía imaginar que lo que había hecho la manada Rhea estuviera bien.

O fuese aceptable.

Por todo lo que había aprendido, sabía lo sagrados que eran el vínculo de apareamiento y la marca del compañero. Por mi vida, no podía entender por qué alguien, mucho menos otra manada de lobos, condenaría a Scott a tal destino. ¿Y por qué se centrarían en una humilde humana, de todas las opciones posibles?

¿Por qué no habían elegido a otro hombre lobo, uno de su propia manada?

No tenía ningún sentido.

Con un leve movimiento de cabeza, volví a centrarme en el presente y vi la expresión de conflicto en el rostro de Scott. —¿Qué pasa?

—Sé que no puedo compensar lo que he hecho —murmuró Scott—. Y sé que probablemente nunca vas a perdonarme, pero, ¿ayuda en algo?

—¿Saber la verdad?

Scott asintió.

—Un poco. Al menos ahora sé con quién tengo que estar enfadada —contesté, haciendo una

pausa para pasarme una mano por la cara—. Pero no entiendo por qué te hicieron eso. ¿No habría sido más fácil hacer que te suicidaras o algo así si el objetivo era eliminarte como amenaza para que pudieran apoderarse de la manada Seth?.

Scott frunció el ceño. —Las brujas no son tan poderosas como para hacer que un hombre lobo se suicide. Mantenerme distraído y obligarme a aparearme con una humana era su forma de debilitarme, de ponerme en una situación precaria con mi propia manada.

Tragué más allá del nudo en la garganta. —¿Porque tendrías que elegir entre la manada o yo?

Scott dudó, luego asintió. —Exacto. Por eso, cuando me vi obligado a enviarte al exilio, no te perdí de vista. Nunca estuviste sola, Alyssa.

Crucé los brazos sobre el pecho y le miré fijamente. —Los últimos años... ¿fuiste tú? —Scott no dijo nada.

—Pensé que me estaba volviendo loca, y luego pensé que sólo eran Helah y sus amigas.

Scott exhaló. —Siento no haber hecho más para protegerte de ellos. No podía. No con Martin vigilando cada uno de mis movimientos, y Helah es su sobrina. Un movimiento en falso, y ninguno de nosotros estaría aquí.

Le di vueltas y vueltas a la información en mi cabeza, algunos de los nudos en mi estómago se aliviaron. —Ya veo.

Scott dio un paso hacia mí y otro. —Sé que ha sido duro, y sé que debería haber sido yo quien te defendiera. Hice todo lo que pude. Cuando esos lobos Rogue fueron a por ti, me costó todo lo que tenía no precipitarme a por ti.

—Aun así te las arreglaste para salvarme.

Una sombra se posó sobre el rostro de Scott. —Lo intenté. Hoy habría vuelto a ayudarte, pero no podía prescindir de nadie. No con Rhea en nuestra puerta.

Me pasé un dedo por el pelo. —No sé qué se supone que debo pensar o cómo debo sentirme.

Todo lo que sabía era que, por primera vez desde que había llegado, no tenía prisa por alejarme de Scott y volver con Rick. Habiendo pasado años reviviendo aquella noche y pintando a Scott como un villano, como el tipo de monstruo que me arrancó de mi vida sólo porque podía, era

extraño verlo bajo una luz diferente.

Una que le hacía tan víctima como yo.

Ambos habíamos sido forzados a esta situación por hombres lobo hambrientos de poder.

Es cierto que Scott podría haber manejado mejor la situación, pero empezaba a darme cuenta de que lo había hecho lo mejor que había podido. Al luchar por su manada y tratar de mantener la paz, se había visto obligado a dejarme de lado. Por mucho que odiara admitirlo, entendía por qué sentía que tenía que deshacerse de mí.

¿De qué otra forma me habría protegido?

—Sé que te va a llevar algún tiempo procesarlo. —Scott cubrió la distancia entre nosotros, sus ojos se movían constantemente sobre mi cara—. Pero quiero que sepas que tú y Andy estaréis a salvo aquí todo el tiempo que necesitéis.

Levanté la vista y se me cortó la respiración. —Pensé que no éramos bienvenidos aquí.

Scott se aclaró la garganta. —Estaba equivocado.

El silencio se extendió entre nosotros.

Entonces, Andy se levantó de su sillón y se lanzó sobre mí. Una mano salió disparada para enderezarlo y la otra se echó sobre sus hombros. —Todo va a estar bien, cariño.

—Tengo miedo, mamá. —Andy se escondió a mi lado, temblando—. Quiero ir a casa. —Scott dio un paso atrás. —Puedo arreglarlo para que un lobo os escolte de vuelta.

—Creía que podía quedarme el tiempo que hiciera falta.

Scott me estudió, un surco apareció entre sus cejas. —Todavía no es seguro para ti aquí o para Andy. Estoy seguro de que su padre debe estar preocupado por él.

Levanté la barbilla y el corazón me dio un vuelco. —Ajá.

—¿Por qué su padre no está aquí con vosotros?

—No importa, ¿verdad?

La expresión de Scott se tornó confusa. —Claro que importa. ¿Qué clase de hombre lobo dejaría que la madre de su hijo vagara así hacia el peligro, y nada menos que con su hijo?

Scott se estaba acercando peligrosamente a descubrir mi secreto, y yo no estaba segura de querer que lo hiciera.

Al menos, no todavía.

Una cosa era darse cuenta de que me había marcado a la fuerza a causa de una maldición.

Otra completamente distinta era que me sincerara y presentara a Andy como el hijo de Scott y el siguiente en la línea de sucesión para ser el alfa de la manada Seth. Después de haber pasado toda su vida protegiendo a Andy de las burlas y el desprecio a manos de otros hombres lobo, lo último que quería era ponerlo directamente en la línea de fuego.

No cuando sabía que eso significaba que su espalda fuese un blanco.

No iba a permitir que mi hijo se convirtiera en un daño colateral en una guerra por poder.

Nada bueno saldría de decirle la verdad a Scott.

—No sé quién es mi padre —susurró Andy, haciendo una pausa para mirar a Scott—. Mamá dice que se fue antes de que yo naciera.

La expresión de Scott se tensó. —Ya veo.

Una fuerte alarma cortó el aire e hizo que se me erizara el vello de la nuca. Bobby se sobresaltó y salió corriendo por la puerta principal después de echar una rápida mirada a Scott por encima de los hombros. Scott fue hacia la ventana en dos zancadas y se asomó. Por encima de sus hombros, vislumbré a los demás lobos que volvían a sus casas, muchos cojeando y cubiertos de sangre seca y magulladuras.

¿Qué estaba pasando?

Empujé a Andy detrás de mí y me puse más erguida. —¿Estamos bajo ataque otra vez?

Scott dejó caer la cortina y se giró para mirarme. —Probablemente son los Rhea. Saben que estamos débiles y que necesitamos tiempo para recuperarnos. Es el mejor momento para atacar.

—Pensé que se habían ido.

Scott se pasó una mano por la cara y exhaló un suspiro. —Yo también.

Antes de que pudiera decir nada más, Bobby volvió corriendo a la habitación y se detuvo a unos metros de distancia. Tenía el pelo pegado a la frente y vi un atisbo de pánico en sus ojos. Pero luego lo disipó. Se acercó a Scott y los dos susurraron furiosamente, dándome la espalda.

Acaricié el pelo de Andy e ignoré la inquietud que me invadía el estómago. —Todo va a estar bien, cariño. Mamá está aquí.

Scott me miró mientras la conversación se extinguía. —Los hombres lobo apostados afuera te escoltarán hasta la frontera. Después de eso, irás por tu cuenta.

—¿Qué quieres decir?

—Necesito que todos los lobos luchen si queremos derrotarlos —continuó Scott como si no me hubiera oído—. Tienes que estar lo más lejos posible de la lucha.

Fruncí el ceño. —Creía que ya habíamos hablado de esto. No me voy a ninguna parte.

Scott frunció el ceño y levantó las manos. —Alyssa, no discutas conmigo sobre esto. Viniste aquí porque querías quitarte la marca, no porque quisieras formar parte de una guerra.

—Quiero quedarme y luchar.

—No sabes de lo que estás hablando.

—Tú tampoco. Por primera vez en años, por fin sé la verdad, y sé quién me hizo esto. ¿No tengo algo que decir sobre ello?

La expresión de Scott se ensombreció. —No puedo dejar que entres ahí cuando estás cegada por el odio y la venganza, aunque esté justificada. Conseguirás que te maten.

Me llevé las manos a los costados. —¿Quién ha dicho que necesito tu permiso? Puedo luchar contra ellos si quiero, y sé defenderme.

Scott me miró fijamente y no dijo nada.

—No soy la misma humana que llegó aquí hace seis años. He aprendido a luchar y a

defenderme. Y merezco la oportunidad de ver a los Rhea pagar por lo que hicieron.

Porque no iba a dejar que lo que hicieron quedara sin respuesta.

Aún no dominaba todos mis poderes de hombre lobo, pero eso no significaba que no fuera lo bastante buena como para luchar. Al contrario, tenía más motivos que nadie para enfrentarme a los Rhea. Luchar contra ellos no era mi plan, pero nada había salido como yo quería desde que llegué a Seth.

Scott me hizo un gesto seco con la cabeza. —¿Y Andy?

Di media vuelta y me agaché delante de mi hijo. —Te vas a quedar aquí, ¿vale? Recuerda lo que te dije la última vez.

—Los hombres lobo de afuera se quedarán y lo vigilarán —agregó Scott en voz más baja—. Se asegurarán de que esté a salvo.

Le di un beso en la frente a Andy, mi pecho se encogió. —Mamá va a estar de vuelta tan pronto como pueda, ¿de acuerdo? Te lo prometo.

Andy me rodeó el estómago con los brazos y olfateó.

Scott entró en mi campo de visión y me sostuvo la mirada. —Esto se va a poner feo.

No aparté la mirada mientras tragaba. —Lo sé.

Capítulo 16

Scott

—Alyssa. —Me pasé una mano por la cara y exhalé un suspiro—. Esto no va a ser como la última vez. Te verán venir y no tendrás el factor sorpresa a tu favor. Así que sólo te lo voy a preguntar una vez más. ¿Estás segura?

Alyssa se irguió más y capté el brillo decidido de sus ojos. —Estoy segura.

Una parte de mí estaba preocupada por su decisión de ponerse en peligro, todo por el bien de una manada que le había dado la espalda. La otra parte de mí se sintió aliviada al saber que lucharía a mi lado como era debido.

Incluso si eso significaba exponerla a los peligros de la guerra.

¿Qué estaba haciendo?

Habiéndola recuperado por fin en mi vida, lo último que debía hacer era ponerla en peligro a ella y a su hijo. Sin embargo, a la luz de nuestra reciente conversación, sabía que lo menos que podía hacer era honrar y respetar su decisión. Alyssa había demostrado con creces su valía como guerrera, había demostrado fuerza e ingenio por partes iguales.

Sería un idiota si no la utilizara.

Y, llegados a este punto, no creía que pudiera permitirme rechazar ninguna ayuda extra. La manada Rhea ya estaba a nuestras puertas, y debido a las brujas en sus filas, estaban más fuertes que nunca y rejuvenecidos después de nuestra lucha. Mi manada, por otro lado, estaba en mal estado y necesitaba hasta la última ventaja que pudiéramos conseguir.

Con un leve movimiento de cabeza, me clavé las uñas en las palmas de las manos y alejé mi inquietud. —De acuerdo. Vámonos.

Al menos, si luchaba a mi lado, podría cuidarla.

Alyssa se agachó delante de Andy y le dio un abrazo rápido. Él se aferró a ella como si su vida dependiera de ello, dejando un mal sabor en la parte posterior de mi boca. Al salir de la habitación, me detuve para dar a los lobos apostados afuera instrucciones estrictas con respecto a la seguridad de Andy. Entonces Alyssa emparejó su paso al mío, y nos lanzamos por el pasillo hacia la puerta principal. Bobby nos estaba esperando fuera, con algunas marcas de arañazos ya en su cara.

En cuanto nos vio, cambió a su forma de lobo, con el pelaje negro brillando y reluciente bajo el sol del atardecer. A lo lejos, oí unos aullidos, y la determinación en el centro de mi pecho creció. Eché una rápida mirada a Alyssa y vi que tenía las manos cerradas en un puño. Ladeó la cabeza y su mirada se cruzó con la mía.

Un escalofrío me recorrió la espalda. —Quédate cerca de mí.

Alyssa asintió y apretó los labios.

Cambié a mi forma de hombre lobo y di zarpazos en el suelo. Luego eché la cabeza hacia atrás y aullé, aliviado al reconocer algunos de los aullidos que me respondían. No tardaron en salir hombres lobo de todas las casas y edificios, formando una fila que se dirigía hacia mí. Por el rabillo del ojo, vi un destello de movimiento, y Alyssa se transformó en su propia forma de loba, su pelaje castaño era lo más hermoso y agradable que había visto jamás.

Y el alivio me invadió.

Una vez que todos los lobos estuvieron reunidos al pie de la escalera, formando varias filas, mis ojos se movieron sobre ellos. Luego, solté otro aullido grave, y ellos respondieron, amplificando diez veces el sonido. Sin previo aviso, bajé los escalones y olfateé el aire, percibiendo el olor desconocido de nuestro enemigo. Alyssa me alcanzó con facilidad y el resto de los lobos formaron una fila detrás de nosotros. En las afueras de la ciudad, en el linde del bosque, vi a los hombres lobo de Rhea formando un círculo de ataque.

El tiempo se ralentizó mientras corría hacia ellos, y apenas podía oír más allá del rugido de mis oídos.

Entonces, se oyó un repugnante crujido de huesos y el inconfundible gruñido de la manada Rhea. Nuestras manadas chocaron en una ensordecedora cacofonía de dientes y músculos, ahogando

todos los demás temores. Chasqué los dientes contra la loba más cercana, de pelaje marrón rojizo, que retrocedió y me enseñó los dientes. Con un gruñido, me abalancé sobre ella y la clavé en el suelo bajo mis pies. Luego me di la vuelta y atacué a otro lobo gris que estaba estrangulando a Bobby.

Juntos, derribamos al lobo gris.

Alyssa se materializó, con la sangre chorreándole por los lados de la boca, y ladeó la cabeza en mi dirección. Volvió a arrancar y chocó bruscamente con un lobo más pequeño de pelo oscuro. En un rápido movimiento, rodaron por el suelo, chasqueando y gruñendo mientras intentaban ganar la partida. Aparté la mirada y me lancé contra el lobo más cercano, oyendo el familiar crujido de los huesos reverberar dentro de mi cabeza.

El olor metálico de la sangre subió por mis fosas nasales y me llenó la boca.

Mi instinto se apoderó de cada movimiento y de cada pensamiento.

Aun así, la batalla continuó mientras el sol empezaba a ocultarse en el horizonte, bañando el mundo en tonos rosas y púrpuras. Me invadió una ira roja y ardiente, corrí hacia Bobby y utilicé los dientes para arrastrar a un lobo. Bobby recuperó el equilibrio y retrocedió, con la boca llena de saliva.

Cuando otro grupo de lobos formó un círculo y avanzó hacia nosotros, nos vimos obligados a darnos la espalda. Usé mis garras para golpear y fallé. Cada músculo de mi cuerpo gritó en señal de protesta, la herida en la parte posterior de mi pierna sangraba profusamente. En el fondo, vi al resto de mi manada luchar, usando cada gramo de fuerza a su disposición para mantener a raya a los Rhea.

No quería que esto fuera el final de la manada Seth.

Pero, si así fuera, al menos caeríamos en un resplandor de gloria.

En cuanto se me pasó por la cabeza, Alyssa se abrió paso entre los hombres lobo enemigos que nos rodeaban, sin apenas sudar mientras se dirigía hacia mí. Una vez que nos alcanzó, me detuve para tocar su nariz con la mía, con la adrenalina bombeando sin cesar por mis venas. Juntos, los tres acabamos con los hombres lobo restantes. Aunque me alegraba de tener a Alyssa a mi lado y cada parte de mí se deleitaba con su presencia, no podía negar el nudo de pánico que sentía en el centro del pecho.

Alyssa no debería ser parte de esta pelea.

Y menos con un hijo que la necesitaba.

De repente, sentí la tentación de llevármela a rastras y dejarla en el estudio con los guardias apostados fuera. Conociendo a Alyssa, no me perdonaría que hiciera algo así, pero al menos estaría viva para odiarme. Y preferiría tenerla viva a saber que la llevé a la batalla.

Y a su muerte.

Entonces, con un leve movimiento de cabeza, me volví hacia ella y capté el gruñido en su cara. Salió disparada y chocó en el aire con otro lobo más grande, cayendo los dos al suelo. Alyssa se recuperó primero y se sacudió. Luego avanzó hacia el lobo y lo inmovilizó en el suelo con un rápido movimiento. Su oponente emitió un quejido y yo gruñí.

Poco a poco, la batalla se fue apagando hasta que quedó un pequeño grupo de hombres lobo de pie a cada lado. Los gemidos y quejidos de dolor llenaban el aire mientras nos enfrentábamos. Dejé que mi mirada se detuviera en el alfa de la manada Rhea, un lobo de pelo castaño y ojos amarillos y brillantes. Nos miramos durante un rato, y tuve que resistir el impulso de apartar la mirada.

Finalmente, volvió a su forma humana y me estudió.

Me moví y crucé los brazos sobre el pecho. —Estamos en un punto muerto.

Asintió con la cabeza.

—Tomad a vuestros muertos y heridos e iros.

Ante mis palabras, el alfa me enseñó los dientes e hizo un ruido sordo con la garganta.

—Volveremos.

—Estaremos esperando —le dije, levantando la barbilla. Me tensé y observé cómo más y más miembros de la manada Rhea cambiaban a sus formas de lobo. Lentamente, los miembros restantes de la manada formaron un círculo a mi alrededor y esperaron. Una vez que el último de los hombres lobo de Rhea desapareció en la espesura del bosque, respiré aliviado y me giré para mirar a los que aún quedaban en pie.

En silencio, llevamos a los heridos de vuelta al hospital.

Un silencio pesado y cargado se apoderó de todos.

Cuando todos estuvieron a salvo en el alto edificio de ladrillo del centro de la ciudad, salí y me apoyé contra la pared. Cuando Alyssa me encontró, con la cara cubierta de sudor y suciedad, yo estaba paseándome y murmurando para mis adentros. En cuanto la vi, me detuve y respiré hondo y tembloroso.

—Eso estuvo cerca.

Alyssa usó un trapo para limpiarse la cara. —Un poco demasiado cerca. No creo que haya terminado todavía.

—Yo tampoco lo creo. Cuando se hayan recuperado, volverán.

Alyssa dejó de limpiarse la cara y enderezó la espalda. —¿No hay forma de que igualemos un poco las probabilidades? Seguro que sus brujas usan magia para acelerar el proceso de curación.

Me pasé una mano por la cara y la dejé caer a un lado. —A menos que conozcas a alguna bruja que pueda ayudarnos...

Las farolas se encendieron y nos bañaron a los dos con una cálida luz fluorescente. Más gemidos y quejidos de dolor surcaron el aire. Alyssa miró por encima de sus hombros y frunció el ceño.

—Tiene que haber algo que podamos hacer.

—Su curación de hombre lobo se activará. Sólo va a tomar algún tiempo.

Alyssa volvió su mirada a la mía y aferró el trapo con más fuerza. —¿No hay nada más que podamos hacer?

Sacudí la cabeza. —Ya hemos hecho todo lo posible. La manada Rhea no esperaba que apareciéramos y lucháramos de nuevo, y tampoco te esperaban a ti.

Entre los dos, habíamos conseguido darle la vuelta a la tortilla y poner la balanza a nuestro favor.

Sin Alyssa allí para infundirme fuerza y esperanza, no estaba seguro de lo que habría pasado.

Ni quería saberlo.

—Mira, sé que no viniste aquí a pelear, y sé que quieres volver con tu... amigo, pero necesitamos tu ayuda.

Y yo la necesitaba cerca de mí, recordándome la clase de hombre lobo que era cuando alcanzaba todo mi potencial. Bobby salió por las puertas del hospital y avanzó en nuestra dirección. Se detuvo frente a Alyssa y bajó la cabeza.

—Siento cómo te traté antes. No debería haber intentado interferir.

Alyssa parpadeó y su expresión se suavizó. —Intentabas proteger a Scott y a la manada. Lo comprendo.

Bobby volvió a mirarla y su expresión se tornó solemne. —Eres la compañera predestinada del alfa. Perteneces aquí, a nosotros.

Alyssa dio un paso atrás y exhaló. —No sé si puedo quedarme.

—Al menos quédate temporalmente hasta que termine la batalla. Necesitamos tu ayuda. Sé que no nos debes nada después de la forma en que te tratamos...

Alyssa nos miró a los dos antes de que sus ojos se posaran en mí, brillando con un antinatural tono plateado. —Ayudaré en la batalla, pero no significa nada.

Asentí con la cabeza. —Comprendo.

Por mucho que no quisiera.

Alyssa tenía otra vida esperándola, y yo no formaba parte de ella.

Y no podía culpar a nadie más que a mí mismo.

Capítulo 17

Alyssa

Andy saltó sobre la cama y extendió los brazos a ambos lados. —Mami, me gusta estar aquí.

—No vamos a estar aquí mucho tiempo, cariño —respondí, deteniéndome para echar un rápido vistazo a la espaciosa habitación de color lavanda, con dos camas grandes, un cuarto de baño y un balcón con vistas a las montañas cubiertas por una fina capa de nieve. Con un ligero movimiento de cabeza, me acerqué al balcón, empujé las puertas y miré hacia fuera.

Volver aquí me resultaba extraño.

Especialmente sin guardias apostados frente a mi puerta.

Seis años atrás, me habían conducido a una habitación de aspecto similar y me habían abandonado a mi suerte. No podía dejar de recordar todo lo que entonces había sucedido, desde las horas que había pasado vagando por las estanterías de la biblioteca en busca de las respuestas que nadie me daba hasta las noches que junto al fuego, mirando fijamente las llamas e intentando no deshacerme en lágrimas.

Había sido solitario y aislante.

Y había llevado ese sentimiento conmigo desde que me obligaron a dejar Seth.

Me pasé una mano por la cara, aparté los pensamientos y me giré de nuevo para mirar a Andy.
—Mamá, pensé que amabas a Rick.

Volví a entrar en la habitación y cerré las puertas dobles tras de mí. —Amo a Rick.

Andy me miró y frunció las cejas. —Pero también te gusta Scott.

Me senté en el borde de la cama de Andy. —Nos quedamos porque Scott necesita mi ayuda para luchar contra algunos malos.

Andyladeó la cabeza y me estudió. —¿Eso significa que no vamos a volver?

Busqué su mano entre nosotros y la apreté. —Lo haremos. Sólo que no vamos a volver enseguida.

Andy se echó hacia atrás y exhaló. —Me gusta estar aquí.

—Me alegro de que sea así, cariño —murmuré, haciendo una pausa para ponerme de pie. Le di un beso en la frente a Andy antes de alejarme. Durante el resto de la noche, deambulé por la habitación preguntándome qué debía hacer a continuación. Teniendo en cuenta que ya me había metido en este lío, lo último que podía hacer era llegar hasta el final. Por supuesto, no le debía nada a Scott ni a la manada Seth después de cómo me habían tratado, pero saber la verdad lo enfocaba todo desde otra perspectiva.

Especialmente por Scott.

Mirarle ya no dolía, al menos no como antes.

En cambio, lo único que hacía era recordarme lo que nos quitaron a los dos.

Y no podía evitar preguntarme si Scott me habría elegido por voluntad propia.

Algún tiempo después, cuando me cambié de ropa y me metí en la cama, fue la cara de Scott la que ocupó mis sueños. Di vueltas en la cama toda la noche hasta que la luz de la madrugada se coló en la habitación y bailó detrás de mis párpados. Por la mañana, Scott nos estaba esperando cuando salimos, con un aspecto más relajado y abierto que nunca.

Andy y él entablaron una conversación fácil mientras yo los seguía.

Nos pasamos todo el día fuera, controlando a los lobos heridos y ayudando con las reparaciones necesarias en la ciudad. Toda la cara de Andy estaba iluminada por el asombro, y no paró de hablar en todo el tiempo. Afortunadamente, Scott no sólo respondió a todas sus preguntas con paciencia y detalles, sino que también parecía realmente contento de estar cerca de él.

Verlos a los dos juntos me llenó de una extraña sensación.

No sabría decir si me alegraba o me aterrorizaba que los dos se llevaran bien.

Lo único que sabía era que cuanto más tiempo nos quedáramos con la manada Seth, más difícil

nos iba a resultar marcharnos. Al final de la noche, cuando Scott nos acompañó de vuelta a nuestra habitación después de una acogedora cena junto a la chimenea, los nudos en el centro de mi estómago no habían hecho más que empeorar.

Durante los días siguientes, los tres nos acostumbramos a esta rutina.

Mientras Scott y Andy empezaban a conocerse y llenaban un breve espacio de tiempo con cinco años de historias, yo me mantenía ocupada atendiendo a los heridos y los enfermos. Aunque una parte de mí sentía que estaba viendo cómo todo esto se desarrollaba y le ocurría a otra persona, la otra parte no podía negar lo aliviada que me sentía por estar allí.

Ayudar a la manada Seth me hacía sentir bien.

Mejor de lo que pensaba.

Eso hacía que mi inminente partida fuera aún más agri dulce.

Todo el mundo en Seth era cálido y acogedor, y hacían que mi corazón se hinchara de emoción. Incluso el conocimiento de que todo el mundo sospechaba que Andy era el hijo de Scott no me disuadió. En todo caso, empecé a preguntarme si era mejor para mí confesarlo, sobre todo porque las circunstancias eran diferentes.

La manada Seth ya no estaba bajo ataque, y Andy no era un medio para un fin.

Al contrario, aquí sería bienvenido y recibiría el tipo de respeto y consideración que los Dunda no podían darle. Sin embargo, a pesar de los rumores que corrían a nuestro alrededor y de la creciente impaciencia y curiosidad de Andy, me guardé la verdad.

Diez días después del ataque de los Rhea, estaba en el hospital atendiendo a unos pacientes cuando se difundió la noticia del regreso de la manada Rhea. Me puse de pie, cambié a mi forma de lobo y salí corriendo en dirección a la frontera de la ciudad. Después de haber dejado a Andy con Scott durante todo el día, no podía deshacerme de la sensación de que algo terrible había sucedido. Tan pronto como llegué a los límites de la ciudad, los hombres lobo de la manada Seth ya estaban reunidos y luchando contra las fuerzas de Rhea.

Vi un destello de movimiento y vi a Andy acurrucado sobre el cuerpo inerte de Scott. El miedo se apoderó de mí y me dirigí hacia ellos. En cuanto lo hice, cambié a mi forma humana y atraje a Andy hacia mí. Estaba temblando y cubierto de sudor, pero ileso. Scott, por otro lado, tenía un

corte de color rojo intenso en el centro de su estómago y estaba pálido

Con el ceño fruncido, le ayudé a ponerse en pie y le pasé el brazo por encima de los hombros. Scott cojeaba y siseaba, con riachuelos de sudor resbalándole por la cara. Andy estaba a su lado, mirando a su alrededor con inquietud. Bobby se materializó, con una roncha roja al dorso de su cara. Nos echó un vistazo y emitió un sonido grave en el fondo de su garganta. De repente, aparecieron unos cuantos hombres lobo más y se abrieron paso hacia la casa principal.

Entré a trompicones en el estudio y dejé a Scott en el sofá. Su respiración era agitada, y estaba entrando y saliendo de la conciencia. —¿Qué ha pasado?

—Él estaba tratando de salvarme, mamá —susurró Andy, haciendo una pausa para arrodillarse en el suelo alfombrado. Él tomó la mano de Scott en la suya y olfateó—. No quiero que muera.

—No se va a morir. —Me metí en el baño y volví con una caja de suministros médicos, incluyendo desinfectante y algodón. Luego me arrodillé en el suelo junto a Andy y empecé a limpiar la herida. Ya podía ver que se estaba curando y que algunos bordes se estaban cosiendo solos. Entonces miré más de cerca y me di cuenta de que estaba tardando más de lo que debería.

Scott inclinó la cabeza hacia un lado y le dedicó a Andy una pequeña sonrisa. —No te preocupes, amiguito. Voy a estar bien.

—No te estás curando tan rápido como deberías. Supongo que tenemos que agradecerérselo a las brujas Rhea.

Scott apretó los labios y asintió.

—Todavía están luchando contra el resto, pero veré si Bobby puede encontrarnos un sanador.

Antes de que pudiera incorporarme, Scott tomó mi mano entre las suyas y dejó escapar un suspiro entrecortado. —Quédate.

Bajé la mirada hacia su mano y volví a mirarle a la cara. —De acuerdo.

Se me hizo un nudo en la garganta y una descarga eléctrica me subió por el brazo. Scott no retiró la mano cuando me deslicé de nuevo en el suelo y cogí sus dos manos entre las mías. No aparté la mirada de él mientras limpiaba la herida y rezaba. Andy seguía secándose el sudor de la cara, con el rostro torcido por la preocupación.

—No podemos dejarle, mamá —susurró Andy poco después—. Nos necesita.

Asentí con la cabeza. —No lo haremos.

Independientemente de mis propios sentimientos conflictivos sobre el asunto, yo no iba a abandonar a Scott en su momento difícil. Él había hecho todo lo posible para hacer las cosas bien desde mi regreso, y se había puesto en peligro para salvar a Andy. Teniendo en cuenta que ni siquiera sabía que Andy era su hijo, yo sabía que no podía haber sido una decisión fácil de tomar. Habiendo llegado a conocer a Scott en los últimos días, sabía que había una cosa que él priorizaba por encima de todo: su manada.

Ponerse en peligro para salvar a mi hijo coincidía con todo lo que sabía de él, y me hizo darme cuenta de lo mucho que me importaba.

No es que me hubiera dejado de hacerlo.

Pasar los últimos años tratando de rechazar mis instintos y el anhelo que se había convertido en mi compañero constante fue duro. Estar aquí con Scott me hacía sentir completa por primera vez en mucho tiempo, y no estaba segura de querer abandonar esa sensación.

O de si podría hacerlo.

Scott entraba y salía de un sueño y murmuraba para sí mismo todo el tiempo. Le aparté el pelo de la cara y le cogí la mano. Bobby llegó poco después, cubierto de sudor y suciedad, y maldijo. Andy lo siguió afuera en busca de un sanador, dejándome sola a merced de mis pensamientos.

—No tienes que quedarte —murmuró Scott, con su rostro recuperando parte de su color—. Sé que te has construido una vida.

Me aclaré la garganta. —Salvaste a Andy.

Scott se encogió de hombros y se sentó contra el sofá. —Claro que lo hice. No iba a dejar que le hicieran daño.

Le miré a la cara y me levanté. —No tenías por qué hacerlo. Sé lo importante que es tu manada para ti.

Scott se giró para mirarme, con su atractivo rostro iluminado por el resplandor del fuego. —Tú también eres importante para mí, Alyssa. Siempre lo has sido. Y Andy también. No esperaba

encariñarme tanto con él...

—Es difícil no hacerlo.

Scott se pasó una mano por la cara. —Sí, me doy cuenta.

Me puse en pie y entré en el cuarto de baño, con el corazón martilleándome inestablemente contra el pecho. Cuando volví a salir, Scott estaba de pie frente al fuego, con la ropa arrugada y hasta la última parte cubierta de sangre y sudor.

Seguía siendo el hombre más guapo que había visto nunca.

Mi estómago dio un pequeño y extraño respingo.

Cuando se giró para mirarme, bajé la mano y se me secó la garganta. —Scott, tengo que decirte algo sobre Andy.

Scott asintió y me hizo un gesto para que continuara.

Recorrí la distancia que nos separaba. —He estado intentando averiguar cómo decírtelo desde que me contaste la verdad sobre nosotros, pero no supe cómo.

Scott esbozó una sonrisa. —Puedes contarme cualquier cosa.

—Scott, Andy es...

Las puertas del estudio se abrieron de golpe, y Bobby entró con Andy escondido a su lado, y Helah escoltada por los dos guardias. Con una inclinación de cabeza en su dirección, uno de los guardias se adelantó, todavía sosteniendo firmemente a Helah, y el otro salió y cerró la puerta detrás de él.

—Mami. —Andy se lanzó sobre mí y enterró su cara en mi costado—. Fue horrible.

Bobby hizo una señal al guardia, que obligó a Helah a arrodillarse. —Tienes mucho que explicarle a tu alfa.

Capítulo 18

Scott

—No voy a decir nada —respondió Helah tras un largo y tenso silencio. Levantó la barbilla y me miró directamente, provocándome un escalofrío—. Sigo siendo la sobrina de un anciano, y debo ser tratada con respeto.

Bobby acercó su cara a la de ella y frunció el ceño. —Deberías estar agradecida de que te haya traído aquí en vez de ocuparme yo de esto.

Lentamente, me alejé de las llamas del fuego y me dirigí hacia ellos. Al pasar, eché una rápida mirada a Alyssa, pero se negó a mirarme. A su lado, Andy permanecía quieto, con la cara hundida en su costado.

¿Qué acababa de hacer Helah?

—Explícate —dije apretando los dientes. Me invadió una oleada de dolor, pero la aparté y centré la mirada en Helah. Todavía de rodillas sobre la alfombra, estaba sujeta por uno de mis hombres lobo guardianes, que tenía la mirada perdida a pesar del profundo corte que tenía en un lado de la cara. Bobby, en cambio, parecía estar haciendo un gran esfuerzo para no cometer alguna estupidez.

Nunca había visto a mi beta tan lívido.

—No le debo explicaciones a nadie —respondió Helah, apartando la mirada de mí. Se contuvo con dignidad y miró en dirección a las llamas—. No he hecho nada malo.

—Te han visto con miembros de Rhea —espetó Bobby, con los ojos encendidos de ira—. Y el hombre lobo que te vio dijo que parecías acogedora, como si los conocieras.

—Estaba tratando de atraerlos a una falsa sensación de seguridad antes de atacar.

Di otro paso hacia Helah y crucé los brazos sobre el pecho. —Si esto es verdad, ¿por qué no se lo dijiste a nadie más?.

Helah se puso rígida y volvió a clavar su mirada en la mía. —Necesitaba que todos creyeran que era una traidora para poder interpretar el papel de forma convincente.

Bobby hizo un ruido sordo con la garganta y se metió la mano en el bolsillo. Sacó una carta y me la tendió. Tras una breve pausa, se la quité de la mano y la puse al trasluz. Aunque algunas partes de la carta eran difíciles de distinguir, el resto estaba escrito con la pulcra letra cursiva de Helah, lo que indicaba que llevaba algún tiempo aliada con los Rhea.

Al menos unos meses.

Me invadieron la rabia y la decepción.

—¿Qué tienes que decir en tu defensa? —Sostuve la carta frente a su cara el tiempo suficiente para que escudriñara el contenido y perdiera parte del color de su rostro—. Sabes que no tolero a los traidores, Helah. Tienes una oportunidad para confesar. Después, quedarás a merced de los elementos.

Helah palideció. —No me enviarías al exilio. Mi tío...

—Está encarcelado por traidor y será juzgado como le corresponde. A ti, en cambio, te han pillado asociándote con el enemigo, y esta carta es la prueba de que llevas meses planeándolo.

Y había estado ocurriendo delante de mis narices.

¿Me había cegado tanto mi propio optimismo, mi propia esperanza en el futuro?

¿Cómo no había visto que dos de los hombres lobo más poderosos de mi manada conspiraban contra mí?

Quería enfurecerme y arremeter contra ellos, enfrentarme a ellos en mi forma de hombre lobo y vengarme de la única manera que sabía. Pero, me costaba seguir el ritmo, la mente me daba vueltas mientras intentaba asimilar todo aquello, desde Martin conspirando para que me mataran, hasta Helah haciendo un trato con los Rhea que incluía que le dieran una posición de poder dentro de la nueva manada.

Me revolvía el estómago.

Ambos lo hacían.

Los ojos de Helah recorrieron mi rostro. —Sí, he estado en contacto con los Rhea durante meses. Uno de ellos me tendió la mano y me di cuenta de que tenían razón.

Bajé la carta y entrecerré los ojos mirándola. —¿Querías ayudarles a atacarnos para que te dieran un puesto de poder? ¿Cómo pudiste ponerte en contra de tu propia manada?

Helah luchó contra el agarre del guardia sobre sus hombros. —Porque no era así como se suponía que iba a suceder todo. Cuando volviste, pensé que las cosas iban a ser diferentes. Pensé que ibas a ser más fuerte que tus padres y que serías capaz de liderar esta manada como se debe. Martin y yo estábamos de acuerdo.

El hielo se instaló en mis venas. —¿Martin sabía de esto?

Helah negó con la cabeza. —No, pero tenía toda la intención de decírselo para asegurarme de contar con toda la ayuda posible, y también habría salido bien si ella no hubiera vuelto a aparecer en escena.

Seguí la línea de visión de Helah y la vi mirando enojada a Alyssa, que empujó a Andy detrás de ella y se puso de pie con la espalda erguida. —¿Qué tiene que ver Alyssa con esto?

—Se suponía que no iba a volver —espetó Helah, con sus ojos brillantes llenos de ira—. Se suponía que debía permanecer lejos, para que pudieras olvidarte de ella y encontrar consuelo conmigo. Iba a ser yo quien te convenciera de retirarte y hacer un pacto con los Rhea.

Me erguí más y la miré con el ceño fruncido. —¿De verdad creías que ibas a convencerme de que le diera la espalda a mi propia manada?

—Si eso significaba perdonarles la vida, sabía que ibas a hacer lo que hubiera que hacer.

—Y ahí es donde entraste tú —terminé con un movimiento de cabeza—. Posicionarte como la salvadora de la Manada Seth no iba a ser suficiente, ¿verdad?

Helah me devolvió la mirada y sus ojos se tensaron en los bordes. —Se suponía que debíamos estar juntos, Scott. Siempre hemos sido tú y yo, pero entonces trajiste esa basura humana a Seth y nos condenaste a todos.

—No hables así de mi compañera —le advertí, deteniéndome para lanzarle una larga mirada—.

Ya pendes de un hilo.

—¿Yo? Ella es la razón por la que estamos en este lío. Ella debilitó tu posición como alfa. Desde el momento en que la trajiste aquí, no ha hecho más que menospreciarte a ti y a tu posición como alfa. ¿No ves cuánto daño ha hecho?

—No estás en posición de señalar a nadie, Helah...

Entonces, se puso en pie de un salto y derribó al guardia. Cuando se abalanzó sobre Alyssa, fue apartada en el último segundo. El guardia la volvió a poner de rodillas y le agarró los hombros, mientras le lanzaba una advertencia en voz baja desde el fondo de la garganta. Helah se retorció y luchó contra su agarre.

—Intentaba salvar a la manada Seth —espetó Helah, con los ojos desorbitados por toda la habitación—. ¿Qué ha hecho ella por esta manada salvo debilitarla y hacernos incapaces de enfrentarnos a nuestros enemigos?

—Intentaste llevarme lejos.

Miré a Andy que nos miraba desde detrás de su madre, con la mirada decidida en su rostro. —¿Qué acabas de decir?

Andy dio un paso adelante, a pesar de las protestas de su madre, y levantó la barbilla. —Intentó llevarme lejos. Cuando Bobby y yo fuimos a buscar a un sanador, ella dijo que quería ayudar, y nos separó. La oí hablar sola de Rhea y de Dunda.

Alyssa se quedó boquiabierta. —¿Estás seguro?

Andy agarró la mano de su madre y asintió. —Ella estaba tratando de llevarme de vuelta a donde estaba la lucha.

Entonces, rodeé a Helah y me ericé. —¿Y bien?

—Está mintiendo. —Helah no se inmutó mientras me sostenía la mirada—. Sólo es un niño confundido que no sabe de lo que habla.

Me arrodillé frente a Helah, y sin dejar de mirarla fijamente, hablé. —Puedo hacer que te envíen tan lejos que no tengas ninguna esperanza de volver a Seth o de volver a ver a la manada.

Una miríada de emociones danzó por el rostro de Helah. —No lo harías.

—¿De verdad quieres ponerme a prueba?

Helah tragó saliva. —Cuando los Rhea llegaron por primera vez, el plan era que yo me asegurara de que sabrían cómo pasar la frontera de la ciudad sin alterar sus defensas, para que tuvieran más posibilidades de ganar. Después, se suponía que lucharía a su lado mientras intentaba convencerles de que se retiraran.

—¿Qué tiene que ver Andy con todo esto?

—Hace unas semanas, antes del regreso de Alyssa, otro hombre lobo se me acercó. Este era de la parte de atrás de Dunda.

Alyssa aspiró con fuerza.

—Me dijeron que Alyssa estaba volviendo a la manada Seth, y que traía a su hijo con ella. Estaba furioso.

El silencio se extendió por la habitación.

Helah desvió la mirada y se inquietó. —Me dijeron que os separara a ti y a Alyssa para asegurarme de que no podíais guiar al resto de la manada. Entonces me dieron instrucciones para atraer a Andy lejos y llevarlo directamente a ellos.

Necesité todo mi control para no arremeter contra Helah.

Teniendo en cuenta los crímenes que ya había cometido contra la manada Seth, sabía que habría estado justificado. Sin embargo, también sabía que Helah tenía mucha más información que darnos, y sin su cooperación, iba a ser más difícil comprender las acciones de Rhea y Dunda.

Me gustara o no, Helah era más valiosa para nosotros aquí.

Y eso significaba tener que controlar mi ira.

Aunque la idea de separarme de Alyssa y usar a Andy como peón me llenó de rabia. Era tan poderosa que me puse de pie, le di la espalda a Helah y me clavé las uñas en el interior de las palmas de las manos. Tuvieron que pasar varias respiraciones profundas antes de que fuera capaz de escuchar más allá del martilleo en mis oídos y antes de que se me pasara el impulso de

castigar a Helah.

Alyssa avanzó hacia Helah, con un extraño brillo en los ojos. —Entonces, ¿ibas a utilizar a mi hijo como rehén para hacer qué? ¿Forzarme a retroceder y no luchar?

Helah apretó los labios en una fina línea blanca y asintió.

Antes de que me diera cuenta, Alyssa se abalanzó sobre Helah y la derribó. Las dos se revolcaban en el suelo, cada una tratando de imponerse. Me invadió la frustración, le hice una señal al otro hombre lobo y di un paso adelante. Luego tiré de Alyssa para ponerla en pie y tiré de ella hacia atrás, empleando toda mi fuerza. Me estremecí cuando se agitó y se sacudió, provocándome una oleada de dolor.

—Suéltame —siseó Alyssa, con todo el cuerpo temblando de rabia—. Ella merece pagar por lo que hizo. Puso la vida de mi hijo en peligro por sus propios planes egoístas.

—Ella merece pagar —acepté sin soltar mi agarre—. Pero esta no es la forma de hacerlo. Tienes que calmarte, Alyssa. Andy está bien.

Alyssa giró la cabeza para mirarme. —Ella se lo llevó.

—Lo sé.

Durante un rato, nos miramos fijamente mientras la culpa y la vergüenza se revolvían en mi estómago. Aunque me sentía responsable de haber metido a Alyssa en este lío al permitirle luchar a mi lado, no podía negar que estaba más segura conmigo. Fuera, en el mundo, Alyssa y Andy estaban expuestos a todos los enemigos que yo había hecho.

Pero no estaba seguro de que estuvieran más seguros dentro de Seth, entre mi manada.

Porque mientras estuvieran aquí, mis enemigos no iban a dejar de apuntarles.

Era exactamente por lo que había enviado a Alyssa lejos en primer lugar.

Cada vez tenía más claro que estaba haciendo un trabajo horrible para mantener a Alyssa a salvo, y no tenía ni idea de cómo mejorar las cosas.

Entonces, lancé una rápida mirada en dirección a Bobby y solté a Alyssa.

Capítulo 19

Alyssa

Helah estaba mintiendo.

Tenía que ser eso.

No dudaba de la implicación de los Rhea y, basándome en lo que había visto de ellos, no me sorprendería que cayeran tan bajo como para arrastrar a un niño a sus líos. Sin embargo, conocía a la manada Dunda y había vivido entre ellos durante los últimos cinco años. Que me dijeran que estaban implicados no tenía ningún sentido para mí.

No cuando había visto su amabilidad en primera persona.

Sin los Dunda, no habría sobrevivido a la jungla.

Me negaba a creer que una manada con su sabiduría y bondad pudiera estar involucrada en un ataque contra Seth con la intención de acabar con ellos. Y ni siquiera contemplaba la idea de que me hubieran tendido una trampa para separarme de Andy, asegurando así el éxito de su plan.

Tenía que haber otra explicación.

—¿Cómo sabemos que no estás mintiendo?

Helah se encogió de hombros y no me miró. —Supongo que nunca lo sabrás, ¿verdad, basura humana?

Le enseñé los dientes y gruñí. Andy se arrimó a mi lado y se me erizó el vello de la nuca. —No te cruces conmigo, Helah.

La mirada de Helah se posó en mi rostro y sus labios se torcieron en una mueca de desprecio. —No me das miedo. ¿Crees que porque aprendiste a luchar te conviertes en una de nosotros? Nunca serás una de nosotros.

Scott se arrodilló frente a ella, intimidante incluso con su ropa arrugada y el pelo en mechones sobre la cabeza. Miró a Helah con ojos de acero y ella, a regañadientes, bajó la cabeza en su dirección. Murmuró algo en voz baja y vi que la columna vertebral de Helah se ponía rígida.

¿Estaba usando su estatus de alfa para obligarla a cumplir?

Teniendo en cuenta todo lo que había hecho, no me habría sorprendido. Entre su traición y la de su tío, Helah se merecía algo mucho peor por poner en peligro a la manada. Fruncí el ceño y miré a Bobby, que estaba junto a la ventana, mirando de vez en cuando hacia la noche con una mano en la empuñadura de su daga. Me miró, y una rápida mirada pasó entre nosotros.

Luego, me ofreció una ligera inclinación de cabeza y yo solté un suspiro.

Bobby era la razón por la que mi hijo seguía aquí, y nunca iba a poder devolvérselo.

—La Dunda no es una manada violenta —dije, y mi voz se extendió por la habitación. Di un paso adelante y crucé los brazos sobre el pecho—. He vivido entre ellos durante los últimos años y sé cómo son. Son una manada pacífica que no está interesada en territorio o poder, mucho menos en ayudar a los Rhea a derrotar a la manada Seth.

Helah desvió su mirada hacia la mía y resopló. —Si realmente crees eso, entonces eres más ingenua de lo que pensaba.

—Estás mintiendo —mantuve, sacudiendo la cabeza—. Tienes que estar haciéndolo.

—¿No puedes soportar la idea de que la Dunda te estuviera utilizando? —se burló Helah, con los ojos brillantes de nuevo—. Deberías haberlo sabido, Alyssa. No importa adónde vayas o lo que hagas; la basura siempre será basura.

Scott tiró de ella para ponerla en pie y le gruñó por lo bajo, chasqueándole los dientes. Helah se estremeció cuando le acercó la boca al cuello y se quedó totalmente inmóvil. Luego la soltó y dio un paso atrás, con el asco y la rabia dibujados en el rostro.

No podía imaginar lo que debía sentir al saber hasta dónde estaba dispuesta a llegar su propia manada para eliminarlo.

Scott debía estar devastado.

Se me rompió el corazón por él.

—Es débil, Scott —las palabras de Helah le salieron de golpe—. ¿No te das cuenta? Incluso ahora que sabe cómo defenderse en una pelea, todavía no ha dominado sus habilidades de hombre lobo, y nunca va a ser capaz de hacerlo. Nunca tendrá el control y la delicadeza que yo tengo.

Scott le dio la espalda y no dijo nada.

La expresión de Helah se tensó. —Estaba destinada a ser la que estuviera a tu lado, y estaba destinada a ser la que ayudara a liderar la manada Seth. ¿No lo ves? Esta es nuestra segunda oportunidad, Scott. Es nuestra oportunidad de hacer las cosas bien. Conmigo a tu lado, podemos hacer que todo esto desaparezca.

Scott se dio la vuelta y la miró con dureza.

—Yo sería una pareja mucho mejor —continuó Helah, su expresión se volvió frenética y animada—. Sé que estás de acuerdo conmigo. En el fondo, debes estar de acuerdo conmigo.

Bobby cubrió la distancia que los separaba y lanzó una larga mirada a Helah. —Sigue siendo tu alfa.

—Podría estar a tu lado —repitió Helah—. Nací para esto, Scott, y tú lo sabes. Hablamos de ello, ¿recuerdas? Antes de que Alyssa apareciera en escena y antes de que asesinaran a tus padres. No es demasiado tarde para volver a eso.

Un pesado silencio se apoderó de ellos.

Agarré la mano de Andy entre las mías y esperé.

Pero yo ya sabía la verdad.

Nada de lo que decía Helah era falso.

Aunque no me caía bien y le habría dado unos cuantos puñetazos antes de que me apartaran, no se podía negar la verdad de sus afirmaciones. Habiendo crecido como una mujer lobo, con la misma sangre poderosa corriendo por sus venas, sabía todo lo que había que saber sobre la manada Seth y lo que necesitaban hacer para sobrevivir. Había pasado toda su vida aquí, entre los suyos, y nada de lo que hiciera iba a cambiar eso.

Ningún entrenamiento o deseo iba a cambiar los hechos.

Pasar los últimos diez días en Seth no iba a cambiar el hecho de que yo era una forastera, nacida y criada como humana. Hasta hace seis años, ni siquiera sabía que el mundo de los hombres lobo existía, y mucho menos que iba a formar parte de él. Y por muy buenas intenciones que tuviera, nunca iba a saber más que alguien que conocía este mundo por dentro y por fuera.

Alguien como Helah.

La expresión de Helah era triunfante cuando me miró. —Incluso Alyssa sabe la verdad. Puedo verlo en su cara.

Scott me dedicó una mirada y sentí un escalofrío. Volvió a apartar la mirada y se le tensó un músculo de la mandíbula. Luego, Helah dio un paso adelante y el guardia la agarró con más fuerza.

—Puedo decirte todo lo que quieras saber sobre Rhea. Puedo ayudarte. Sé cosas sobre ellos, incluyendo algunos de los planes que tienen para ti y la manada Seth. Conmigo a tu lado, serías imparables, Scott. ¿No es eso lo que quieres?

Aspiré con fuerza y agarré con más fuerza aún la mano de Andy.

Andy gimoteó y enterró la cara contra mi estómago.

A pesar de mi buen juicio, miré a Scott, cuyo rostro estaba bañado por la luz de la chimenea y no delataba nada. Lo miré fijamente hasta que nuestras miradas se encontraron, y pasó un instante entre nosotros. Cuando volvió a mirar a Helah, se irguió más y su expresión volvió a cambiar.

De repente, era el alfa que yo conocía.

—Vas a decirme lo que sabes —le dijo Scott fríamente—. Porque después de todo lo que has hecho, le debes a esta manada y a mí tu confesión.

Helah se quedó con la boca abierta. —Pero yo...

—Deberías estar agradecida de que no te arranque la cabeza —continuó Scott en el mismo tono—. Sé que le tendiste una trampa a Alyssa colocando el collar de tu madre en su habitación, y sé que sobornaste a uno de los guardias para que te encubriera.

Helah se encogió y le temblaron las manos. —Lo hice por ti, por nosotros. Si no, nunca la habrías echado, y yo sabía que tenía que irse. Tenías un corazón demasiado grande para echarla

sin una buena razón.

Scott dio un paso hacia Helah, cada centímetro de él exudaba poder y confianza.

—¿Así que decidiste que la mejor manera de manejar las cosas era incriminar a mi compañera?

Helah tragó saliva. —Dijiste que no era tu compañera. La rechazaste.

—Seguía siendo mi compañera —le dijo Scott, con los ojos tensos—. Y la incriminaste para tu propio beneficio personal. No finjas que lo hiciste por mí o por la manada Seth.

—Scott...

—Y tú a sabiendas y voluntariamente pusiste en peligro la vida de Andy con el fin de debilitar aún más a la manada Seth. Sabías que eso haría que Alyssa no quisiera luchar, y como resultado, también afectaría mi juicio. ¿Por qué debería perdonarte?

La expresión de Helah se volvió aún más frenética. —Lo hice por nosotros. Te lo juro. Tienes que creerme, Scott. No estaba previsto que acabara así. Se suponía que gobernaríamos juntos.

—Helah, por la presente se te declara culpable de traición y engaño —anunció Scott en voz alta—. Vas a ser custodiada bajo llave hasta tu juicio. Sácala de mi vista.

A Helah le fallaron las rodillas y cayó al suelo. Murmuró en voz baja mientras Bobby y el guardia la acompañaban. Cuando se abrió la puerta, volví a ver su rostro desconsolado antes de que se cerrara de golpe. Entonces me volví hacia Scott, que se había acercado a su escritorio y se estaba sirviendo una copa. Cogí la mano de Andy, lo llevé al sillón del otro lado de la habitación y le di unas palmaditas en la cabeza. Cuando me aseguré de que estaba mejor, me acerqué a Scott y crucé los brazos sobre el pecho.

Scott me miró por encima del borde del vaso. —Siento que haya pasado esto. Por eso no quería que te quedaras.

—¿Eso es todo? ¿Eso es todo lo que tienes que decirme?

Scott dio un largo sorbo a su bebida y frunció las cejas. —No sé qué más quieres que te diga, Alyssa. Lo habría evitado si hubiera podido.

Levanté las manos y fruncí el ceño. —No se trata de eso. No puedes predecir el futuro, Scott.

Creo que hiciste lo mejor que pudiste dadas las circunstancias.

Excepto por un pequeño detalle.

Helah se merecía un destino peor que estar encerrada hasta que llegara su juicio. Teniendo en cuenta que iba a ser juzgada por un grupo de hombres lobo de Seth, no estaba segura de tener mucha fe en que hicieran lo correcto. Al fin y al cabo, Helah era una de ellos, y por imprudente e impulsiva que fuera, había creído que lo hacía todo por un bien mayor.

Estaba segura de que muchos de ellos simpatizarían con ella.

Scott dejó su bebida sobre el escritorio y me miró directamente. —¿Qué es lo que quieres que haga?

—Su traición a Seth se remonta a meses atrás. Ella es la razón por la que ya has perdido a muchos miembros de tu manada, y ha tratado de usar a mi hijo como moneda de cambio.

Scott se pasó una mano por la cara. —Soy consciente de ello.

—Sin embargo, lo único que hiciste fue sermonearla y encerrarla. ¿No crees que se merece un castigo más severo? Para que no vuelva a ocurrir.

Scott salió de detrás de su escritorio y me miró con el ceño fruncido. —Te invade la pena y la rabia por Andy. Lo entiendo, pero...

—¿Pero qué? ¿Averiguar información es más importante que mantener a salvo a la gente?

Scott negó con la cabeza. —Por supuesto que no, pero ella sabe más sobre los planes de Rhea. La necesito viva, y necesito que la detengan. Es la única forma de derrotar a Rhea.

Me alejé un paso de él y le dirigí a Scott una mirada pétrea. —No sé qué esperas que diga a eso.

Porque empezaba a preguntarme si no había línea que no cruzara por su manada.

Incluyendo ponernos en peligro a mi hijo y a mí.

Capítulo 20

Scott

—Nunca dejaría que nadie os hiciera daño a ti o a Andy —le dije a Alyssa sacudiendo la cabeza—. Tienes que creerme.

Excepto que empezaba a ver por qué lo estaba pasando mal.

En lo que a ella respectaba, permitir que Helah fuera a juicio era un insulto y no parecía que hiciese nada para proteger a Andy de ella. Al contrario, lo ponía en peligro porque, mientras Helah pudiera permanecer dentro de los muros de la ciudad, iba a seguir conspirando e intrigando. Como ella sabía lo importante que Andy era para Alyssa y lo importante que Alyssa era para mí, nos tenía justo donde ella quería.

Me molestaba muchísimo.

Enviar lejos a Alyssa habría sido lo correcto.

Al menos con ella fuera, mi atención estaría total y completamente centrada en mi manada. En lugar de eso, iba a agotarme mientras intentaba averiguar cuál sería el siguiente movimiento de la manada Seth y no perder de vista a mi compañera. Por desgracia, Alyssa tampoco me lo ponía fácil. Una parte de mí se preguntaba si a ella no le afectaba el vínculo de pareja tanto como a mí, habiendo pasado años de su vida rechazándolo todo y dando a luz al hijo de otro hombre.

La otra parte de mí vislumbraba cuando ella no miraba.

Alyssa no quería admitirlo, pero el vínculo de apareamiento estaba ahí, y latía vibrante y urgente bajo su piel. Aunque, tal vez no estuviera contenta con la forma en que la hacía actuar y sentirse, tenía la sensación de que Alyssa no dejaría que eso la detuviera. Al menos no cuando se trataba de su hijo. El vínculo de apareamiento era una de las conexiones más poderosas del mundo, pero ocupaba un segundo lugar después del amor que una madre sentía por su hijo.

Siempre sería así.

Alyssa miró a Andy, y su expresión se tensó. —Entonces explícame por qué no enviaste, al menos, a Helah al exilio. No creo que tenga ninguna información valiosa sobre los Rhea. Creo que exageró su papel y está tratando de esperar su momento hasta que encuentre una salida.

Apreté los labios. —Es una posibilidad.

Alyssa se pasó una mano por la cara. —¿Por qué te resistes tanto a condenarla? Es obvio que es una mentirosa, y ya sabes que conspira para conseguir lo que quiere. ¿Qué más pruebas quieres?

—No se trata de pruebas —respondí, levantando la barbilla—. Es sólo que no me resulta tan fácil condenar a la gente como a ti.

—¿Crees que es fácil para mí condenar a la gente? Puede que haya sido marcada como tu compañera, pero tú no sabes nada de mí, Scott. Ya deberías haberte dado cuenta de eso.

Crucé hacia la puerta, temblando al pasar junto a ella. En el pasillo, hice un gesto a Bobby y murmuré que trajera a Helah. Se apartó para mirarme sorprendido y no dijo nada. Luego giró sobre sus talones y se marchó a toda prisa, haciendo que dos hombres lobo más se le unieran al doblar la esquina.

Me di la vuelta, volví al despacho y cerré la puerta de un portazo. —Podemos preguntárselo nosotros mismos.

Alyssa cruzó los brazos sobre el pecho y volvió a dirigir su mirada hacia la mía. —Realmente harías cualquier cosa para probar su inocencia.

Recorrí la distancia entre Alyssa y yo, deteniéndome a unos metros de distancia. —¿Has pensado en el hecho de que tal vez no quiero condenar a un miembro de mi manada? No importa si está justificado o no.

Los ojos de Alyssa se tensaron en los bordes, pero no dijo nada.

Pasó un largo rato antes de que ella rompiera nuestra mirada y se acercara a Andy. Los dos intercambiaron susurros mientras ella se arrodillaba y lo abrazaba. Verlos a los dos juntos despertó algo dentro de mí, un extraño aleteo en el centro de mi pecho que me llenó de anhelo.

¿Habría sido este nuestro destino si no hubiera alejado a Alyssa?

Tragué saliva cuando las puertas se abrieron de golpe y entraron dos hombres lobo armados, llevando entre los dos a Helah esposada. Bobby le pisaba los talones, sin apartar los ojos de su rostro. Con un movimiento de cabeza, los dos hombres lobo apostados frente a la puerta la cerraron de un tirón, sumiéndonos en el silencio.

—Voy a necesitar más información sobre Rhea.

Helah levantó su mirada hasta encontrarse con la mía. —Necesito garantías de que no vas a matarme cuando te lo diga.

Enarqué una ceja. —No estás en posición de exigir nada.

—Quizá, pero eso no significa que no lo intente.

Alyssa se levantó y se puso delante de Andy, protegiéndolo de la mirada indiscreta de Helah. —Te dije que estaba mintiendo. Ella dirá cualquier cosa para salvar su propio pellejo.

Me encogí de hombros. —Teníamos que intentarlo. Sólo queda una cosa por hacer.

El silencio se extendió por la habitación.

Los hombres lobo que sujetaban a Helah intercambiaron una rápida mirada antes de mirar fijamente hacia delante. Bobby seguía intentando sostenerme la mirada, pero yo lo evitaba.

—Tenemos que usar a Andy como cebo.

Alyssa se enfadó y se acercó a mí. —¿Estás loco? Eso no es una solución. Es una sentencia de muerte.

—Es la única manera de que atraigamos a los Rhea de vuelta bajo nuestros propios términos —le dije, con un movimiento de cabeza—. Sé que es difícil de considerar, pero piénsalo. Si dejamos que Helah se lleve a Andy, se pondrá en contacto con los Rhea, y ellos se lo llevarán a su círculo íntimo.

—No voy a dejar que utilices a mi hijo como garantía —espetó Alyssa, con la cara cada vez más roja de ira—. Y no hay nada que puedas decir que me haga cambiar de opinión.

Me giré hacia Alyssa y la estudié. —Creo que una vez que te calmes y veas que es un buen plan, estarás de acuerdo.

—¿Perdona? ¿De verdad me acabas de decir que me calme?

Me aclaré la garganta. —No vamos a dejar que se lleven a Andy y no hacer nada. Haré que mis mejores guerreros lo sigan a distancia para ver adónde lo llevan. Luego irrumpirán en el círculo íntimo de los Rhea y traerán a Andy de vuelta. Es la oportunidad perfecta para debilitar su círculo interno.

Alyssa levantó las manos y empezó a caminar. —Por supuesto, dices eso porque no te importa Andy en absoluto, ¿verdad? Todo se trata del resultado contigo.

—Esto también es por Andy —insistí—. Mientras sigan invencibles, el Rhea no dejará de venir a por él. Tú lo sabes, Alyssa.

Por muy protectora que fuera, rezaba para que pudiera ver a través de sus propios miedos y dudas. La idea de utilizar a Andy como cebo no me gustaba, pero era una forma de debilitar a los Rhea y darnos ventaja. Sin embargo, no podía deshacerme de la forma en que Alyssa me miraba como si hubiese dejado de apoyarla.

Me miraba como si le hubiera dado un puñetazo en la tripa repetidamente.

Alyssa hizo un ruido sordo en el fondo de su garganta. —No me importa lo que piensas que se supone que debe suceder o por qué piensas que esto es una buena idea. Dejé claro que nadie se va a llevar a Andy, y si alguien lo hace, voy a hacer que se arrepientan.

—Nadie se va a llevar a Andy por la fuerza.

Alyssa se colocó entre su hijo y yo, mirándome fijamente todo el tiempo. —Nadie va a intentarlo.

En el fondo, un grito agudo surcó el aire. Sonaron truenos y ráfagas amarillas iluminaron el cielo nocturno. Aparté la mirada de Alyssa y miré a Bobby, que tenía cara de confusión. Con un leve movimiento de cabeza, me acerqué a Alyssa y la estudié.

No se lo iba a poner fácil.

Por otra parte, su testarudez era una de las cosas que más me gustaban de ella.

Pero no podía permitirme centrarme en mis sentimientos por ella.

—¿Por qué no te doy un tiempo para pensarlo? Estoy seguro de que si lo haces, verás que tengo razón.

Alyssa frunció el ceño y murmuró algo en voz baja. Entonces volví a mirar a Bobby y le hice un gesto. Enderezó la espalda y asintió. Sin previo aviso, Helah se puso en pie y se la llevaron a rastras, gritando y chillando todo el tiempo. Su voz resonó en la habitación y llenó los pasillos exteriores. A su paso, algunos hombres lobo la miraron, con el juicio escrito en sus ojos.

En lo que respectaba a la manada Seth, Helah ya había sido condenada.

Su destino estaba sellado y, probablemente, era mucho peor que la muerte.

Una vez que Helah y los demás hombres lobo desaparecieron, cerré las puertas de golpe y miré a mi alrededor. Con el ceño fruncido, pegué la cara a la puerta y escuché. Luego hice un gesto a Alyssa y me detuve frente a la chimenea. Ella vaciló y se detuvo al otro lado, estudiando las llamas.

—No sé si Helah tiene a otros lobos trabajando con ella —susurré por encima de los latidos de mi corazón—. Sé que no debería cuestionar a mi propia manada, pero son tiempos desesperados.

Alyssa frunció las cejas. —No lo entiendo.

—Helah todavía encontrará una manera de darles noticias, y yo necesitaba estar seguro de que cuando ella les proporcione una actualización, les hable de mi plan.

Alyssa me fulminó con la mirada. —Andy no va a ir a ninguna parte.

Asentí con la cabeza. —Lo sé. Sólo dije esas cosas para que Helah les contara nuestro plan.

—¿Con qué fin?

—Para que hicieran su plan basado en el mío —expliqué, con otra rápida mirada en dirección a la puerta—. Es lo único que se me ocurrió para atraerlos. Siento no haber podido decirte la verdad. Necesitaba que tu reacción fuera genuina.

Y necesitaba que ella creyera que yo era capaz de usar a Andy así.

Aunque eso no podría estar más lejos de la realidad.

Alyssa me miró a la cara. —Entonces, ¿quieres convencerme de que todo era mentira? ¿Qué hiciste que trajeran a Helah sólo para poder hilar una historia para ella?

—Exactamente.

Alyssa levantó la barbilla y se me quedó mirando. —No te creo.

—No te he dado una razón para no hacerlo.

—Sin embargo, no has sido exactamente honesto con la verdad. ¿Por qué esto debería ser diferente? Sé lo importante que es la manada Seth para ti. Sé hasta dónde llegarías para protegerlos.

Levanté las manos y fruncí el ceño. —No puedes pensar que pondría la vida de Andy en peligro para ganar.

—No sé lo que debo pensar. —Alyssa hizo una pausa y exhaló un suspiro—. Desde que llegué aquí, todo ha sido tan confuso, que ya ni siquiera sé qué creer.

Di un paso hacia ella y fruncí el ceño. —¿Por qué no puedes creer que eres mi compañera y que no quiero hacerte daño?

¿Por qué no podía creer que todo lo que había hecho y seguiría haciendo era para protegerla?

—Ni siquiera sé lo que soy para ti —susurró Alyssa como si no me hubiera oído.

—¿Qué soy yo para ti, Alyssa? Un medio para un fin.

—Podría decir lo mismo sobre ti —espetó Alyssa, con los ojos brillantes de ira—. Excepto que no voy a hacerlo porque, como mínimo, sé que eres el padre de mi hijo y, por eso, no quiero hacerte daño ni utilizarte.

Me quedé helado y sentí como si me hubieran dejado sin aliento. —¿Qué acabas de decir?

Capítulo 21

Alyssa

Me pasé una mano por la cara. —No se suponía que te enterarías así.

En algún momento de la conversación, había tomado la decisión de confesar, y eso me irritaba sobremanera. Lo último que quería era que Scott creyera que tenía algún tipo de voz en el futuro de Andy o en cómo proceder con nuestro plan.

Especialmente cuando todavía no estaba segura de si creía que no quería hacerle daño a Andy.

Sin embargo, pude ver cómo Scott se daba cuenta, cómo sus ojos se abrían de par en par y su respiración se agitaba. Miró a Andy, que estaba jugando en el sillón, y una mirada de infinita ternura bañó su rostro. Entonces me puse delante de Andy y crucé los brazos sobre el pecho.

No me imaginaba así la confesión.

Ni siquiera estaba cerca de lo que me había imaginado.

Quería volver atrás, pero sabía que ya era demasiado tarde.

¿Por qué había dejado que Scott se metiera en mi piel, permitiendo que mi ira sacara lo mejor de mí?

Entonces, Scott acortó la distancia entre nosotros y se puso de rodillas. Tomó ambas manos de Andy en la suya, y su expresión se volvió animada. —Lo sabía. Sabía que eras mi hijo desde el momento en que te vi.

Andy levantó la vista de sus juguetes, con expresión de asombro y admiración. —¿Cómo lo supiste?

Scott le dedicó una media sonrisa. —Fue un fuerte presentimiento que tuve.

Andy levantó su mirada hacia la mía, con sus ojos abiertos y escrutadores. —Mami, ¿Scott es realmente mi padre?

Scott dirigió su mirada hacia mí, y yo cambié de un pie a otro.

Me pasé una mano por el pelo. —Así no es como me imaginaba diciendo la verdad...

Después de repasar una situación tras otra y darme cuenta de que me había acorralado, me puse más erguida y suspiré. —Sí, es tu padre.

Andy chilló y lanzó sus brazos alrededor de Scott, que lo levantó y lo abrazó con fuerza contra su pecho. Los dos se parecían tanto en ese momento que me dejó sin aliento. Las lágrimas brotaron de mis ojos mientras me obligaba a apartar la mirada y exhalar. Una vez que los latidos de mi corazón se calmaron, alejé todos los pensamientos de Scott llevándose a Andy y clavé mis uñas en las palmas de mis manos.

Después de todo, teníamos el problema más inmediato del Rhea.

Una vez que me ocupara de ellos, no tenía intención de renunciar a Andy, y si eso significaba tener que luchar con uñas y dientes para sacarnos a los dos de Seth, lo haría. Con un leve movimiento de cabeza, volví a mirar a los dos y me llevé las manos temblorosas a la espalda.

—Usar a alguien como cebo es una buena idea —le dije a Scott, levantando la barbilla—. Pero no deberíamos usar a Andy. Deberíamos usarme a mí.

Scott se puso rígido y giró para mirarme. —No podemos usarte como cebo.

—¿Por qué no? Saben lo importante que soy para ti y podría espiarles mientras esté prisionera.

Scott puso a Andy de nuevo en el suelo, y su expresión se ensombreció. —No voy a dejar que te lleven.

—¿No debería ser mi decisión? Helah puede llevarme como planeaste que se llevara a Andy. Una vez que pase sus defensas, encontraré la forma de enviarte un mensaje.

—No.

—Incluso contactaré con los Dunda e intentaré persuadirles para que renuncien a su alianza con los Rhea. Me escucharán.

Porque había vivido entre ellos durante años, trabajando y formándome como una de los suyos. Incluso había criado allí a mi hijo, con la seguridad de que era bienvenido y estaba protegido. Asumir su traición fue duro, pero eso no significaba que estuvieran demasiado lejos. Todavía había una oportunidad para que los Dunda hicieran las cosas bien y respetaran las reglas sobre las que se fundó su manada.

Pero primero necesitaba que me tomaran en serio.

Por lo demás, la manada Seth estaba prácticamente muerta.

Scott apartó bruscamente la mirada y cogió la mano de Andy. —¿Quieres ver algo guay?

Andy asintió y siguió a Scott al otro lado del estudio. Scott se detuvo frente a la estantería y recorrió con el lomo la longitud de un libro. Luego lo bajó y algo encajó en su lugar. La estantería siseó y se deslizó hacia un lado, revelando una puerta que conducía a otra habitación. Andy se quedó boquiabierto cuando dio un paso adelante y miró a su alrededor.

—Allí hay algunos juguetes. —Scott señaló una cesta en un rincón—. Mamá y yo estaremos al otro lado de la puerta si nos necesitas.

Andy me miró y yo asentí.

La puerta se cerró tras él y Scott se giró para mirarme, con expresión furiosa. —No voy a dejar que te pongas en peligro. Ni tú ni Andy deberíais estar cerca de esto.

—No es tu decisión.

Scott cruzó hacia mí en tres largas zancadas y me agarró por los hombros. —No voy a dejar que tomes esta decisión. No puedes pedirme que lo haga, Alyssa.

Incliné la cabeza hacia atrás para mirarle. —¿Por qué? Es exactamente lo que quieres. Te estoy dando una forma de llevar a los Rhea ante la justicia. Y de todas formas nunca me quisiste como compañera. Sé que ambos fuimos forzados a esto, así que no tienes que fingir...

—¿Fingir? ¿Quién ha hablado de fingir?

El corazón se me retorcía dentro del pecho. —Scott, por favor. Tú y yo sabemos lo que es esto, así que no...

Scott interrumpió mi frase atrayéndome más cerca y estrellando sus labios contra los míos. Hice un ruido sorprendida en el fondo de mi garganta, y mis manos se agarraron a la parte posterior de su cabeza. Scott se estremeció y me atrajo hacia él, de modo que sentí cada centímetro suyo a través de la fina tela de nuestra ropa.

Podía saborear el anhelo en la punta de su lengua.

Sentir su desesperación en la forma en que me abrazaba.

Sin previo aviso, las manos de Scott bajaron hasta mi cintura y me levantó para que mis piernas quedaran sujetas alrededor de su cintura. El corazón me latía con fuerza mientras me llevaba hasta el sofá y me dejaba en el suelo. Cuando se echó hacia atrás para mirarme, vislumbré brevemente el hambre en sus ojos y sentí que me flaqueaban las rodillas.

—Nunca he fingido —me dijo Scott, con la voz apenas susurrante—. No voy a perderte otra vez.

Sus dedos se movieron con rapidez, de modo que su camisa cayó al suelo con un aleteo, seguida de sus vaqueros. Luego me cogió y me puso en pie. Cada centímetro de mí zumbaba de impaciencia y anhelo, sus dedos ardían en todo lo que tocaba. Me quedé completamente quieta mientras Scott me ayudaba a quitarme la ropa, dejándome más desnuda y vulnerable de lo que nunca había estado a su lado.

Sin embargo, nunca me había sentido más invencible.

O deseada.

Scott dio un paso atrás y me absorbió, empezando por la punta de los pies y terminando por la cabeza. Gruñó por lo bajo y me apretó contra él, con su piel bronceada brillando bajo la luz del fuego. Incliné la cabeza hacia atrás para mirarle y se me cortó la respiración. Con el pulgar y el índice, me levantó la barbilla y me besó, derramando en el beso toda la emoción que pudo.

Hasta la última célula de mi cuerpo lo sintió.

Lo sintió a él y sus sentimientos por mí.

Me agarré a su nuca mientras caíamos de espaldas sobre el sofá. Con un ruido sordo, Scott se acomodó entre mis piernas, su boca era caliente, exigente e implacable. La cabeza me daba vueltas y los pulmones me ardían cuando abrí las piernas y él se acomodó entre ellas. A través de la puerta, oí la voz de Andy y me congelé.

—Deberíamos parar —susurré por encima del martilleo de mi corazón—. No sé si esto es una buena idea.

Scott me acarició la mandíbula y se mantuvo sobre mí. —¿De verdad quieres parar?

Volví a mirar a Scott y suspiré. —No, no quiero que pares.

Scott se inclinó para besarme, enviando otra oleada de deseo a través de mí. —Bien, porque yo tampoco quiero parar.

Me invadió una oleada tras otra de deseo fundido y ardiente.

Ahogando todo lo demás.

Cada roce, cada beso, cada caricia ahuyentaba mis inseguridades hasta que no quedó nada más que nosotros dos. Nada más que las manos de Scott sobre mi cuerpo, haciéndome sentir cosas que nunca antes había sentido. Scott me besó con la boca abierta y caliente por el cuello y la mandíbula. Me acarició la nuca, se colocó en mi entrada y se detuvo. Cuando me miró, con la mitad de su cara oculta por las sombras, mi estómago dio un extraño respingo.

Entonces asentí, y él me empujó, haciéndome gritar.

Scott hundió la cara en el pliegue de mi cuello y yo aspiré su aroma, como a nieve y sándalo. Cuando se relajó y volvió a penetrarme, le clavé los dientes en el hombro, conteniendo el gemido. Hizo un ruido sordo en el fondo de su garganta y se movió, llenándome hasta la empuñadura.

Esta vez fue diferente, una energía cruda y primitiva se apoderó de nosotros.

Él y yo encajábamos como dos piezas de un rompecabezas, y eso hizo que me ardieran las lágrimas en el fondo de los ojos. Empecé a deslizar los dedos por su espalda y a sacudirme contra él. Scott levantó la cabeza y me miró, la expresión de hambre en su rostro hizo que se me deshicieran los nudos en el estómago. Una y otra vez, se relajaba y volvía a penetrarme hasta que me retorció de placer y gritaba su nombre.

Mi propio nombre salió de la boca de Scott, como un canto y una plegaria.

Arqueé la espalda y respondí a cada embestida con una de las mías. —No tenía ni idea de que pudiera sentirse tan bien.

Los ojos ámbar de Scott eran dos charcos de fuego. —Sólo porque somos nosotros. Sólo se sentirá así con nosotros.

Solté un suspiro y caí de espaldas contra el sofá. —Oh, Scott. Por favor.

Se me aceleró el pulso y se me entrecortó la respiración al acercarme cada vez más al límite. Entonces, la fuerza de mi orgasmo me desgarró, provocando una oleada tras otra de placer. Me retorcí y tuve espasmos, cerrando los ojos con fuerza. Cuando los temblores disminuyeron y mi visión se aclaró, abrí los ojos y miré fijamente a Scott.

La expresión de su rostro hizo que se me oprimiera el pecho.

Me cogió la cara entre las manos y siguió moviéndose, cada vez más frenético y desesperado con cada embestida. Cuando llegó su propia liberación, con todo su cuerpo sacudiéndose contra el mío, yo estaba cayendo de nuevo, y veía manchas bailando en mi campo de visión. Cada parte de mí hormigueaba, cada célula marcada con su nombre y sólo el suyo. La respiración de Scott se hizo pesada cuando salió de mí y se desplomó en el sofá.

Parpadeé y miré al techo, maravillada por la extraña sensación en el centro de mi pecho. Cuando me giré para mirar a Scott, tenía los ojos medio cerrados y una pequeña sonrisa en el borde de los labios. Sin decir una palabra, me pasó un brazo por los hombros y me arrimó a su lado.

Nunca me había sentido más segura ni más inquieta en toda mi vida.

Porque no tenía ni idea de lo que nos deparaba el futuro.

Capítulo 22

Scott

Pasé un dedo por su espalda desnuda, con los ojos fijos en el techo. —No me lo esperaba.

Alyssa se movió y sentí que levantaba la cabeza de mi pecho y me miraba. —Yo tampoco.

Exhalé y ladeé la cabeza para mirarla.

A la luz del fuego, era la cosa más hermosa que jamás había visto, con sus ojos gris plateado, su cara en forma de corazón y sus labios carnosos y gruesos. Al mirarla, me dolía el corazón y sentía una extraña añoranza que me había atormentado durante los últimos cinco años.

En ese momento, me había visto obligado a enviar a Alyssa al exilio por su propia protección.

Pero ahora todo era diferente.

Alyssa había vuelto, y yo tenía un hijo que era exactamente igual a mí.

Nunca quise dejar ir a ninguno de los dos.

Cuando Alyssa se incorporó y recogió su camisa del suelo, me quedé mirándole la espalda y le di un beso. —Me alegro de que me dijeras la verdad.

Alyssa se levantó y buscó sus vaqueros en la alfombra. —Siento que hayas tenido que enterarte de lo de Andy de esta manera. Quería decírtelo, pero no era el momento adecuado.

Llegar y encontrarme en medio de una guerra por la supervivencia de mi manada no era lo ideal, pero entendía por qué Alyssa había dudado. Por lo que a ella respectaba, hasta hacía unas semanas la había despreciado, incluyendo todo lo relacionado con ella. Descubrir que había fingido para protegerla no debía de ser fácil, pero me alegraba que entrara en razón.

Para que los tres pudiéramos por fin ser una familia.

Alyssa se levantó y se apartó el pelo castaño rizado de los ojos. —Debería irme.

Pasé las piernas por encima del sofá y me levanté. —¿Irte a dónde?

—Es tarde. Andy y yo deberíamos descansar. Ha sido un día muy largo —respondió Alyssa sin mirarme. Con el ceño fruncido, me agaché para recoger mi ropa. Luego volví a ponérmela, con el corazón martilleándome inestablemente todo el tiempo. Teniendo en cuenta lo que había ocurrido entre nosotros, esperaba una reacción diferente por parte de Alyssa.

Una bienvenida más cálida.

—Cuando estés lista, puedes mudarte a mi habitación —le dije con una pequeña sonrisa—. Y puedo asegurarme de que Andy tenga una habitación junto a la nuestra.

Alyssa se giró para mirarme y frunció las cejas. —¿Por qué?

—Es un niño que está creciendo. Necesitará su propia habitación, y, como tú eres mi compañera, no tiene sentido que te quedes en otra habitación.

Alyssa se irguió más, con una expresión extraña en el rostro. —¿Eso es todo lo que te importa? ¿Quieres trasladarme a tu habitación para que la manada no cotillee?

Le cogí las manos, pero ella se apartó de mi alcance. —Eso no es lo único que me importa. Ahora estás a salvo aquí, Alyssa. Y cuando se extienda la noticia de que Andy es mi hijo, todo el mundo le dará la bienvenida. Puedes tener una vida aquí.

Alyssa se me quedó mirando un buen rato antes de responder. —¿Y por qué crees que querría una vida aquí?

—Tú y yo estamos destinados a estar juntos —le recordé frunciendo el ceño—. Porque somos compañeros. ¿Por qué no querrías una vida aquí? Sé que las cosas no fueron bien la última vez, pero ahora todo es diferente. Sin Martin, puedo aceptarte a ti y a Andy, y podemos liderar esta manada.

—Es horrible para ti, tener todas esas suposiciones —interrumpió Alyssa sacudiendo la cabeza—. Pero olvidas que no he vuelto aquí para reconquistarte o demostrar mi valía o lo que sea. Volví porque quiero mi propia vida, y no puedo tenerla a menos que me quites la marca.

Un nudo duro se instaló en la boca de mi estómago. —¿Por qué querrías quitarte la marca

cuando puedes estar aquí conmigo? ¿Cuándo puedo protegeros y manteneros a los dos?

—Porque puedo protegerme y mantenerme a mí y a mi hijo —me recordó Alyssa, con una sombra asentándose en su rostro—. Hemos llegado hasta aquí gracias a mí, no a ti.

—No lo entiendo.

Alyssa hizo un gesto con la mano y se apartó de mí. —No quiero nada de esto, Scott. He sido muy clara contigo desde el principio. No he vuelto aquí para ser la pareja del alfa. Volví aquí para retomar el control de mi vida.

—No te estoy quitando la vida. Te estoy ofreciendo una vida aquí a mi lado.

Alyssa resopló. —No quiero una vida aquí. Ya te he dicho que quiero que me quites la marca.

—¿Por qué haces esto tan difícil?

¿Por qué no estaba contenta con mi propuesta?

Era todo lo que podía desear como mujer loba: un macho alfa fuerte a su lado que la protegiera y mantuviera a ella y a su hijo, y un puesto en una de las manadas de hombres lobo más poderosas del mundo.

Nada de esto tenía sentido.

Alyssa debería estar saltando de alegría, no apartándose de mí.

—¿Estoy haciendo esto difícil? Scott, la única razón por la que quieres que me quede es para que puedas recuperar tu posición como poderoso alfa, porque quieres presentar un frente unido con tu compañera y tu hijo a tu lado. No soy un trofeo ni un premio de consolación. Soy alguien que tiene sentimientos y una vida propia.

—Entiendo...

—No entiendes nada. —Alyssa por fin me miró, con expresión pétrea y decidida—. No me quieres aquí porque me amas. Me quieres aquí porque soy tu compañera, y no puedo vivir mi vida así. Hay más para mí, Scott.

Antes de que pudiera responder, la voz de Andy se escuchó, llamando a su madre. Me acerqué a

la puerta oculta, la abrí y él salió dando saltitos, con la cara sonrojada de placer. Con una carcajada, corrió hacia su madre y la abrazó. Ella lo alejó apenas, le apartó el pelo de los ojos y le dedicó una pequeña sonrisa.

Andy era la clave de todo esto.

Tenía que serlo.

Me aclaré la garganta y fijé la mirada en mi hijo. —Hola, colega. ¿Te divertiste ahí dentro?

Andy asintió y me dedicó una tímida sonrisa. —Tengo hambre.

—Te buscaré algo de comer en unos minutos —respondió Alyssa sin mirarme—. Tu padre y yo estábamos en medio de una conversación.

—En realidad se trata sobre si vosotros dos deberíais quedaros. —Me agaché frente a Andy y le dediqué una sonrisa ganadora—. ¿Qué dices, colega? ¿Quieres quedarte aquí con la manada Seth, con mamá y papá?

Los ojos ámbar de Andy se abrieron de par en par mientras miraba entre los dos.

—¿Puedo?

—Tendrás que convencer a tu madre —murmuré, deteniéndome para mirarla. Ella me devolvió una mirada fulminante, pero fingí no darme cuenta. Dado el dilema en el que nos encontrábamos, no me importaba utilizar a nuestro hijo para convencer a Alyssa. Sobre todo cuando en el fondo sabía que era el lugar al que pertenecía.

Donde ambos pertenecían.

No podía hacerla cambiar de opinión, pero tenía la sensación de que Andy sí podría.

O al menos rezaría para que lo hiciera, porque me había quedado sin opciones.

Andy tiró de la mano de su madre y la miró a la cara. —Deberíamos quedarnos, mamá.

Alyssa exhaló un suspiro, con expresión dolorida. —Cariño, sé que quieres quedarte, pero tenemos una vida en Dunda, ¿recuerdas? Tenemos amigos y familia allí que nos están esperando.

—¿Y papá?

Alyssa suspiró y se arrodilló frente a Andy, haciendo una pausa para apartarle el pelo de los ojos. —Si quieres quedarte aquí con él, no voy a detenerte.

Me puse de pie, con un nudo en el estómago. —No tiene por qué ser así, Alyssa. Podrías quedarte y podríamos empezar de nuevo.

Y podría demostrarle que no era el mismo hombre lobo que la había enviado al exilio.

Con el tiempo, Alyssa aprendería a amarme y a perdonarme.

Los ojos de Andy se llenaron de lágrimas. —No quiero dejarte, mami.

Alyssa atrajo a Andy hacia sí y me miró por encima de su cabeza. —Lo siento.

Algo en mí se resquebrajó y se rompió. Retrocedí unos pasos y los miré fijamente, tratando de escuchar más allá del rugido en mis oídos. Cuando Andy retrocedió para mirarme, yo había cerrado las manos en puños y me había puesto más erguido.

—No quiero hacer esto, pero no me dejas otra opción. Quedas desterrada de Seth.

—Scott, no hagas esto. —Los ojos de Alyssa se volvieron suplicantes mientras cogía la mano de Andy y se acercaba a mí—. No tiene que ser así entre nosotros.

El lobo que hay en mí aulló y gruñó en señal de protesta.

—La decisión está tomada —respondí con voz uniforme—. Vamos.

Andy empezó a llorar, las lágrimas corrían libremente por su cara. En silencio, Alyssa lo cogió en brazos y él hundió la cabeza en el pliegue de su cuello. Al salir por la puerta, se detuvo y me miró por encima del hombro. Luego se alejó por los pasillos hasta llegar a la puerta principal.

A través de la ventana de mi despacho, la vi marcharse.

Cuando estaba lo suficientemente lejos, salí y escalé la montaña más cercana. En la cima de la montaña, a la luz gris del amanecer, vi cómo Alyssa dejaba a Andy en la linde del bosque. Ella le susurró algo al oído, y él apretó su mano con más fuerza. Me clavé las uñas en la palma de la mano y me armé de valor contra el dolor y el rechazo.

En cuanto Alyssa enderezó la espalda, la vi adentrarse en el bosque y desaparecer. Cuando ya no

pude olerla, agaché la cabeza y cuadré los hombros. Por mi vida, no podía entender por qué Alyssa no podía haberse quedado y darme una oportunidad, pero siempre había sabido que no podía obligarla.

—¿Por qué se va Alyssa?

Miré a Bobby, que había aparecido de la nada y se había puesto unos vaqueros limpios y una camisa. —Ella quería volver a su vida en Dunda. No puedo obligarla a quedarse.

—Es tu compañera —protestó Bobby, con los ojos desorbitados por la sorpresa—. Lo he visto. Todos lo hemos visto, y si alguien tenía alguna duda, estoy seguro de que se desvanecerá con el tiempo. Scott, no puedes...

Levanté una mano y dirigí a Bobby una mirada significativa. —No es la mujer que yo creía. Alyssa es libre de hacer lo que quiera con su vida.

Incluso si eso significaba estar lejos, muy lejos de mí.

Ni siquiera me sorprendió que Andy la hubiera elegido, dado que era lo único que había conocido.

—No más preguntas sobre Alyssa —añadí en voz más baja—. Es hora de que nos centremos en reconstruir y encontrar la paz después de lo de Rhea.

Bobby aspiró con fuerza. —Entendido.

Me giré para quedar completamente de frente a él, con las montañas a sus espaldas. —No viniste a buscarme por lo de Alyssa.

Bobby se aclaró la garganta. —Helah ha escapado de la custodia. Fue vista usando un disfraz y escabulléndose de Seth. ¿Quieres que envíe a algún hombre lobo tras ella?

Sacudí la cabeza. —No podemos perder más hombres lobo en esta guerra. Déjala.

Con eso, me di la vuelta y volví a bajar la montaña. Necesitaba toda mi energía y autocontrol para no perseguir a Alyssa y Andy y rogarles que se quedaran. En lugar de eso, caminé de vuelta a la casa principal con Bobby a mi lado y el peso de una mochila entera sobre mis hombros.

Y sin idea de adónde íbamos a partir de aquí.

Capítulo 23

Alyssa

Agarré la mano de Andy entre las mías y contemplé el desierto. El bosque estaba en silencio mientras cruzábamos, con nada más que el sonido de nuestra pesada respiración. Una fuerte ráfaga de viento pasó, llevando el olor de las flores silvestres y la tierra. Andy se acercó a mí y acompasó sus pasos a los míos.

No había dejado de olfatear.

Y podía sentir su tristeza, un sentimiento espeso y pesado que perduraba en el aire.

Pero no tenía ni idea de qué decirle.

Una cosa era negarse a eliminar la marca de mi cuerpo por sus propias razones egoístas. Otra cosa era que Scott me desterrara, sabiendo que eso significaba que sería difícil para él ver a Andy. Aunque no me sorprendió que Andy me hubiese elegido, una parte de mí se preguntaba si él crecería resentido conmigo.

No quería que mi hijo pensara que me interponía entre él y su padre.

Por desgracia, no había nada que pudiera decirle para aliviar el dolor y el escozor del rechazo. Todo lo que podía hacer era esperar que, con el tiempo, cuando el dolor de ser rechazado se desvaneciera, Scott recibiera a su hijo con los brazos abiertos. Hasta entonces, seguiría manteniendo a Andy a salvo y llevándonos de vuelta a Dunda.

Aunque no tenía ni idea de si aún éramos bienvenidos.

Teniendo en cuenta que los Dunda habían ayudado a declarar la guerra a Seth, no tenía ni idea de a qué atenerme. Aunque Andy y yo no teníamos nada que ver con la guerra que se estaba librando, no tenía forma de saber si seríamos bienvenidos de nuevo en territorio Dunda, dados nuestros vínculos con la manada Seth. Sin embargo, quería creer que Rick no nos rechazaría.

No cuando descubriese la verdad.

Mi loba gimió de dolor en silencio, dándole vueltas a las palabras de Scott una y otra vez en mi cabeza. La mitad de mí no estaba sorprendida de que me hubiera rechazado de nuevo, dado su historial, pero la otra mitad de mí se afligía y lamentaba lo que podría haber sido. Aun así, mantuve mi decisión de marcharme, sabiendo que ser la compañera de Scott nunca iba a ser suficiente para mí.

Necesitaba más.

Y si él no podía darme lo que yo quería, entonces no podía quedarme.

Con un leve movimiento de cabeza, miré a Andy, que había dejado de olfatear y estudiaba el bosque a su alrededor. En silencio, pasamos por encima de un tronco caído y cruzamos los límites de Seth para adentrarnos en el desierto. El desierto se extendía ante nosotros, con nada más que kilómetros y kilómetros de arena hasta donde nos alcanzaba la vista.

Un grupo de pájaros voló hacia el cielo y se llamó entre sí.

—¿Volveré a ver a mi padre?

Apreté la mano de Andy. —Algún día, en el futuro, cuando esté preparado, eso espero.

—Ojalá pudiera ser ahora mismo.

Hice una pausa para acariciar la mano de Andy. —Lo sé, cariño. Lo siento. Ojalá las cosas fueran diferentes.

Pero no podía obligar a Scott a tener una relación con su hijo, como tampoco podía obligarle a quitarme la marca de compañero. Como de costumbre, Scott iba a hacer lo que creía mejor, y a mí me quedaba navegar entre los escombros con mi hijo a cuestas. Sin embargo, me dolía el corazón por él y por la loba que había en mí, que había estado tan cerca de ser feliz y completa.

En un abrir y cerrar de ojos, todo me había sido arrancado, y no tenía a nadie a quien culpar excepto a mí misma. Con un suspiro, me agaché frente a Andy y esperé hasta que se encontró con mi mirada. —Una vez que hayamos terminado con nuestra tarea, puedes volver y ver a Scott.

A Andy se le iluminó la cara. —¿Puedo?

—Mm-hmm.

Andy ladeó la cabeza. —¿Pero no estás enfadada con él? ¿No es por eso que nos fuimos?

—No, cariño. Nos fuimos porque tu padre y yo no queremos las mismas cosas, pero no tiene nada que ver contigo. Y no importa lo que yo sienta por tu padre, él siempre será tu padre. Puedes verle siempre que quieras.

Siempre que el propio Scott hiciera un esfuerzo.

Por el bien de Andy, esperaba que lo hiciera.

Andy asintió y dibujó su labio inferior entre los dientes. —¿Cuál es la tarea que debemos hacer? Quiero ayudar.

Le di una palmadita en la cabeza y volví a ponerme en pie. —Es un secreto.

Andy tiró de mi mano. —Puedo guardar un secreto. Por favor, mami.

Le dediqué una media sonrisa y observé el horizonte vacío. —Vale, ¿qué tal si...?

Antes de que pudiera terminar la frase, me interrumpió un aullido profundo y fuerte. Me puse más erguida y miré a lo lejos, cegada por el sol. Entonces vi una figura solitaria, cuyo pelaje brillaba al sol mientras se acercaba a nosotros. El miedo se apoderó de mí cuando otra figura se acercó, dirigiéndose directamente hacia nosotros.

Desde la distancia, era difícil distinguirlos, pero tenía la sensación de que se trataba de la misma manada de hombres lobo que me había atacado años atrás. Con el ceño fruncido, empujé a Andy detrás de mí y comencé a formular un plan. Cuando conté tres hombres lobo en total, mordisqueando y gruñendo, supe que no podría correr más rápido que ellos y dejarlos atrás.

No teniendo que proteger a Andy.

No tenía más remedio que luchar.

Con el ceño fruncido, lancé una rápida mirada a Andy, que estaba medio escondido detrás de mí, y exhalé un suspiro. Luego me di la vuelta y separé las piernas a la altura de las caderas. Una vez que estuvieron lo suficientemente cerca como para que pudiera distinguir los colores individuales de su pelaje, me invadió otra oleada de terror.

Andy se asomó por detrás de mí y los fulminó con la mirada. —¿Quiénes son estos hombres lobo, mamá?

—Son hombres lobo malos, cariño —susurré sin volver a mirarle—. Necesito que seas valiente, ¿de acuerdo?

Andy se retorció y vino a ponerse a mi lado. —Te ayudaré.

Le miré y negué con la cabeza. —Mamá los tiene.

Con eso, di una patada con la pierna, que impactó con una de las costillas del lobo. Aulló y me enseñó los dientes. Pateé con la otra pierna, golpeando su otra costilla, y se quebró. Entonces levanté los brazos a ambos lados y les lancé la mirada más cruel que pude conseguir. El primer hombre lobo nos rodeó, con su oscuro pelaje brillando bajo el sol de la mañana.

Cuando atacó el segundo, le di un puñetazo en la mandíbula. Emitieron un aullido grave y se alejaron, patinando sobre el suelo uniforme del desierto. Les asesté un puñetazo tras otro, con los músculos gritando en señal de protesta. Una fina capa de sudor me cubrió la frente. Con el dorso de la mano, hice una pausa para secarme el sudor y exhalé un suspiro.

El sudor me caía a chorros por la espalda, haciendo que la camisa se me pegara a la piel. A mi lado, Andy no dejaba de saltar de un pie a otro, haciendo ruidos bajos en el fondo de su garganta mientras lo hacía. Me apreté contra su espalda y levanté una pierna, enviando a otro de los lobos hacia atrás con un ruido repugnante. Cuando el tercero se abalanzó sobre mí, me tiró al suelo y me inmovilizó con ambos brazos.

La respiración abandonó mi cuerpo en un suspiro y el corazón me latía con fuerza contra los oídos. Luché y me agaché, pero no pude apartar al lobo, que me dio un manotazo en la mejilla, dejándome una herida roja y furiosa. Levanté las caderas del suelo y estuve a punto de derribarlo, pero mi alivio duró poco, ya que me empujó de nuevo al suelo y mi cabeza se estrelló contra la dura tierra.

El olor metálico de la sangre me llenó la boca.

Giré la cabeza hacia un lado y escupí un bocado. Por el rabillo del ojo, vi a Andy acercarse a mí, con el miedo escrito en la cara. Extendí una mano y le negué con la cabeza. Se detuvo a unos metros de mí y giró para mirar a los otros dos lobos. El miedo y la adrenalina me invadieron mientras me agitaba y gruñía. Una vez que pude quitarme al lobo de encima, me puse de pie y

tiré de Andy detrás de mí. Uno de los lobos echó la cabeza hacia atrás y aulló al cielo.

A lo lejos, otros dos lobos aullaron.

Se me erizó el vello de la nuca y se me doblaron las rodillas. Entorné los ojos en la distancia y vi a tres lobos más que se dirigían hacia nosotros, con su pelaje liso y oscuro visible en la brumosa luz de primera hora de la mañana. Para cuando nos alcanzaron, el sol empezaba a ascender por el cielo, bañando el mundo en tonos naranjas y rojos. Usando una mano, mantuve un apretado agarre en el brazo de Andy, y el otro levantado hacia mi cara.

En cuanto los hombres lobo estuvieron lo bastante cerca como para que pudiera distinguir sus musculosas formas, chocaron con los lobos Rogue. Pronto, el sonido de aullidos y chasquidos llenó el aire. Rodeé a los hombres lobo, con la bilis subiéndome por la garganta. Cuando el equipo de hombres lobo que estaba ayudándonos me miró, me abalancé sobre ellos. Les ayudé a someter a uno de los lobos asestándole un golpe en el centro del pecho y esboqué una sonrisa macabra.

No pasó mucho tiempo antes de que los tres hombres lobo cayeran al suelo, levantando tierra y polvo. Luego, avancé lentamente, con Andy a mi lado, y los miré. Tenían el pelaje cubierto de sangre y sudor y los ojos desorbitados por la sorpresa y el miedo. Uno a uno, los hombres lobo canallas se movieron, revelando dos mujeres de pelo oscuro y un hombre de pelo rubio que lo mantenía en alto.

—¿Qué quieres?

El hombre rubio me miró y sus ojos se fijaron en mí. —Piedad.

—¿Piedad? Nos atacaste a mi hijo y a mí sin motivo.

Apretó los labios y no dijo nada.

Los demás hombres lobo me miraron y se detuvieron. Poco a poco, volvieron a su forma humana, con las armas en los costados. —¿Por qué deberíamos perdonarte? No es la primera vez que atacas a Alyssa.

El rubio tragó saliva. —Por favor. Ten piedad.

Di unos pasos hacia delante. —¿Alguien te envió? ¿Por eso sigues atacándome?

Me miró fijamente, con una miríada de emociones bailando por su cara. —No puedo decirlo.

Di otro paso adelante y me agaché frente a él. —¿Hay otros lobos Rogue?

Asintió lentamente. —Sí.

—Te perdonaremos la vida si aceptas ayudar a la manada Seth en la lucha contra Rhea.

Aunque probablemente Scott aún estaba conmocionado por mi rechazo, eso no significaba que quisiera que sufriera. Al contrario, quería que él y la manada Seth se libaran de la amenaza de Rhea de una vez por todas. Teniendo en cuenta que tenía a los hombres lobo Rogue justo donde quería, lo menos que podía hacer era asegurarme de que se enviaran refuerzos. Andy y yo no podíamos ayudar a la manada Seth aunque quisiéramos, pero eso no significaba que estuviéramos indefensos.

No iba a quedarme de brazos cruzados y dejar que el Rhea los aniquilara.

No si podía evitarlo.

Me puse de pie y crucé los brazos sobre el pecho. —¿Y bien? ¿Qué me dices?

El hombre rubio miró a los otros dos hombres lobo y se cruzó un rápido mensaje. Luego se levantó y extendió la mano. —Trato hecho.

Capítulo 24

Alyssa

Andy entrelazó sus dedos con los míos, sus ojos recorrieron mi rostro. —¿Esos lobos van a ayudar a papá?

Me aclaré la garganta. —Dijeron que lo harían.

Aunque no tenía forma de saber con seguridad si iban a cumplir su parte del trato, había hecho todo lo posible para asegurarme de que lo hicieran. Incluyendo amenazas explícitas sobre lo que pasaría si no cooperaban. Durante todo el intercambio, los hombres lobo que me perseguían permanecieron callados, permitiéndome dirigir las negociaciones. Cuando terminé, el lobo pelirrojo que lideraba la manada amiga asintió en mi dirección y se marchó.

No pasó mucho tiempo antes de que los hombres lobo Rogue se unieran a ellos, dejándome ver cómo se marchaban todos juntos. Una vez que estuvieron lo suficientemente lejos, me llevé una mano a la cara y miré a lo lejos. Quería ignorar el destierro de Scott y unirme a ellos, sabiendo que la manada de Seth necesitaba toda la ayuda posible. Sin embargo, sabía que no serviría de nada aparecer de nuevo.

En todo caso, iba a menospreciar la posición de Scott como líder poderoso y respetado. Ya podía imaginarme los rumores que correrían si volvía. Dado que la manada de Seth ya se encontraba en una posición comprometida, no necesitaba que perdieran su fe en Scott además de todo lo demás. Necesitaba todo el autocontrol que tenía para quedarme allí y dejar que los hombres lobo volvieran a Seth y desaparecieran.

En cuanto desaparecieron, exhalé y contuve el malestar que me invadía el estómago. Intenté imaginarme una y otra vez cómo reaccionaría Scott a su llegada y al saber que yo los había enviado, pero no podía. En su lugar, me detuve para limpiar mi mano libre en la parte posterior de mis pantalones vaqueros. Andy se sumió en el silencio mientras caminábamos por el desierto, cada paso parecía más duro que el anterior. A mitad de camino, vi una figura que entraba y salía

de foco.

Cuando nos acercamos, Dora se materializó, con la ropa arrugada y una expresión frenética en la cara. Agitaba las manos de arriba abajo y nos miraba directamente. Mi corazón saltó a mi garganta mientras me agachaba para recoger a Andy y lo sostenía hacia mí. Caminé tan rápido como mis piernas podían llevarme. Para cuando llegamos a Dora, ella estaba caminando impaciente y secándose el sudor de la cara.

—Es bueno que por fin hayas vuelto. Oímos rumores, pero no estábamos seguros.

Con un gruñido, puse a Andy de pie y se lanzó contra Dora. Ella se enderezó en el último segundo y parpadeó hacia él. —Te he echado de menos, amiguito.

—Yo también te he echado de menos.

Tragué más allá de la sequedad de mi garganta. —¿Qué ha pasado? La manada Rhea afirma que estás aliada con ellos. Por favor, dime que no les estás ayudando a destruir a la manada Seth.

La expresión de Dora se tornó dolorida. —Estuviste fuera mucho tiempo. Rick se estaba volviendo loco. Fue a ver al alfa de la manada y a los ancianos y los convenció de que debíamos unir fuerzas con los Rhea.

Aspiré con fuerza. —¿Por qué haría eso?

No era propio de él tomar una decisión tan precipitada, sobre todo si implicaba poner en peligro la vida de otras personas.

—Pensó que era la única forma de ayudarte —respondió Dora con una mueca—. Pensé que los Rhea sólo iban a intimidar a la manada Seth hasta que se rindieran. No tenía ni idea de que fuera a llegar tan lejos.

Me pasé una mano por la cara. —Dora, los Rhea están masacrando a la manada Seth. Tienen que parar.

Dora tragó saliva. —Rick quería ayudarte a que te quitaran la marca. Estaba convencido de que, si los Rhea arrinconaban a la manada Seth, Scott aceptaría los términos, incluyendo que te quitaran la marca.

Todavía me costaba hacerme a la idea.

Pero yo sabía por qué Rick había hecho esto.

Para él, era la única manera de garantizar un futuro para los dos.

Una que no involucrara la marca de Scott y la atracción que ejercía sobre mí.

—Intenté todo lo que pude —murmuré, con los ojos desorbitados—. Scott no quiso quitarme la marca, no importa cuántas veces se lo pedí. No hay nada más que hacer.

Dora se irguió más y se aclaró la garganta. —Alyssa, la única forma de quitar la marca es que maten a Scott.

Di un paso atrás insegura. —¿Qué? No, no puede ser.

Dora asintió. —Es verdad. Lo lamento. Por eso he estado patrullando las fronteras durante los últimos días. En cuanto supe cuál era el plan, supe que tenía que decírtelo.

Miré fijamente a Dora y di vueltas a sus palabras en mi cabeza.

¿Por qué Rick recurriría a tales extremos?

Quería eliminar la marca tanto como él, pero no quería mancharme las manos con la sangre de Scott para hacerlo. Aunque no estuviéramos de acuerdo, la manada Seth necesitaba a su alfa y yo no tenía derecho a tomar cartas en el asunto para mi propio beneficio egoísta.

Tampoco Rick.

—Tienes que llevarme a ver al líder de Dunda —dije con voz seria—. Necesito convencerles de que tienen que retirarse de la alianza. Nunca debieron pactar con los Rhea.

Andy se revolvió y se apartó de Dora.

Nos miró a los dos y asintió. Luego giró sobre sus talones y nos condujo lejos, más allá del oasis en el borde de la frontera y por la calle serpenteante que conducía a través de las montañas del asentamiento de Dunda. En nuestro camino, pasamos por delante de varias casas y tiendas, y varios hombres lobo salieron a mirarnos boquiabiertos.

Todos nos miraban abiertamente a Andy y a mí mientras caminábamos por las calles.

A estas alturas, la mayoría de ellos probablemente sabían de la alianza entre Rhea y Dunda, y

muchos de ellos probablemente sospechaban de mi implicación. Teniendo en cuenta las circunstancias en las que había llegado a Dunda, sabía que la alianza no tenía mala intención. Al contrario, Rick había intentado ayudarme de la única forma que conocía.

Por eso tenía que detenerlo antes de que fuera demasiado tarde.

La manada Seth no merecía ser un daño colateral en la lucha por el poder y el control.

En silencio, Dora siguió guiándome por el camino de una sola dirección hasta que las casas pequeñas dieron paso a edificios más grandes. Al final del camino se alzaba una gran casa de color marrón, con escaleras de mármol que conducían a la puerta principal y dos pilares a cada lado. En silencio, Dora empezó a subir las escaleras y yo me apresuré a seguirla.

El miedo y la incertidumbre se arremolinaban en mi interior.

¿Aceptaría el líder de Dunda reunirse conmigo?

Como sólo lo había visto unas pocas veces a lo largo de estos años, dudaba que recordara quién era yo, y mucho menos por qué era importante que me viera. Dora se detuvo ante la puerta doble y levantó la mano. Llamó varias veces, el sonido resonó hasta nosotros, y esperó. La puerta se abrió con un chirrido y un rostro curtido apareció en el umbral. Dora se inclinó hacia delante y le susurró algo al oído. Un momento después, las puertas se abrieron de un empujón, revelando un pasillo poco iluminado y altos techos arqueados.

Dora me hizo un gesto y volví a coger la mano de Andy. Nos pusimos a su lado, con nuestras pisadas resonando en el largo pasillo vacío. Al final del mismo, el hombre envejecido se detuvo y empujó otra puerta. Dentro había varios ancianos reunidos en torno a una larga mesa circular. Sus voces se alzaban discutiendo mientras hablaban por encima de los demás, una tensión densa y pesada se apoderaba de ellos.

Todos dirigieron sus miradas hacia mí.

Lentamente, uno de ellos, un hombre alto y ancho de hombros, con líneas tensas alrededor de la cara y el pelo ralo, me miró directamente. —¿Quién eres tú? ¿Por qué estás aquí?

Me aclaré la garganta y solté la mano de Andy. —Mi nombre es Alyssa Forster. Hace años, nos ofreciste a mi hijo y a mí refugio y un lugar seguro donde quedarnos.

Un murmullo de confusión recorrió la multitud.

Las puertas se cerraron de golpe detrás de nosotros, el sonido reverberó dentro de mi cabeza. — Soy la razón por la que Rick te convenció de unir fuerzas con Rhea. Quería ayudarme.

El alfa de Dunda estudió mi cara. —¿Y por qué haría eso?

—Porque él y yo queríamos estar juntos, pero estoy marcada por otro hombre lobo.

Otro murmullo se elevó entre la multitud, y varios de los hombres lobo presentes se miraron entre sí. Andy se arrimó a mi lado y se negó a mirarlos.

—El alfa de la manada Seth es mi compañero —añadí con voz entrecortada—. Volví para pedirle que me quitara la marca, pero he fracasado.

De repente, Rick se materializó, apareciendo al fondo de la habitación. Se apresuró hacia mí y me atrajo hacia él. Aspiré su aroma familiar, una mezcla de sándalo y salvia, y se me deshicieron algunos nudos del estómago. Cuando se apartó para mirarme, le dediqué una pequeña sonrisa. Se agachó frente a Andy y le acarició la cabeza antes de dedicarle una sonrisa tensa. Cuando volvió a ponerse de pie, su expresión cambió y se tornó confusa.

—¿Qué haces aquí?

—No deberías haber recurrido a los ancianos, Rick —susurré, mirando por encima de sus hombros—. Los Rhea son una manada viciosa y violenta.

Rick puso una mano en mi brazo y apretó. —Hice lo que había que hacer para ayudar a protegerte.

Sacudí la cabeza y pasé a su lado. —Sé por qué te aliaste con los Rhea, pero la alianza debe terminar antes de que las cosas empeoren. La manada Rhea quiere apoderarse del territorio de la manada Seth, y se anexionarán todo el territorio usando brujería.

Un grito recorrió la habitación.

—He visto el poder y la fuerza que tienen. Tienen una ventaja injusta gracias a las brujas de su manada —continué, dirigiéndome al resto de la sala—. Sé que esto es duro de oír, pero ya están hablando de tener híbridos de hombre lobo y bruja. Imaginaos lo mal que irían las cosas si se salieran con la suya.

El alfa de Dunda salió de detrás de la mesa y me miró fijamente. —Nos has dado mucho en qué

pensar.

—Una vez que anexionen el territorio de la manada Seth, se desharán de Scott. Encontrarán una manera de hacer de él un ejemplo, para que nadie más piense en rebelarse.

Rick se puso a mi lado y me cogió la mano. —Dice la verdad. Ha estado allí las últimas semanas. Lo habrá visto todo.

—Los Rhea son nuestros aliados —respondió el alfa, con una arruga en el entrecejo—. No se volverán contra nosotros.

—¿Qué les impedirá volverse contra ti una vez que hayan derrotado a Seth? Cuando nada más se interponga en su camino, pondrán sus miras en ti, y lo sabes.

Rick se inclinó para susurrarme al oído. —¿Estás segura de esto? Es una acusación muy seria.

—Los Rhea están ávidos de poder y son impredecibles —respondí sin mirarle—. Es el siguiente paso lógico para ellos.

Fijé mi mirada en el alfa y carraspeé. —Hay que detener a los Rhea y poner fin a esta guerra antes de que sea demasiado tarde.

Capítulo 25

Scott

—Necesitamos tener lobos apostados en las fronteras —instruí, haciendo una pausa para echar un vistazo al mapa—. También tendremos que dejar un pequeño grupo de hombres lobo para proteger a los que no puedan luchar.

A mi lado, Bobby asintió y echó un vistazo al mapa. —La última vez, algunas de sus fuerzas lograron colarse por el paso de las montañas. No deberían haber podido.

—Brujería —murmuré, pasándome una mano por la cara—. ¿Han podido nuestros espías determinar dónde están las brujas?

Bobby negó con la cabeza. —No se unen a la lucha real. Por lo que sabemos, las brujas están en las afueras de las fronteras de Seth, y son capaces de trabajar su magia desde allí.

—Son demasiado poderosas—murmuré, sobre todo para mí mismo—. Tenemos que acabar con ellas si queremos tener alguna posibilidad de derrotar a Rhea

Pero no podía pensar más allá del rugido en mis oídos.

Y no podía quitarme la sensación de que estábamos sobrepasados.

Muchos de nuestros hombres lobo seguían recuperándose y aún no estaban a pleno rendimiento. Teniendo en cuenta que los hombres lobo de Rhea estaban impregnados de magia, no era de extrañar que tardaran en recuperarse. Yo mismo aún no estaba al cien por cien, y el proceso de curación tardaba mucho más de lo que debería.

Lo odiaba.

No ser capaz de liderar la manada Seth era una cosa.

Estar al mando mientras todos éramos masacrados o esclavizados era peor.

¿Había tenido razón Martin sobre mí?

¿No era apto para liderar la manada Seth?

Aunque había ascendido en circunstancias trágicas, nunca me habían dado motivos para dudar de mí mismo, sobre todo cuando me entrenaron para convertirme en el próximo alfa. Por desgracia, nada en el mundo podría haberme preparado para una manada violenta y sedienta de poder, ayudada por brujas y otra poderosa manada de lobos.

Los Seth estaban a las puertas de la muerte, y no podía evitar culparme a mí mismo.

Porque sabía que no podía hacer nada más que llevar a mi manada a la última batalla e intentar caer en un resplandor de gloria. Con un leve movimiento de cabeza, di algunas instrucciones más y me giré para mirar a los hombres lobo reunidos en mi estudio, todos ellos con armaduras y expresiones sombrías. Salieron en fila y corrieron a preparar al resto de los soldados.

Bobby se quedó a mi lado mientras me preparaba para la batalla.

Antes de salir, cerré los ojos y recé una rápida plegaria. Luego, salí y me transformé a mi forma de lobo. Bobby me echó una mirada rápida y cambió a su propia forma. Juntos, bajamos las escaleras y corrimos hacia los límites de Seth, donde ya se estaba reuniendo una fuerza de hombres lobo de Rhea y Dunda.

Su coalición era mucho más poderosa de lo que quería admitir.

Solté un aullido y algunos de mis hombres lobo respondieron.

Entonces, una fila de hombres lobo enemigos se formó frente a nosotros. Miré por encima de mis hombros y vi que mi manada hacía lo mismo, nuestros números eran escasos y estaban desigualmente espaciados. La desesperación y la impotencia amenazaron con apoderarse de mí. Retrocedí, bajé la cabeza y gruñí. Otro grupo de hombres lobo apareció, irrumpiendo entre los árboles y dirigiéndose directamente hacia nosotros, liderado por el grupo que envié para proteger a Alyssa. Con el ceño fruncido, vi que al menos veinte hombres lobo Rogue unían sus fuerzas a las nuestras, haciendo que algunos de los nudos de mi estómago se desenredaran.

Sin previo aviso, nos lanzamos a la persecución, moviéndonos con rapidez por la espesura mientras íbamos tras los Rhea. Nuestras fuerzas chocaron con un ruido ensordecedor que retumbó en mi cabeza. Me abalancé sobre el hombre lobo más cercano y lo inmovilicé contra el

suelo. Tras un rápido mordisco en el cuello, el hombre lobo cayó. Una niebla espesa y pesada se apoderó de mí, la sed de sangre bombeaba sin cesar por mis venas.

El fragor de la batalla se apoderó de mí y me dejé llevar por mis instintos.

Ataqué a un hombre lobo y luego al siguiente, sometiéndolos con rapidez. Bobby permanecía cerca, eliminando a sus propios hombres lobo con facilidad y precisión. Me manché los labios y el hocico de sangre al atravesar sus filas y tocar el suelo con la nariz. Cuando percibí un olor familiar, lo seguí hasta una cueva alejada de la batalla. Incapaz de apartarme, me adentré en la oscura y húmeda cueva, con la batalla aun librándose a mis espaldas.

En el interior, adopté mi forma humana y avancé con las orejas aguzadas. Seguí el rastro cada vez más adentro hasta que la cueva se abrió en un pequeño claro con una jaula de metal en el centro. Helah se paseaba de un extremo a otro de la jaula con cara de dolor.

—Tenía la sensación de que ibas a ser tú quien me encontrara.

—Se acabó, Helah.

Helah se giró hacia mí y me enseñó los dientes. —Esto no ha terminado. El Rhea va a hacer que desees nunca haberte cruzado con ellos. Acéptalo, Scott. No te queda nada. Tu manada va a ser derrotada, y tu compañera te abandonó.

—En realidad, debería darte las gracias por ayudarnos.

Helah arqueó las cejas. —¿De qué estás hablando?

—¿De verdad creías que Alyssa y yo íbamos a dejar que te interpusieras entre nosotros? ¿Realmente pensaste que iba a poner en peligro la vida de Andy? Lo preparamos para que vieras la pelea e informaras al Rhea.

Helah retrocedió a trompicones y su rostro sucio perdió parte de su color. —Estás mintiendo.

—¿Por qué iba a hacerlo? Tú eres la que está en una jaula.

—Por mi propia protección —espetó Helah, con expresión desesperada—. Estoy aquí, así que no puedes hacerme daño.

Cubrí la distancia que nos separaba y me agarré a los barrotes metálicos. —Estás ahí porque

nadie confía en ti. ¿Cómo puede el Rhea confiar en alguien que traicionó a su propia manada?

—No sabes nada.

Retiré los labios y le enseñé los dientes. —Sé lo suficiente. Sé que no podías esperar a salir de aquí para darle la noticia a Rhea. Ni siquiera pasó una noche entera en tu celda antes de que te escabulleras.

Helah se abalanzó sobre los barrotes, con la boca llena de saliva. —Sé lo que vi. Vuestra pelea no fue un montaje. Las preocupaciones de Alyssa eran reales. Vi la expresión de su cara.

Me encogí de hombros y solté los barrotes metálicos. —Somos así de buenos.

Helah resopló y dio un paso atrás. —Sí, no lo creo.

—Realmente no me importa lo que pienses. Te estoy diciendo la verdad.

O al menos una parte, pero Helah no necesitaba saber que no todo era una actuación. Alyssa y yo habíamos hablado brevemente de la posibilidad de tenderle una trampa a Helah, pero yo no había entrado en muchos detalles. Sabiendo que su reacción debía ser lo más auténtica posible para vender la historia, me había guardado para mí la mayor parte del plan.

La reacción de Alyssa fue genuina, y su sorpresa por lo lejos que la llevé también fue real.

Helah empezó a caminar de nuevo. —¿Por qué has hecho eso? ¿Por qué me tendiste una trampa? ¿Tienes idea de lo que me harán los Rhea si se enteran?

—Deberías haber pensado en eso antes de traicionar a tu manada. Cavaste tu propia tumba, Helah.

Habiendo dicho eso, giré sobre mis talones y me fui. A pocos metros de la jaula, oí un desplome y me volví. Helah estaba en el suelo, retorciéndose y dando espasmos mientras se le formaba saliva en la boca. Todo su cuerpo se contorsionaba y emitía aullidos graves.

Intenté obligarme a irme, pero no pude.

Traidora o no, Helah seguía siendo miembro de mi manada y podía sentir su dolor. Con el ceño fruncido, me apresuré a volver a la jaula y conseguí abrir los barrotes de metal. En cuanto lo hice, me arrodillé y coloqué a Helah de lado. Se quedó completamente inmóvil y le puse dos

dedos en el cuello.

Cuando no pude sentir nada, incliné la cabeza y guardé silencio.

Entonces Helah entró en acción y sacó mi daga del cinturón. Dio un manotazo, con una expresión maniaca en el rostro, mientras yo bailaba fuera de su alcance. —No voy a morir así. Después de todo lo que me has hecho, mereces pagar.

Salté hacia atrás, evitando por poco el frío acero. —No te he hecho nada, Helah. Te lo has hecho tú sola.

Helah gruñó y se abalanzó sobre mí.

Le quité el cuchillo de las manos de una patada y rodamos por el suelo. Chasqueó y gruñó, intentando morderme el cuello, pero levanté los brazos y la empujé hacia atrás, haciéndola derrapar sobre el suelo frío y húmedo. Luego, se puso en pie de un salto, con una expresión salvaje y desquiciada. Me transformé en lobo y le gruñí.

Helah y yo chocamos en el aire, el sonido reverberó dentro de mi cabeza.

Siguió golpeándome con las garras, tratando de recuperar la ventaja. Cuando caímos al suelo, la arrojé fuera de mí. Su cuerpo se estrelló contra el pozo más cercano con un crujido repugnante. Emitió un quejido y avanzó de nuevo hacia mí, con un extraño brillo en los ojos.

Volví a mi forma humana y levanté los brazos a ambos lados. —No quiero pelear contigo, Helah. Así no es como se supone que debe ser tu historia. Aún puedes hacerte una vida, incluso en el exilio.

Helah no dijo nada y arremetió de nuevo.

Utilizando toda la fuerza de la que disponía, la empujé y salí despedido hacia atrás. Saboreé la sangre en la punta de la lengua y la escupí. El pelaje de Helah estaba cubierto de suciedad, mugre y sangre seca. Por el rabillo del ojo, vi un destello y me quedé paralizado. Helah y yo nos lanzamos a por el cuchillo al mismo tiempo y apenas conseguí apartarlo de una patada.

Con un gruñido, Helah volvió a lanzarse a por el cuchillo y yo la sujeté por la cabeza, mientras el sudor me caía a chorros por la espalda. Cuando conseguí dominarla, trepé por su espalda y cogí el cuchillo del suelo. Volví a girar para mirarla y Helah se lanzó sobre mí nuevamente, con la boca en forma de O. Su cuerpo se aflojó contra el mío al volver a su forma humana.

Miré hacia abajo, vi la daga que sobresalía de su estómago y exhalé. —Lo siento.

Helah tropezó y cayó de espaldas al suelo, manando sangre de su herida. Solté la daga y me quedé junto a ella, observando cómo la luz abandonaba sus ojos. Cuando se quedó totalmente inmóvil y sus ojos se abrieron de par en par sin poder ver, me arrodillé y murmuré una plegaria. Luego me detuve para cerrarle los párpados y cubrirla con mi chaqueta.

Cuando Bobby me encontró, yo estaba aún de pie junto a ella, con su sangre manchándome las manos y un débil zumbido en los oídos. —¿Estás bien?

Levanté la vista hacia el rostro sucio y asentí. —No es mi sangre.

Bobby miró el cuerpo de Helah y volvió a mirarme a la cara. —Lo siento.

Me aclaré la garganta. —¿Qué está pasando? ¿Hemos sido capaces de hacer retroceder a Rhea?

La expresión de Bobby se tornó dolorida. —Me temo que no. Cada vez llegan más hombres lobo y están formando un contraataque.

—¿Qué pasa con los hombres lobo que teníamos en el paso de montaña?

Bobby negó con la cabeza. —Rodeados. Nos están cortando el paso por todos los frentes. No sé cuánto tiempo más vamos a ser capaces de mantenerlos a raya.

Tragué más allá de la bilis en mi garganta. —Tanto como podamos.

En la boca de la cueva, nos detuvimos e intercambiamos una rápida mirada. Bobby cambió primero a forma de lobo y aulló al cielo. Esperé unos instantes antes de hacer lo mismo y alcanzarle con facilidad.

Bobby corrió rápidamente para ser un hombre lobo que sabía que tenía el tiempo contado.

Ambos sabíamos que corríamos hacia nuestra última parada, y sólo un milagro iba a salvarnos.

En los que ya no estaba seguro de creer.

Capítulo 26

Alyssa

—¿Normalmente tardan tanto en deliberar?

Rick se levantó y se pasó una mano por el pelo. —Tardan más a veces.

—La manada Seth no tiene tanto tiempo —murmuré antes de volver a pasearme por el pasillo enmoquetado. Dora estaba sentada en un banco al otro lado del pasillo, Andy estaba arrimado a su lado, y los dos jugaban juntos. De vez en cuando, me miraba, y vi la preocupación escrita en sus ojos.

Estaba segura de que la había escrito yo.

Odiaba no poder unirme a la lucha.

En cambio, yo estaba muy lejos mientras la manada Seth era masacrada, y lo único que podía hacer era sentarme y esperar a que un grupo de ancianos decidiera hacer lo correcto. Era lo más frustrante que había vivido nunca, y Rick me impidió varias veces que volviera a irrumpir en la sala. Al final, fue su insistencia en que interrumpir solo empeoraría las cosas lo que hizo que me mantuviera alejada.

O intentarlo.

—No es un alfa apto, Alyssa —me recordó Rick tras una larga pausa—. Sé que crees que vale la pena salvarlo, pero a la manada Seth no le ha ido bien bajo su liderazgo.

—Eso no significa que merezca morir.

Rick exhaló un suspiro. —En el mundo de los hombres lobo, es matar o morir. Ese tipo de indulgencia lo convierte en un alfa débil. La manada Seth estaría mejor sin él.

Me detuve y me giré para mirarle. —¿Cómo puedes decir eso? Estás hablando de la vida de

alguien.

—Así funcionan las cosas, Alyssa. Lo siento, pero tú y yo sabemos que es verdad.

—Las cosas no tienen que ser así —murmuré por encima de los latidos de mi corazón—. Pensé que eras mejor que eso.

Antes de que Rick pudiera responder, alguien llegó volando por el pasillo y se dirigió hacia él. Susurró algo al oído de Rick antes de empujar las puertas dobles y meterse dentro. Antes de que la puerta se cerrara, vi brevemente a los ancianos formando un círculo.

—¿Qué ha sido eso?

Rick se aclaró la garganta. —Capturaron a Scott.

—Tienes que hacer algo. Tienes que detenerlos.

Rick frunció las cejas. —No estoy seguro de poder, Alyssa. Es demasiado tarde. Pero no es demasiado tarde para ti.

—¿Qué quieres decir?

—Nuestro trato con el Rhea sigue en pie. Podría colarte de nuevo y hacer que obliguen a Scott a quitarte la marca. Tomará algo de planificación cuidadosa, pero...

Di un paso atrás involuntario y tragué saliva para contener las náuseas que me revolvían el estómago. —Estás bromeando, ¿verdad? Si me conocieras, sabrías que nunca aceptaría eso. Si vas a ayudarme, entonces tienes que sacar a Scott a escondidas.

—No puedo hacer eso.

—Puedes —susurré, mis ojos recorrieron su rostro—. Tienes que hacerlo.

Rick negó con la cabeza. —Esta podría ser la única oportunidad que tienes de librarte de él y de que tengamos un futuro juntos. ¿No quieres eso?

Hice una mueca de dolor y bajé la cabeza. —No, no quiero.

Rick aspiró con fuerza. —¿Qué?

Me obligué a mirarle, a ver las líneas familiares de su rostro. —Lo siento, Rick. Fui allí para pedirle a Scott que me quitara la marca, pero como no quiso, me quedé. Y me di cuenta de que la razón por la que no he podido volver es porque estoy enamorada de Scott.

La expresión de Rick decayó. —Pensé que me amabas.

—Me importas —susurré—. Me importas mucho, pero Scott es mi compañero. Puede que no me quiera, pero ya no puedo mentirme a mí misma. Estar cerca de él me recordó todos los sentimientos que tengo por él, los que he pasado los últimos años tratando de rechazar.

Rick se pasó una mano por el pelo. —¿Así que has vuelto para romperme el corazón? Eso es cruel. No sabía que lo llevabas dentro.

—¿Preferirías que te mintiera?

Porque no podría.

En el fondo, sabía la verdad, y lo sabía desde hacía tiempo. Me había llevado un tiempo aceptarlo, pero eso no cambiaba los hechos. Ser rechazada por Scott y alejada dos veces no había cambiado nada. Estar con él de nuevo sólo había solidificado el vínculo de apareamiento entre nosotros y me había dejado irrevocablemente atada a él.

Y no parecía importarme mucho que no me correspondiera.

Tuve que hacer las paces con el hecho de que yo sólo iba a ser una opción impuesta a Scott, una compañera que él nunca habría elegido. Una parte de mí se afligió al darse cuenta de ello, pero la otra se armó de valor y decidió sacar el máximo provecho.

La expresión cabizbaja de Rick se mantuvo. —No lo sé, Alyssa. No me esperaba esto exactamente.

Sin previo aviso, se dio la vuelta y regresó a la sala. Cuando volvió a salir, los ancianos lo siguieron, formando una sola fila. El alfa se adelantó, con una expresión extraña en el rostro, y nos miró a los dos. Rick cruzó los brazos sobre el pecho y apartó la mirada.

—Rick ha venido a nosotros con una propuesta. Te ha retado a una competición de escalada y boxeo.

—No tenemos tiempo para esto. La manada Seth necesita nuestra ayuda.

—Si derrotas a Rick, aceptaremos tu petición de terminar la alianza, y ayudaremos a la manada Seth.

—Incluso me haré a un lado para permitirte estar con Scott —añadió Rick en voz más baja—. Es un buen trato, y lo sabes.

Miré a Dora, que se levantó y llevó a Andy a donde yo estaba. Mis ojos recorrieron a los ancianos mientras Andy deslizaba su mano en la mía. —¿Y si pierdo?

—Nuestra alianza con el Rhea se mantiene, y Scott será asesinado, eliminando así tu marca.

—No lo hagas, Alyssa —susurró Dora desde detrás de mí—. Eres buena, pero tú y yo sabemos que Rick es mejor. Él es quien te entrenó.

Crucé el cuello por encima de los hombros y la miré. —No tengo otra opción. ¿De qué otra forma voy a ayudar a la manada Seth?

Como el rumoreado favorito para convertirse en el próximo alfa, sabía que Rick tenía mucha influencia sobre los ancianos y el resto de la manada. Teniendo en cuenta su generosa oferta, sabía que era la forma más rápida y ágil de asegurarme su cooperación. Sin embargo, tampoco podía deshacerme del temor que se apoderó de mí al darme cuenta de lo que estaba en juego.

El destino de la manada Seth recaía directamente sobre mis hombros.

Y mi habilidad para vencer a Rick en su propio juego.

Cuando asentí con la cabeza, nos llevaron a todos fuera, al sol humeante de la tarde. Rick se detuvo al pie de las montañas y me miró. —No es demasiado tarde para echarse atrás.

Separé las piernas a la altura de las caderas y no lo miré. —No es demasiado tarde para hacer lo correcto.

Rick no dijo nada mientras comenzaba a escalar la ladera de la montaña. Un momento más tarde, después de dar a Andy un abrazo rápido, me uní a él, alcanzándolo fácilmente. Rick había estado haciendo esto toda su vida, pero yo había estudiado su técnica, y yo sabía que él prefería en gran medida su lado derecho. Usando mi velocidad y fuerza, engañé a Rick para perder el equilibrio, por lo que aterrizó de nuevo en el suelo.

Cuando volví a bajar, Rick ya estaba de pie, con una expresión resuelta en el rostro. Un grupo de

hombres lobo estaba junto a Dora y Andy, animándome. Los ancianos y algunos otros hombres lobo estaban detrás de Rick, coreando su nombre. Rick se colocó en el centro del círculo y levantó los brazos a ambos lados. Los cerró en puños y me hizo señas para que me acercara.

Desenterré una imagen de la sonrisa de Scott y me enfrenté a Rick.

Rick golpeó primero, dándome un puñetazo en el centro del estómago. Me dejó sin aliento y me hizo perder el equilibrio. Cuando me recuperé, esquivé otro puñetazo, acertando de lleno en la mandíbula de Rick. Frunció el ceño y escupió al suelo. Luego dio una patada con el pie, haciéndome saltar de nuevo en el aire. Cuando me giré y le rodeé, mi pierna impactó con su estómago.

Para mi sorpresa, salió despedido hacia atrás y aterrizó de culo en el suelo. Un momento después, estaba de nuevo en pie y me rodeaba, sin que su expresión le delatara. Se abalanzó de nuevo y yo amagué con girar a la derecha, observando cómo lanzaba puñetazos al aire. Con un gruñido, le asesté un puñetazo en las costillas que le hizo caer de rodillas con un leve silbido de dolor.

Entonces, Rick levantó su mirada hasta la mía y me ofreció una sonrisa sangrienta. —Eres mejor de lo que recordaba.

—Me enseñó el mejor. —Le tendí la mano y bajé la voz—. Esto puede parar ahora mismo. Sabes que hay una forma mejor de hacer esto.

Rick me apartó la mano y se levantó, levantando tierra y grava al hacerlo. —Es demasiado tarde para eso.

Los dos seguimos dándonos vueltas, manoteando y pateando hasta que ambos quedamos cubiertos de sudor. Mi corazón latía con fuerza en mis venas y en mis oídos. Una y otra vez, me imaginaba a Scott de rodillas, demasiado orgulloso como para suplicar por su vida. Cuando parpadeé, vi a algunos de los otros miembros de la manada Seth, con la barbilla levantada y enfrentándose a la muerte de frente.

Tenía que derrotar a Rick.

Entonces, Andy me llamó y giré la cabeza en su dirección. Lo vi aferrado a la mano de Dora, con la mirada resuelta, y eso hizo que una oleada de energía me recorriera por dentro. Giré sobre mí misma y avancé hacia Rick, asestándole un puñetazo tras otro hasta que cayó de rodillas.

Levantó los brazos, tratando de desviar mis golpes. Cuando me detuve, Rick ya llevaba un rato de rodillas y el público había enmudecido.

La sangre manchaba el suelo bajo nuestros pies.

Rick retiró las manos y se incorporó con cautela. Se balanceó un poco antes de enderezar la espalda. Luego se aclaró la garganta y miró a los ancianos. —Un trato es un trato. Ella ha ganado.

El alfa dio un paso al frente, sus ojos barrieron a los lobos reunidos. —Nuestra alianza con Rhea ha llegado a su fin. Envía una orden a los soldados Dunda que luchan en el frente para que se detengan.

Mis hombros se hundieron, y le di a Rick una sonrisa de agradecimiento. —Gracias.

Rick exhaló. —Espero que te des cuenta de lo que estás haciendo porque acabas de asegurarte de que quede fuera de mi carrera como alfa.

—Estoy segura de que encontrarás la manera de volver a la cima.

—Te tomo la palabra. Dame una hora y podremos irnos.

—¿Irnos?

—Sé que vas a volver con Seth para ayudarles a luchar. Voy a ir contigo.

—Yo también —añadió Dora, dando un paso adelante con Andy—. Queremos ayudar.

—Una vez que nuestras heridas estén curadas, entonces —dije, haciendo una pausa para mirar entre los dos—. ¿Estás seguro de esto?

Dora fue a colocarse junto a Rick y asintió. —Estamos seguros.

Capítulo 27

Scott

Me puse una mano sobre la herida del estómago y apoyé la espalda en el tronco. A mi lado, Bobby hizo lo mismo, y sus jadeos resonaron en mi cabeza. A lo lejos, la batalla continuaba, y muchos de mis hombres lobo se negaban a retroceder, incluso ante la derrota.

No íbamos a ganar.

La comprensión se asentó a mi alrededor como una niebla espesa y pesada, y me dolía pensar a través de ese dolor. Desde que un hombre lobo blanco y negro se abalanzó sobre mí, apuntando a la vista de mi vieja herida, no había sido capaz de pensar con claridad. Una parte de mí se preguntaba si se debía a que los hombres lobo enemigos estaban impregnados de magia. La otra parte de mí reconoció que estaba entrando en estado de shock.

Darme cuenta de que estaba librando una batalla perdida me pesaba mucho.

Y no sabía cuánto tiempo más podría mantener las apariencias, luchando contra el flujo constante de ataques a manos de los Rhea. Ya se habían extendido por todos los rincones de Seth, repartiéndose, de modo que estaban en todas las calles y apostados frente a todas las casas.

No había una sola parte de Seth que no hubieran infectado.

Todos los gritos de mi manada eran fuertes y exigentes en mi cabeza.

Los ignoré a todos, miré la herida roja y furiosa y fruncí el ceño. —¿Informe de situación?

Bobby hizo una pausa e inclinó la cabeza hacia un lado. —Los hombres lobo del paso de montaña han sido capturados. Rhea se está desplegando y apostando guardias por toda la ciudad.

—Tenemos que asegurarnos de hacerlos retroceder —dije apretando los dientes—. Si mantienen su control sobre la ciudad, estamos muertos.

Bobby volvió su mirada a la mía y asintió lentamente. —Los hombres lobo de la reserva se están uniendo a la batalla.

Utilizando el hecho de que todos estábamos conectados a través de un vínculo psíquico, Bobby era capaz de mantener el control sobre la batalla. Yo, por mi parte, me concentré en respirar e intentar idear un plan de acción. Teniendo en cuenta que no estaba en condiciones de luchar, me senté en el suelo y escuché los sonidos del bosque que me rodeaba.

Una inquietante quietud se había instalado a nuestro alrededor.

Una bandada de pájaros alzó el vuelo y se dirigió directamente hacia la media luna que colgaba del cielo. Eché la cabeza hacia atrás, los miré y luché contra la oleada de náuseas que me invadía. Hasta la última parte de mí me dolía, y trabajaba el doble para curar la herida. Por desgracia, la magia de los hombres lobo me impedía luchar.

Primero tenía que salir de mi sistema.

Los Rhea no tenían honor y, por enésima vez aquel día, pensé en mi manada y en lo que les pasaría si perdían. Aunque ya sabía que mi destino estaba sellado, ya que no iban a dejar vivir al alfa, no sin provocar más problemas y consecuencias, esperaba que el Rhea tuviera la suficiente piedad y previsión para perdonar a algunos de mi manada.

Siseé y me senté más erguido. —Tienes que ir a ayudarles. Te necesitan en el campo de batalla.

—Tú también me necesitas —respondió Bobby sin mirarme. Su rostro estaba medio oculto por las sombras—. Soy tu beta.

Entonces, me levanté del suelo del bosque y apreté los labios. —Y me curaré. Esos hombres lobo necesitan toda la ayuda posible.

Bobby se levantó y me pasó el brazo por encima de los hombros. —Vamos entonces.

Juntos, arrastramos los pies por el bosque, cada paso era más duro que el anterior. Cuando llegamos a las afueras del bosque, estaba cubierto de una fina capa de sudor y respiraba con dificultad. Retiré el brazo, me puse más erguido y escudriñé la oscuridad. Entonces los oí a lo lejos, cobrando impulso y dirigiéndose directamente hacia nosotros. Gruñí y cambié a mi forma de lobo.

Bobby estaba a mi lado, con los pelos de la nuca alerta.

Un grupo de hombres lobo enemigos se materializó, mordisqueando y gruñendo a los hombres lobo que venían detrás. Cuando nos alcanzaron, chocamos, convertidos en una masa de dientes, gruñidos y sangre. De repente, estaba de espaldas en el suelo, mirando a un cielo sin estrellas. Luché contra el lobo, que me inmovilizaba contra el suelo, pero mis fuerzas menguaban. Frente a mí, Bobby también estaba inmovilizado en el suelo, gruñendo todo el tiempo.

Nuestros ojos se encontraron y se sostuvieron, y un escalofrío de miedo recorrió mi espina dorsal.

Otro hombre lobo se unió, y me arrastraron por los pies.

Luego, uno de ellos me arañó el estómago, provocándome un intenso dolor. Apreté los labios y volví a mi forma humana, intentando conservar mi energía. Mis captores me obligaron a ponerme de pie y me hicieron marchar. A mitad de camino, se detuvieron y volvieron a tirarme al suelo.

Las voces se desenfocaban.

No podía distinguir nada delante de mí, salvo unas vagas siluetas en la garganta del otro. Desde la distancia, era difícil saber quién ganaba y quién perdía. Todo lo que sabía era que ahora que me tenían en sus garras, los Rhea no dudarían en llevar esta batalla a una conclusión rápida y sangrienta.

No pasaría mucho tiempo antes de que me utilizaran como ejemplo para poner a mi manada en su sitio. Cuando los hombres lobo se acercaron, los derribé. La adrenalina me mantuvo en pie, luchando incluso mientras mi sangre manchaba el suelo. Jadeé y empujé al lobo más cercano, haciéndole caer de pie.

Me ardió el estómago y me invadió otra oleada de náuseas.

Empujé hacia atrás y pateé a mi otro captor.

Entonces, uno de ellos me dio un puñetazo en el estómago y me doblé, el dolor se apoderó de mí y me obligó a arrodillarme. En un santiamén, me ataron, me aseguraron los brazos a la espalda y una voz furiosa resonó en mis oídos. Por el rabillo del ojo, vi a Bobby agitarse y retorcerse contra sus propias ataduras, con un brillo asesino en los ojos. Me miró y su rostro se llenó de vergüenza y arrepentimiento.

Me acerqué a él a través de nuestro vínculo psíquico y tragué saliva.

Bobby bajó la cabeza, el sudor y la sangre se mezclaban y resbalaban por su cara. A través del vínculo, podía sentir su rabia y frustración, y los últimos vestigios de esperanza, que luchaban por mantenerse con vida. En silencio, los dos nos comunicamos y tendimos la mano al resto de la manada. Cuando nos encontramos con el silencio, los hombros de Bobby se hundieron, y toda la lucha le abandonó.

Me preguntaba si éramos los dos únicos hombres lobo con vida.

¿ Rhea ya habría masacrado a toda mi manada?

¿Era demasiado tarde para nosotros?

Fruncí el ceño y estiré la mano a través del vínculo, desesperado por obtener una respuesta. En el fondo de mi mente, oí un leve susurro que me suplicaba antes de que todo volviera a quedar en silencio. Fruncí el ceño, eché la cabeza hacia atrás y lancé un aullido. Sonó en el aire nocturno e hizo que Bobby levantara la cabeza y me mirara directamente. Nunca había visto a mi beta con ese brillo derrotado en los ojos, y me dolió ver la forma resignada en la que se mantenía.

No es que pudiera culparle.

Si los Rhea habían aniquilado a todos los demás, pronto nos uniríamos a ellos.

En cuanto se me pasó por la cabeza, sentí una agitación a través del vínculo y el corazón me dio un vuelco. Cerré los ojos, me volví hacia dentro y sentí otro parpadeo, cada vez más fuerte. De repente, las voces de los miembros de mi manada volvieron, una tras otra, en rápida sucesión hasta que el alivio me inundó.

No tardé en darme cuenta de por qué no podíamos oírlos.

Las brujas Rhea estaban tratando de romper el vínculo psíquico entre la manada.

Bobby y yo luchamos contra el malestar, contra la pesada sensación que amenazaba con hundirnos. Finalmente, las voces del resto de la manada se oyeron tan claras como una campana, y las lágrimas me quemaron el fondo de los ojos. Poco a poco, comprendí lo que decían, desde los hombres lobo del paso y la ciudad que estaban siendo expulsados hasta los hombres lobo Rogue que se dirigían directamente hacia nosotros.

Cuando nos alcanzaron, aparecieron más hombres lobo enemigos.

Me puse de pie y luché contra mis ataduras. Bobby consiguió liberarse y derribar a sus captores. Luego, corrió hacia mí, me arrancó las ataduras y echamos a correr. En cuanto estuvimos seguros en el otro lado, unidos por los hombres lobo a ambos lados, el núcleo de esperanza en mi estómago se desplegó y creció.

Después de todo, aún teníamos una oportunidad de luchar.

A través del vínculo, me comuniqué con la manada, recordándoles que debían defenderse del enemigo forzando sus espaldas hacia el bosque. Teniendo en cuenta que desconocían el terreno y los peligros que acechaban a los que no eran miembros de la manada Seth, tenía la sensación de que muchos de ellos iban a huir en la noche. Con una sonrisa sombría, volví a mi forma de lobo y gruñí. Varios gruñidos bajos respondieron. Tanto los hombres lobo de la manada Seth como los de la manada Rogue se lanzaron hacia delante y empujaron a Rhea.

Me uní a la carga, usando cada gramo de mi menguante energía para ayudar.

En la linde del bosque, los Rhea formaron una larga fila y se quedaron quietos.

Pateé el suelo y olfateé. A mi derecha, Bobby cambió a su forma humana. Cruzó los brazos sobre el pecho y dejó que su mirada recorriera las líneas enemigas. Me detuve y cambié de forma, sintiendo un pinchazo de dolor en el cuerpo. Apreté los dientes y clavé los ojos en la oscuridad, intentando ver lo mismo que Bobby. Cuando me di cuenta de que los Rhea no contraatacaban, sino que se mantenían firmes, comprendí por qué.

Desde hace unos minutos, ambos bandos estaban igualados.

Estábamos en un punto muerto total y absoluto, y era algo que Rhea no había tenido en cuenta. Di un paso atrás y otro hasta que Bobby y yo volvimos a unir nuestras fuerzas. En silencio, ambos bandos se miraron fijamente, un gran silencio se apoderó del ambiente. Me moví y busqué en las líneas enemigas, encontrando fácilmente a su alfa. Estaba de pie unos metros por delante de todos los demás, y su propia beta, una mujer de pelo oscuro y complexión musculosa, le susurraba al oído.

No tenía ni idea de cómo íbamos a expulsarlos.

—¿Están usando magia?

Bobby se aclaró la garganta y acercó su boca a mi oído. —Probablemente. Ahora estamos en tablas, pero sus brujas no tardarán en debilitarnos.

Me giré para mirar a Bobby y me invadió una extraña sensación de calma. —Entonces tendremos que estar preparados para luchar.

Bobby se irguió más y estiró el cuello por encima de los hombros. —Podemos enviar a algunos de nuestros combatientes de vuelta a la ciudad para reunir a los niños y a todos los demás que no puedan luchar. Pueden llevarlos lejos de aquí. Esto no tiene por qué ser el final.

A través del vínculo, sentí la reticencia de todos.

Nadie quería separarse de su familia y amigos.

Al contrario, todos parecían estar de acuerdo en que, si íbamos a morir, moriríamos como uno solo. Se me apretó el pecho cuando el alfa Rhea levantó la vista y me miró directamente. Incluso desde la distancia, pude percibir su frustración y su enfado conmigo por no haber cedido.

Dado lo lejos que habíamos llegado, no iba a darle esa satisfacción.

Durante un rato, nos quedamos quietos, mirándonos fijamente.

Entonces, vi un destello de movimiento y cuatro figuras emergieron del bosque, jadeantes y cubiertas de sudor. Cuando levantaron la vista y reconocí el olor de Alyssa, el corazón me dio un vuelco. Vi que Andy se aferraba a su lado, y las otras dos figuras la flanqueaban a ambos lados. Ambos bandos se detuvieron y se quedaron mirando mientras las cuatro figuras avanzaban, con la cabeza alta y cada paso lleno de determinación.

En cuanto nos alcanzaron, Alyssa me miró con extrañeza y se volvió hacia el hombre que estaba a su lado. Asintió y se volvió hacia la manada Rhea. Su expresión se transformó y cambió, y no pasó mucho tiempo antes de que varios hombres lobo dieran un paso al frente. Más y más se unieron a nuestras fuerzas, dejando a los Rhea debilitados, con sus números disminuyendo.

—Esos son los hombres lobo de Dunda —susurró Alyssa a mi lado—. Siento haber tardado en conseguir ayuda, pero tuve que convencer a los ancianos.

Ladeé la cabeza en su dirección y me quedé mirándola. —¿Tú hiciste esto?

Alyssa asintió y enderezó la espalda. —Yo también hice un trato con los hombres lobo Rogue.

Sacudí la cabeza. —Tenía la sensación de que eras tú.

Tenía que serlo.

Si no, ¿por qué iba a ayudar una manada que sólo miraba por sí misma?

Alyssa no había desaparecido en la noche, deseosa de dejarnos atrás a mí y al resto de la manada Seth. En lugar de eso, había estado trabajando duro para asegurarse aliados y forjar alianzas para garantizar la seguridad y el futuro de la manada. Sin el considerable número y fuerza de los Dunda, los Rhea estaban expuestos y vulnerables, dejándolos a nuestra merced. Bobby, Alyssa y yo lideramos la primera oleada de ataques.

Uno a uno, acabamos con los Rhea, con una extraña sensación de triunfo recorriéndome. El Dunda se unió a la lucha a instancias de Rick, que se unió a la lucha, sin alejarse demasiado del lado de Alyssa. Una parte de mí sentía celos y deseaba inmovilizarlo contra el suelo y exigir su sumisión. La otra parte de mí le estaba agradecida por acudir al rescate de mi manada, aunque no fuera por las razones correctas.

Estaba claro que él y Alyssa tenían una historia.

Era el hombre lobo por el que quería dejarme.

Me aferré a las emociones desconocidas que me invadían y dejé que fluyeran a través de mí. Volví a mi forma lobuna y, con la herida completamente curada, luché y luché hasta que me dolió todo el cuerpo. Entonces volví a mi forma humana y utilicé mis propias manos para dominar a los Rhea. Tan pronto como el último de su manada fue eliminado, la lucha se detuvo por completo y las dos manadas de hombres lobo se miraron fijamente.

Rick entró en el centro, sus ojos barrieron el Dunda. —De ahora en adelante, la manada Seth son nuestros aliados. Que hoy sea una lección para todos nosotros. Nunca más debemos permitir que nos manipulen así.

Un murmullo de acuerdo se elevó en el aire.

Bajo el manto de la noche, Rick, Dora, Bobby, Alyssa y yo redactamos los términos de un acuerdo y lo discutimos juntos. Poco después, tras hablar con su alfa y los ancianos, Rick aceptó las condiciones. Dado que el territorio y los recursos de la manada Rhea se repartían equitativamente entre las dos manadas, no vi ninguna razón por la que los Dunda tuvieran que

hacer excepciones.

Es cierto que los Dunda no eran una manada territorial o ávida de poder, pero gracias a ellos, las mareas de la guerra habían cambiado y habíamos podido acabar con toda la manada Rhea. Acabar con una manada nunca fue una decisión fácil, sobre todo cuando había tantas vidas en juego, pero no teníamos muchas opciones. Dada la amenaza que representaban, sobre todo en lo que respectaba a sus amigas brujas, era lo único que podíamos hacer.

Una vez que Rick y yo firmamos lo último del acuerdo, Andy se alejó del lado de su madre y corrió hacia mí. Poco a poco, los hombres lobo de ambos bandos se alejaron cojeando en dirección al hospital. Levanté a Andy, lo apreté contra mi pecho e inhalé su dulce aroma. Luego cerré los ojos y enterré la cara en su cuello, temiendo que si lo miraba demasiado, él iba a desaparecer.

A nuestro alrededor, más y más hombres lobo comenzaron a dispersarse.

Cuando abrí los ojos, vi que la mayor parte de mi manada había regresado a la ciudad. Algunos de los Dunda se les unieron mientras otros desaparecían en el bosque y se marchaban. Rick y Dora estaban a ambos lados de Alyssa, con idénticas expresiones de alivio, y el primero me observaba.

Puse a Andy de nuevo en sus pies y me aclaré la garganta. —Gracias.

Rick levantó una ceja. —Deberías agradecersele a tu compañera. Ella es una dura negociante.

Alyssa rechazó su comentario. —No, no lo soy. Sólo sabía que Dunda no tenía todos los datos. No ibas a dejar que los Rhea acabaran con Seth con tu ayuda. No es el tipo de manada que sois.

Rick la miró fijamente, con una sonrisa en el borde de los labios. —No es demasiado tarde, ¿sabes? Todavía puedes volver con nosotros. Ahora que el Rhea ha sido derrotado y su territorio dividido en partes iguales entre las dos manadas, nuestro negocio aquí ha terminado.

Alyssa se apartó el pelo de los ojos y se le frunció el entrecejo. —¿No deberíamos seguir discutiendo los términos de nuestra alianza?.

—Habrá mucho tiempo para eso más tarde.

Asentí con la cabeza. —Todo el mundo necesita una oportunidad para recuperarse.

Más y más hombres lobo llegaban a la ciudad, llenando mi corazón de alegría. Andy entrelazó sus dedos con los míos y apretó. —Sabía que mamá iba a ayudar. No paraba de decirme que íbamos a encontrar una manera.

Miré a Andy y se me hinchó el corazón. —Lo hiciste. Hiciste un buen trabajo, amigo.

Andy me sonrió antes de volver su atención a su mamá. —¿Vamos a quedarnos en Seth ahora, mamá?

Alyssa miró entre los dos y se quedó inmóvil. —No lo sé.

Capítulo 28

Alyssa

Tragué más allá del nudo en la garganta. —Lo siento, cariño, pero no creo que pueda quedarme. Me han desterrado, ¿recuerdas?

Me dolía pensarlo, pero sabía que no era una decisión que Scott hubiera tomado a la ligera.

Independientemente de si yo le había ayudado o no a salvar la manada, su decisión seguía en pie.

Nunca había sentido tanto la brecha que nos separaba como en ese momento.

Scott y yo éramos como lados opuestos de un océano.

Andy soltó la mano de Scott y se acercó a mí. Enterró su cara contra mi estómago y olfateó. —No puedes irte, mami. Ayudaste a salvar a Seth.

Scott se aclaró la garganta. —Tenemos una deuda de gratitud contigo. Ya no estás desterrada y vetada de Seth. Puedes ir y venir a tu antojo.

Andy se revolvió y giró para mirarme, y su cara se llenó de felicidad. —¿Ves, mami? Ahora podemos quedarnos con papá.

Pasé una mano por la cara de Andy y le dediqué una pequeña sonrisa. —Ya veremos.

Sentía el peso de la mirada de Scott sobre mí, deseando que levantara la vista hacia él, pero tenía miedo. Me preocupaba lo que pasaría si le sostenía la mirada y lo único que veía era burla y conflicto, como siempre. Teniendo en cuenta todo lo que habíamos pasado juntos, no creía que pudiera soportar otro rechazo, no cuando por fin comprendía la profundidad de mis sentimientos por Scott.

Ser rechazada de nuevo sólo me destruiría.

Y, por el bien de Andy, necesitaba mantenerme fuerte.

—No te merece, Alyssa —interrumpió Rick, deteniéndose frente a mí—. Vamos, míralo. No es un lobo que pueda darte lo que quieres, pero yo sí.

Scott emitió un gruñido desde el fondo de su garganta. —No me conoces.

Rick se giró para mirar a Scott y cruzó los brazos sobre el pecho. —No, pero sé lo suficiente sobre ti. Alyssa me contó cómo la trataste antes y cómo permitiste que otros la trataran. Dejaste que la echaran aunque sabías la verdad.

La expresión de Scott se torció de ira. —Intentaba protegerla.

—Yo también. —Rick se puso más erguido y sostuvo la mirada de Scott—. Por eso, te reto a un duelo.

Scott resopló. —No hablarás en serio.

En el horizonte surgieron las primeras manchas de luz gris, iluminando el mundo que nos rodeaba. Andy se enterró en mi costado, y evité mirar los cuerpos que yacían en el suelo; Rhea, Dunda y los hombres lobo Seth por igual. Cuando fijé mi mirada en ellos dos, Rick y Scott seguían mirándose fijamente, con una oleada tras otra de hostilidad formándose entre ellos.

—Rick, basta. No quiero más peleas.

—Esta es la mejor manera de probar qué lobo es digno de ti. El que gane podrá estar contigo.

Scott le fulminó con la mirada y dio un paso adelante. —Alyssa no es un premio que se pueda ganar. Es una persona, y sea cual sea la decisión que tome, ambos debemos respetarla.

Mi corazón dio un pequeño y extraño respingo.

—Creo que tienes miedo de que te gane y Alyssa cambie de opinión.

Scott negó con la cabeza, y sus ojos se tensaron en los bordes. —No conoces bien a Alyssa si crees que va a cambiar de opinión fácilmente. Todavía tienes la oportunidad de echarte atrás e irte con tu dignidad intacta.

Rick resopló. —Voy a ser mejor alfa que tú.

Los labios de Scott se abrieron en una lenta sonrisa. —¿Quieres apostar?

Antes de que pudiera detener a ninguno de los dos, Scott había avanzado hacia Rick, deteniéndose para quitarse la camisa. Su piel brillaba, embadurnada de sangre y suciedad. Rodó los hombros, levantó los brazos a ambos lados y esperó. Tras una breve pausa, Rick se despojó de su propia camisa y dio un paso adelante para que los dos quedaran frente a frente. Miré a Dora, que me dirigió una mirada confusa y se apresuró a marcharse.

Ayudar a los hombres lobo heridos era una manera mucho mejor de usar el tiempo, pero no me atrevía a irme. En lugar de eso, Andy y yo nos quedamos allí, a unos metros del claro, con el suelo lleno de cadáveres a nuestro alrededor y una extraña sensación de expectación en el ambiente. Agarré la mano de Andy y estudié a los dos hombres mientras se rodeaban mutuamente, haciendo una pausa para gruñirse y enseñarse los dientes.

Una parte de mí quería hacerles entrar en razón y recordarles por qué estábamos todos aquí. La otra mitad de mí sabía que, en lo que respectaba a su orgullo y ego, ninguno de ellos iba a conformarse hasta que esto terminara. Rick podría haberlo presionado para una pelea por las razones equivocadas, pero Scott iba a darle exactamente lo que quería.

Un silencioso estremecimiento me recorrió al oír las palabras de Scott.

Después de todo este tiempo, finalmente me estaba viendo por lo que era, y sólo había tomado una guerra por nuestras vidas y el futuro de dos manadas de hombres lobo para llegar aquí. Mi agarre hacia Andy se relajó cuando Scott lanzó el primer puñetazo, impactando de lleno con la cara de Rick. Él ni siquiera se inmutó mientras pateaba su pierna hacia fuera, fallando por poco en el costado de Scott.

Dieron vueltas y más vueltas, lanzándose patadas y puñetazos mientras el sol seguía ascendiendo. Cuando estaba en lo alto del cielo y bañaba el mundo en tonos rojos y anaranjados, se me cortó la respiración. Rick tiró a Scott al suelo y se elevó sobre él. Haciendo uso de sus habilidades, Scott tiró de Rick hacia abajo con él y se puso de pie de un salto. Habiendo crecido en las montañas, ambos hombres lobo estaban igualados.

Ni el lobo de Seth ni las habilidades de lucha de Dunda tenían control de la situación.

En cambio, siguieron peleando, por lo que ambos estaban cubiertos de sudor, y la sangre comenzó a manchar aún más el suelo bajo sus pies. El agarre de Andy en mi mano se tensó cuando Rick derribó a Scott de nuevo al suelo y se puso sobre él. Una parte de mí quería que

Scott ganara, aunque sólo fuera porque él era quien insistía en que yo no formaba parte de la apuesta.

La otra parte de mí no tenía ni idea de cómo me sentiría si lo hiciera.

¿Scott había hecho ese comentario para conquistarme, para demostrarme que había cambiado?

¿O me estaba diciendo lo que quería oír para que me quedara?

Por mi vida, no podía decidirme.

—Mamá, ¿deberíamos ayudarle? —Los ojos de Andy se movieron constantemente sobre el lado de mi cara, pero yo no podía mirarlo. No cuando mis ojos estaban pegados a Scott mientras yacía en el suelo frío y duro, mirando a un cielo sin nubes. Rick decía algo en voz baja, pero mis oídos no podían captarlo. Finalmente, di un paso adelante con Andy a remolque, y la mirada de Rick azotó a la mía.

Vi la determinación en sus ojos y cómo se sostenía.

No iba a renunciar a mí sin luchar.

Entonces Scott se levantó de un salto y derribó a Rick. En cuanto lo hizo, se subió sobre Rick y lo inmovilizó contra el suelo. Utilizando una técnica que apenas recordaba haberle enseñado y que consistía en presionar con dos dedos el punto de presión del cuello, Scott consiguió someterlo. El cuerpo de Rick se aflojó de inmediato y Scott se puso en pie con cautela. Rodeó a Rick y se detuvo para darle un codazo con el talón del pie. Con el ceño fruncido, se secó el sudor de la cara con el dorso de la mano.

Rick se revolvió, se puso en pie e inclinó la cabeza en dirección a Scott.

El corazón se me subió a la garganta cuando ambos se volvieron hacia mí.

Pasó un largo momento antes de que Scott diera un paso adelante, cubriendo rápidamente la distancia que nos separaba. Recogió su camisa del suelo y se la volvió a poner, sin apartar los ojos de mi cara. Andy murmuró algo en voz baja y Scott lo miró brevemente. Cuando volvió su mirada a la mía, el revoloteo en mi estómago creció.

Siempre iba a querer a Scott.

Sin importar si él me amaba de la misma manera o no.

Era mi carga, el precio a pagar por ser su compañera.

Scott se aclaró la garganta y se puso más erguido. —Quise decir lo que dije. No eres un premio que se pueda ganar, Alyssa.

Exhalé un suspiro. —Gracias.

—Puedes venir a ver a Seth siempre que quieras —añadió Scott, con una expresión cada vez más suave y unos ojos ámbar gemelos de intenso calor—. Nunca volverás a ser prohibida o desterrada. No mientras yo viva.

—¿Significa esto que puedo visitarte?

Levanté los labios en una media sonrisa y acaricié la cabeza de Andy. —Por supuesto, puedes visitarme.

Scott miró a Andy y de nuevo a mí. —En realidad, esperaba que te quedaras. Sé que me dijiste que querías una vida propia y la oportunidad de descubrir quién eres fuera de la manada Seth, pero ya no necesitas hacer eso, Alyssa. Porque yo sé quién eres.

El silencio se extendió entre nosotros.

Scott se acercó y tomó mis manos entre las suyas. —Eres mucho más que mi compañera. Eres valiente, amable, leal y la persona más fuerte que conozco. Incluso cuando te expulsé, nunca dejaste de desearme lo mejor, y te arriesgaste a ser encarcelada para volver y ayudarme. Nunca olvidaré eso, Alyssa. Gracias a ti, la manada Seth es libre, y nunca más tendremos que preocuparnos por los Rhea.

—Scott, yo...

Scott me puso un dedo en los labios. —Espera. Déjame terminar. No sólo quiero que te quedes porque nos has ayudado. Quiero que te quedes porque no puedo imaginar mi vida sin ti. Tuve que pasar más de cinco años sin ti, preguntándome dónde estabas y deseando que estuvieras aquí conmigo. No quiero volver a sentirme así. Te quiero, Alyssa. Haré lo que haga falta para demostrarte mi amor.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. —Scott, yo también te quiero.

Scott me atrajo hacia él y me rodeó la cintura con los brazos. —Entonces quédate aquí conmigo. Construyamos una vida juntos. Sé que no quieres ser sólo la compañera del alfa, y créeme cuando te digo que después de hoy, ya nadie va a pensar eso. Y mucho menos yo.

Le miré a la cara. —¿Estás seguro? Sé que las brujas Rhea te obligaron a emparejarte conmigo. Sé que no es algo que hubieras elegido para ti.

Scott exhaló. —Tienes razón; no lo es. Pero acabaste siendo la mejor no-decisión que he tomado nunca. No me arrepiento de haberme emparejado contigo, Alyssa. Me arrepiento de cómo sucedió, y hay tantas cosas que desearía poder cambiar, pero lo único que puedo hacer es ofrecerte mi corazón y pedirte que te quedes.

Andy tiró de mi camiseta. —Deberíamos quedarnos, mamá. Podemos ser una familia.

Sonreí entre lágrimas. Luego miré la cara esperanzada de Andy, y mi sonrisa se hizo más amplia. Se arrimó a mi lado y Scott se rio entre dientes. —Entonces, ¿qué dices?

Volví a mirar a Scott y aspiré con fuerza. —Me quedaré.

Scott esbozó una hermosa sonrisa que hizo que las mariposas de mi estómago se volvieran locas. —No sabes cuánto me alegra oírte decir eso.

Puede que hubiéramos pasado por un infierno para llegar hasta allí, pero no había otro lugar en el que prefiriera estar que al lado de este hombre valiente, testarudo y fuerte. De repente, decidir quedarme en Seth para ayudarlo a reconstruir la ciudad y formar una familia me pareció lo más natural del mundo.

Era la decisión más fácil que había tomado nunca y, por primera vez en años, miraba al futuro con ilusión.

Con lo que me trajera.

Capítulo 29

Scott

—Siempre serás bienvenida en Dunda —dijo Rick, deteniéndose para sonreír a Alyssa. Ella me rodeó la cintura con los brazos y me apretó—. Espero que lo sepas.

Alyssa me miró, y una rápida mirada pasó entre los dos. —Gracias, pero no creo que me vaya pronto a ningún sitio. Seth es mi hogar, y mi familia pertenece aquí.

Pasé un brazo por encima de los hombros de Alyssa y la arropé a mi lado. —Lo que mi compañera intenta decir es que quiere quedarse aquí conmigo. Ella y yo tenemos mucho tiempo que recuperar.

Rick me miró y su expresión se volvió seria. —Por supuesto.

Me aclaré la garganta y extendí la mano. —Gracias por todo lo que has hecho por Alyssa y Andy. Te lo agradezco.

Rick asintió. —De nada.

Con una exhalación, miró por encima de sus hombros a la hilera de hombres lobo al pie de las escaleras de la casa principal. Dado que los hombres lobo de Dunda ya estaban completamente curados, había llegado el momento de que regresaran a su propio territorio. Aunque no tenía ni idea de lo que les deparaba el futuro, después de varias reuniones con su alfa y los ancianos de la manada, ahora estaba seguro de que no querían hacernos daño.

Al menos no en un futuro próximo.

Los Dunda estaban más interesados en expandir sus conocimientos y su fuerza dentro de sus propias fronteras. Con la adquisición de la mitad del territorio de Rhea, estaba seguro de que dispondrían de más espacio para hacerlo. Pero esperaba que eso no acarreará consecuencias más nefastas. Una parte de mí se sentía aliviada de que Alyssa les hubiera hecho entrar en razón.

La otra parte de mí se preguntaba qué pasaría si volvían a impacientarse.

O si se aliaban con otra manada sedienta de poder.

Ya había encargado a Bobby y a algunos otros hombres lobo de mi círculo íntimo que vigilaran a los Dunda e informaran de cualquier comportamiento inusual. Aunque quería creer que iban a cumplir los términos de la alianza, cuando se trataba de proteger a mi familia y a mi manada, no iba a correr ningún riesgo.

Otra vez no.

Con un ligero movimiento de cabeza, Rick cogió mi mano extendida. —No te ofendas, pero espero que no tengamos motivos para volver a cruzarnos.

Ahugué una carcajada. —Yo tampoco.

Porque volver a cruzarse con la Dunda significaba que algo había ido mal.

Y esperaba años de paz y prosperidad, o, al menos, iba a intentarlo.

Rick se detuvo y se arrodilló frente a Andy. Lo atrajo en un abrazo y le acarició la espalda. Luego se levantó, se aclaró la garganta y nos dio la espalda. —Será mejor que me vaya. Ya sabes que a los ancianos de la manada no les gusta que les hagan esperar.

—Enseguida estarás dirigiendo la manada —bromeó Alyssa con una sonrisa en la voz—. No creo que esto vaya a perjudicar tu posición como próximo alfa de la manada. En todo caso, te ayudará.

Rick arqueó el cuello por encima de los hombros y le dedicó una pequeña sonrisa. —Ya veremos.

Bajó las escaleras y se ajustó el abrigo a los hombros. Al llegar abajo, se detuvo y se llevó una mano a los ojos. Alyssa entrecerró los ojos y le hizo un pequeño gesto con la mano. Él le dedicó otra sonrisa antes de hacer un gesto a los hombres lobo reunidos. Formaron una fila detrás de él y se adentraron en el bosque. En el linde del bosque, Rick se detuvo y cuadró los hombros. Luego, desapareció entre el espeso follaje, y el resto de los Dunda se apresuraron tras él, desapareciendo uno tras otro.

Cuando se fueron, Alyssa se giró hacia mí y se levantó sobre las puntas de los pies. Me besó y el

gesto me produjo escalofríos. —Gracias por manejarlo tan bien.

—Si vuelve a intentar robarte, no lo haré —le advertí, haciendo una pausa para darle otro apretón en los hombros—. Sólo lo digo.

Alyssa soltó una risita y volvió a ponerse de pie. —No te preocupes. Sabe que ya no tiene ninguna posibilidad. Creo que nunca tuvo una oportunidad.

Volví a apretarle los hombros y la guie escaleras abajo.

Con el sol de última hora de la mañana en el cielo, serpenteamos por las bulliciosas calles de Seth, con varios de los hombres lobo deteniéndose a saludarnos. Muchos de ellos sonrieron a Alyssa y ofrecieron juguetes a Andy, con la gratitud y el alivio en sus rostros mostrándose evidente. Algunos incluso aplaudieron al pasar. La cara de Alyssa estaba sonrojada de placer cuando volvimos a la casa principal, y Andy desapareció en su propia habitación.

En el estudio, Alyssa se acurrucó en el sofá y metió las piernas debajo de ella. —Creo que nunca me acostumbraré a eso.

Nos serví a los dos una generosa cantidad de agua y acerqué los vasos. —Te quieren.

Alyssa resopló y me quitó el vaso de las manos. —Eso no es nada comparado con lo que sienten por ti. Deberías ver cómo te miran.

Me senté frente a ella y subí sus piernas a mi regazo. —¿Qué quieres decir?

—Sabía que te respetaban antes, pero esto es diferente, Scott. Conseguiste mantenerte firme incluso cuando las probabilidades estaban en tu contra, y lo hiciste con fuerza, amabilidad y coraje. Dudo que muchos líderes puedan decir eso.

Me encogí de hombros. —Sólo hice lo que había que hacer.

Alyssa se echó el pelo por encima de los hombros y se inclinó hacia delante para darme otro beso. —Por eso eres un buen alfa. Ni siquiera te das cuenta de lo que has hecho por ellos.

—Lo que hemos hecho por ellos —corregí, haciendo una pausa para dedicarle una brillante sonrisa—. No podría haber hecho nada de esto sin ti, Lyss. Ya lo sabes.

Alyssa se sonrojó. —Me alegro de haber podido convencer a la Dunda para que viniera a ayudar.

Di un largo sorbo a mi agua y la estudié. —Por cierto, ¿cómo les convenciste?

—Derroté a Rick en un desafío de escalada y boxeo —respondió Alyssa con una mueca—. Realmente le gustan los desafíos. Honestamente, pensé que iba a perder. Ya que él me enseñó todo lo que sé.

—La alumna ha superado al maestro —respondí antes de coger su mano. Entrelacé mis dedos con los suyos y me la llevé a los labios para darle un beso—. Me alegro de que hayas podido hacerlo por ti misma.

—Yo también. —Alyssa suspiró y echó la cabeza hacia atrás—. Pero aún queda mucho por hacer. Las renovaciones del hospital van demasiado lentas, y aún tenemos que encontrar la forma de mantener a los hombres lobo que quedaron con discapacidades permanentes.

—Podemos hablar de ello en la próxima reunión de la manada —le recordé, haciendo una pausa para dejar el vaso. Luego cogí sus pies y les acaricié las plantas—. Por ahora, disfrutemos de la victoria. Ya hemos logrado lo imposible.

Alyssa miró al techo, con una sonrisa en el borde de los labios. —Sí, lo hemos hecho, ¿verdad?

Entonces, alguien llamó a la puerta y fruncí el ceño.

De mala gana, dejé los pies de Alyssa en el suelo y me levanté. Me acerqué a la puerta, la abrí y miré a Bobby con el ceño fruncido. —¿Qué pasa?

—Algunas mujeres preguntan por Alyssa —dijo Bobby, haciendo una pausa para dedicarme una sonrisa de disculpa—. Siento interrumpir.

Alyssa terminó el resto de su bebida, se levantó y se arregló la ropa. —No hay problema. ¿Es sobre la nueva escuela?

—Así es. Algunas de ellas tienen algunas ideas que quieren hablar contigo

Alyssa me apretó la mano al pasar. —Guíame.

La vi salir y esperé a que doblara la esquina antes de correr por el pasillo. Cuando llegué a la habitación de Andy, miré a ambos lados del pasillo vacío, iluminado por la luz del sol, y llamé a la puerta. Abrió la puerta unos instantes después y se llevó un dedo a los labios. Luego sus ojos se movieron alrededor antes de hacerme pasar. Una vez dentro, cerró la puerta de un empujón y

se giró para mirarme.

—Llevo todo el día queriendo contárselo a mamá —susurró Andy, con la cara de un rojo intenso—. Por eso me fui a jugar porque no quería contar tu secreto.

Me senté en el borde de la cama de Andy y palmeé el lugar a mi lado. —Has hecho un buen trabajo, colega. Estoy orgulloso de ti.

Andy saltó hacia la cama y bajó sobre ella. —¿Le conseguiste el anillo que querías?

Asentí y saqué la caja del bolsillo. —Este era el anillo de tu abuela.

Los ojos de Andy se abrieron de par en par. —¿Puedo ver?

Sonreí, abrí la caja y descubrí un anillo de oro con un pequeño rubí rojo en el centro. Brillaba y centelleaba bajo la luz. —¿Qué te parece?

—A mamá le va a encantar —murmuró Andy, haciendo una pausa para acariciar el anillo con un dedo—. ¿Significa esto que vamos a ser una familia de verdad? Una vez que mamá y tú estéis casados.

—Siempre hemos sido una familia, colega. —Cerré la caja con un chasquido y volví a guardármela en el bolsillo—. Lo sabes, ¿verdad?

Andy me miró y frunció el ceño. —Entonces, ¿cómo es que no estabas cuando yo era pequeño?

—Porque no podía estar —respondí—. Pero ahora estoy aquí y no voy a ir a ninguna parte.

Andy me abrazó y sonrió. —Bien.

Cuando saltó de la cama para ir a jugar, me quedé mirándolo un rato más, maravillado por el pequeño ser humano que habíamos creado juntos. Con una sonrisa, me levanté, salí de su habitación y me metí en la de al lado. Allí dejé un vestido de seda verde. Después de rebuscar en mi propio armario, encontré unos pantalones oscuros y una camisa verde esmeralda a juego.

Para cuando Alyssa regresó, yo ya estaba listo para el banquete.

Entre risitas, se puso su propio vestido y jadeó cuando le puse un collar alrededor del cuello. —Es demasiado.

Besé su nuca. —Cualquier cosa por ti, mi amor.

Cuando le tendí el brazo, Alyssa se sonrojó y me permitió guiarla hasta el exterior. El vestíbulo estaba decorado con colores negros y verdes y luces colgadas, que conducían a un amplio salón de baile donde ya había colocadas grandes bandejas de comida. Varias mesas largas estaban colocadas en el centro, y la música ya sonaba, llenando cada rincón de la casa principal.

Alyssa lo admiró todo, con cara de aturdida. —Todo esto es tan hermoso.

Andy entró, vestido de forma parecida a la mía, e intercambiamos una rápida mirada. Llevé a Alyssa al centro de la habitación y me arrodillé. —Tengo algo muy importante que preguntarte.

Alyssa jadeó y se llevó las manos a la boca.

La música y la conversación se detuvieron bruscamente y sentí varios pares de ojos clavados en nosotros. Andy vino a ponerse a mi lado y sacó la caja de su bolsillo. —Te va a encantar esta sorpresa, mami.

—Alyssa Forester, te he amado durante los últimos cinco años. Te he amado a través de cada momento malo y bueno. Haces que quiera ser un mejor líder. Haces que quiera ser un mejor hombre. No quiero pasar por esta vida sin ti. ¿Quieres casarte conmigo?

Alyssa sonrió entre lágrimas. —Me haría la mujer más feliz de la Tierra. Sí, quiero.

Le puse el anillo en el dedo, la cogí en brazos y le di la vuelta.

Cuando volví a ponerla en pie, estallaron las risas y los aplausos en toda la sala.

Capítulo 30

Alyssa

Sonreí y me ajusté el velo sobre la cabeza. —Me alegro mucho de que estés aquí, Dora.

—No me lo habría perdido por nada del mundo —contestó Dora, encontrándose con mi mirada en el espejo—. No puedo creer que te vayas a casar.

Le dediqué una lenta sonrisa. —Yo tampoco.

No pensé que fuera a suceder tan rápido y, de todas las personas, con Scott.

Habiendo pasado la mayor parte de los últimos años luchando por hacer las paces con el hecho de que Scott me odiaba y prefería tener otra pareja, casi me había resignado a amarlo desde la distancia. Por suerte, desde mi regreso a Seth y la derrota de Rhea, Scott había hecho todo lo posible por demostrarme su amor. Desde frecuentes declaraciones de sus sentimientos hasta la construcción de una biblioteca en mi honor.

No dejaba pasar un día sin decirme lo que yo significaba para él.

Y Andy no podía estar más emocionado.

En lugar de hacerle sentir excluido, Scott le incluía en todas las decisiones importantes, tratándole como si fuera mucho mayor y más sabio que de cinco años. La manada Seth ya estaba en vías de recuperación, con la primavera a la vuelta de la esquina y una boda que celebrar.

Esto hacía que me estallaran las mariposas en el estómago.

No sabía qué nos deparaba el futuro a mí y a mi familia ni qué peligros acechaban en el horizonte, pero sabía que quería afrontarlo todo junto a Scott.

Antes de él, había vagado por la vida, medio viva y en las afueras. Ahora, tenía una familia y un hogar al que podía llamar mío, y no podía estar más emocionada. Casarme con Scott no podía

haber llegado en mejor momento, y había manadas por todo el país que ya habían enviado sus regalos de boda.

Incluidos los lobos Dunda y Rogue.

Dora me acomodó el pelo y suspiró. —¿Estás nerviosa?

Me giré para mirarla y dejé que mis manos revolotearan a los lados. —Un poco. No sé si seré una buena líder. Como compañera del alfa, esperan ciertas cosas de mí.

Estaba destinada a ser un faro de esperanza y confianza.

Dora tomó mis dos manos entre las suyas y se movió, haciendo crujir su vestido contra el suelo. —Has nacido para esto, Alyssa. Lo he sabido desde el momento en que te vi. Tú y Scott vais a hacer grandes cosas juntos.

Tragué saliva. —Eso espero.

Porque una cosa era casarme con el amor de mi vida.

Otra cosa muy distinta era que se esperaba que dirigiera a la manada Seth en consecuencia.

Sacudí ligeramente la cabeza, sonreí de nuevo a Dora y enderecé la espalda. Poco después entraron Bobby y Andy, vestidos con trajes oscuros planchados. En silencio, Bobby me metió el brazo en el pliegue de su codo y me condujo fuera de la habitación y por las escaleras de la casa principal. Al pie de la escalera, Scott esperaba con su corto pelo negro peinado hacia atrás y sus ojos color miel llenos de emoción.

Me tendió el brazo y lo cogí.

Poco a poco, fuimos avanzando juntos por las tranquilas calles de la ciudad. Nuestra procesión creció lentamente hasta que toda la manada Seth formó una fila detrás de nosotros. Andy se arrimó a mi lado y no dejaba de echarme miradas furtivas por encima de los hombros. En las afueras de la ciudad, al pie de las montañas, los líderes de la manada Seth se detuvieron. Se volvieron hacia nosotros con los rostros iluminados por el pálido resplandor de la luna. Luego nos condujeron al viejo cementerio, donde estaban enterrados los antiguos líderes de Seth.

En la linde del cementerio, se detuvieron sobre una parcela de tierra recién cavada. Uno de ellos empezó a cantar y los demás se unieron, alzando las voces en armonía y al unísono. Scott se giró

para mirarme directamente, y yo no podía mirar a ninguna otra parte. Me cogió ambas manos como si yo fuera lo más preciado del mundo, y sus ojos estaban llenos de amor y esperanza.

Una vez finalizada la canción, los ancianos dijeron algo en un lenguaje gutural.

Scott me lo repitió y yo me sonrojé al hacer lo mismo.

Bajo la luna llena, en presencia de la manada de Seth y de nuestros seres queridos, intercambiamos nuestros votos, prometiendo honrar y proteger a Seth como lo haríamos el uno con el otro. El corazón me iba a mil por hora e ignoré el sudor que se me formaba en la nuca y a los lados de la cara. Cuando el último de nuestros votos resonó en la quietud de la noche, Scott cogió mi velo y lo echó hacia atrás.

Luego, me atrajo hacia él y me besó tan profundamente que se me doblaron los dedos de los pies y todos mis miedos desaparecieron. Me aferré a él y emití un gemido en el fondo de la garganta. Scott sonrió durante el beso y sus manos se dirigieron a mi cintura. Me agarré a sus hombros mientras él hundía mi espalda y profundizaba el beso.

Algo cálido y caliente estalló en el centro de mi estómago.

En cuanto Scott retrocedió, tropecé y apoyé la cabeza en su pecho.

Entonces, una ovación se elevó a través de la multitud, y Andy no dejaba de saltar.

Uno a uno, los hombres lobo se dispersaron hasta que solo quedaron Andy y Dora, aparte de nosotros. Andy nos abrazó a ambos antes de tomar la mano de Dora, permitiendo que ella lo llevara lejos. Scott deslizó su mano en mí y me atrajo hacia él. Luego envolvió su mano libre alrededor de mi cintura y apretó.

Bajo la sombra de un árbol, me besó.

Cuando retrocedió, Scott me miró con tanto amor y emoción que mi loba suspiró satisfecha. Con una sonrisa, me alejó del cementerio y me condujo hacia el bosque. Avanzamos sigilosamente, entre hileras e hileras de árboles, hasta que llegamos a un claro. Me soltó la mano y se apretó contra mí. Lentamente, me echó la cabeza hacia atrás y me miró a los ojos.

Un escalofrío de deseo me recorrió la espalda. —Te quiero, Scott.

—Yo también te quiero, Alyssa. —Acercó su boca a la mía y las mariposas de mi estómago

estallaron. La necesidad se apoderó de mí mientras le clavaba las uñas en los hombros y tiraba de él. Me arañó la ropa y tanteó la cremallera de la espalda. Cuando oí el familiar crujido, aparté los labios y di un paso atrás.

Dejé el vestido en el suelo y me dediqué a mirarle.

La necesidad en mí crecía aún más.

Los ojos de Scott no se apartaban de mi cara mientras sus manos se movían hacia su ropa.

Se apresuró a desvestirse y quedarse sólo en calzoncillos. Me acerqué a él de nuevo y chocamos, un amasijo de miembros y roces de dientes. Su aliento era caliente y agitado contra mi oído. Pasé los dedos por su espalda y él tanteó el cierre de mi sujetador.

Una vez que mis pechos se desparramaron hacia delante, se me puso la piel de gallina.

Me besó con la boca abierta por el cuello y la mandíbula. Me aferré a él, con el corazón martilleándome salvajemente en el pecho. Entonces, mis dedos se posaron en sus calzoncillos, temblando de necesidad. Cuando se los bajé, se detuvo para apartarlos de una patada. Con un gruñido, me empujó de nuevo al suelo del bosque y se cernió sobre mí. Estudié su rostro, bañado en un resplandor pálido y etéreo, y una extraña sensación se desplegó en el centro de mi estómago.

Más poderosa que cualquier cosa que hubiera sentido jamás.

Scott me acarició el cuello y se acomodó entre mis piernas. Me besó el pecho, el vientre y se detuvo en el centro. Cuando volvió a mirarme, suspiré y esboqué una media sonrisa. Él sonrió, se metió entre mis muslos y sacó la lengua para lamerme el centro.

Gemí y levanté las caderas del suelo.

Su lengua iba y venía, acariciando el sensible manojito de nervios. Cada caricia, cada roce y cada gruñido me llevaban cada vez más al límite. Mis manos pasaron de sus hombros a la nuca y le agarré el pelo. Se estremeció y me miró, con los ojos ámbar muy abiertos y hambrientos.

Scott me clavó las uñas en la cintura y su lengua se movió más deprisa.

Subí más y más alto hasta que mi visión explotó y mi cuerpo sufrió un espasmo.

Me invadieron una oleada tras otra de placer.

Scott levantó la cabeza y me besó, de forma que pude saborear mis jugos en su lengua. No se movió hasta que mi respiración volvió a la normalidad y enlacé mis dedos sobre su cuello. Entonces gruñó y hundió sus dientes en mi cuello. Grité su nombre y se colocó en mi entrada.

De un rápido empujón, se introdujo dentro de mí, provocando ondas dobles de dolor y placer que rebotaban a través de mí. Mis dedos se movieron de su cuello a su espalda, maravillándose con la piel suave y tensa. Cuando giré la cabeza hacia un lado, mis manos bajaron hasta su trasero y lo apretaron.

Scott murmuró algo ininteligible en voz baja.

Apreté los ojos y me agarré a él.

Bajo la luz de la luna, entraba y salía de mí, acercándose cada vez más al borde del placer. Gemí y gimoteé, la emoción se apoderó de mi pecho. Me dio un último pellizco en el cuello antes de bajar la cabeza y tomar un pezón entre los dientes. Scott chupó y mordió, provocándome un frenesí.

Cuando pasó al otro pezón, yo jadeaba y estaba desesperada por él.

Hasta la última parte de él, invadiendo todos mis sentidos y ahogando todo lo demás.

Scott era lo único que existía en ese momento.

Levanté las caderas del suelo y murmuré su nombre.

Se echó hacia atrás para mirarme, me sujetó los brazos por encima de la cabeza y sus ojos se quedaron clavados en mi cara. —No voy a dejarte ir nunca más, Alyssa.

—Bien. —Me quedé sin aliento—. Porque nunca te dejaré de nuevo.

Scott se relajó y volvió a embestirme. —Te amo tanto.

—Yo también te quiero mucho. —Apoyé la cabeza en su pecho, por encima de los latidos de su corazón, y exhalé un fuerte suspiro. Por encima de los latidos de mi corazón, oí su respiración agitada y su olor a tierra y sándalo me inundó.

Se estaba convirtiendo rápidamente en mi fragancia favorita.

Mantuvo mis brazos agarrados como si fueran una mordaza mientras continuaba, con movimientos cada vez más pronunciados. Cuando le rodeé la cintura con las piernas, me soltó los brazos y me sujetó los pies. Entonces se echó hacia atrás y gimió, el sonido resonó en el silencio.

Me eché hacia atrás para mirarle y le miré directamente a los ojos mientras me deshacía.

Cuando la fuerza de mi orgasmo me desgarró, los ojos se me pusieron en blanco. Scott enterró la cara en mi cuello, emitió un sonido gutural grave y dio unos cuantos empujones más antes de que llegara su propia liberación. Todo su cuerpo se sacudió y se estremeció. Con una profunda exhalación, se apartó de mí y cayó sobre el frío y duro suelo.

Luego, me pasó un brazo por los hombros y me arropó a su lado. —Podría acostumbrarme a esto.

Me reí entre dientes y le puse una mano sobre el pecho. —Tal vez podamos hacerlo en una cama la próxima vez.

Scott se rio y me dio un beso en la cabeza. —Trato hecho, señora Wesley.